EL COJO ILUSTRADO

Año XIII — 15 DE AGOSTO DE 1904 — Nº 304

PRECIO
SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:
J. M. HERRERA IRIGOYEN
EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL
DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
Este 4 — Número 14
CARACAS — VENEZUELA
NO SE DEVUELVEN ORIGINALES

AL SALIR. — Cuadro de Vallet-Bisson

VALOR RUSO
VALOR FRANCÉS

—

Mucho se discute actualmente la psicología comparada de las razas. Creo que los corazones se afectan del mismo modo y por iguales motivos en todas las latitudes; si alguna agrupación de hombres difiere de los demás no consiste tanto en el fondo de los sentimientos sino en la manera con que generalmente los dan á conocer. Hay ciertos dobleces en el temperamento cuya repetida frecuencia constituye la fisonomía de cada pueblo. A veces es difícil definir ese aire de familia, que sólo puede reconocerse en un gesto, una palabra, un acento. Me vienen ahora á la memoria dos de esos rasgos típicos y auténticos. Caracteriza el uno lo que tiene de más atractivo el pueblo ruso: el poder de resignación y la bondad fraternal; pinta el otro á lo vivo esa gracia espiritual en el heroísmo que es, puede decirse, la flor de Francia.

*
* *

Refirióme el primero una de las señoras de San Petersburgo que en 1877 fueron á curar en las ambulancias del Danubio á los heridos de la guerra ruso-turca. Contaba yo delante de esa persona no sé qué rasgo de brutalidad que me había hecho formar triste opinión del moujik, á lo cual protestó con viveza.

—Usted no los ha visto morir, porque si hubiera presenciado una de esas escenas, sabría cuánta grandeza de alma se encubre bajo la rudeza de nuestros aldeanos. Yo pasé seis semanas en el hospital de Nikopol en momentos en que llegaba el grueso de los heridos de Plevna y pude apreciar lo poco que nosotros valemos en comparación con las virtudes de nuestro pueblo. El sufrimiento en todas sus formas, aun las más horribles hacía estragos en aquellos cuerpos mutilados que apenas cabían en las insuficientes barracas; muchos de entre ellos, necesitando servicios urgentes, tenían que esperar largo rato antes de ser atendidos; por más que nos multiplicábamos no había medio de que pudiésemos remediar todas sus miserias. Y sin embargo, no se oía una sola imprecación, ni el más leve murmullo: habríase dicho que era una asamblea de filósofos estoicos.

«Ah! esos no necesitan leer á Marco Aurelio para saber como cae la oliva madura cuando le llega su hora. Tienen al menos una cualidad que no pueden negarnos los más grandes detractores: la perfecta serenidad en la aceptación de la muerte. A menudo me han dicho médicos extranjeros que no pueden disimular su asombro al ver la tranquilidad con que dan el gran paso los rusos de toda edad, sexo y condición. Nunca terror, jamás la lucha en acto tan sencillo: irse. Nuestras almas se van, como vuelven al mar las aguas de nuestros ríos, tranquilas, silenciosas, sin hervores ni remolinos, en insensible declive. Entre los aldeanos especialmente no hay excepciones á esta regla: el más joven y el que parece mejor dotado para la vida se despide de ella como quien deposita una carga.

«Más de uno entre esos soldados agonizantes trataba de consolarme, asombrado de mi pena cuando llegaba la hora del adiós. Yo me apegaba muy pronto á esos niños grandes; pero ay! no había de ser por mucho tiempo! Uno entre todos se había ganado mi cariño por la dulzura de su carácter que contrastaba con sus formas atléticas. Era ruso de raza pura, de la talla de un Hércules, rostro expresivo y regular, ojos con pupilas dilatadas y brillantes de fulgor concentrado; todo en él recordaba el tipo tradicional del Cristo eslavo, tal como nos lo pintan en las bóvedas de nuestras iglesias. Una granada le había llevado una pierna y poco después de la amputación se presentó la gangrena.

«Yo me acercaba á cada rato á su camilla para hablarle del país. Ován—tal era su nombre—era natural de un distrito del gobierno de Kalouga donde tengo yo una posesión. Me contó que había dejado en la aldea una mujer joven con dos hijitos; que no habían dado licencia hacía diez y ocho meses en el cuerpo de observación colocado en la frontera; iletrado como todos los suyos, no había tenido más noticia de su casa. Una mañana, por el modo con que lo miró el comandante, comprendió que estaba perdido y me hizo llamar.

—«Helena Nicolaievna, usted que sabe escribir, querría escribirme una carta compartiendo mis bienes? Ha llegado la hora.

«Y me dictó su última voluntad, que yo había de trasmitir: la casa para su mujer; el campo y la huerta para repartirse entre los dos hijos; y con toda precisión explicó la superficie de cada uno de los terrenos.

«En la visita de la tarde me dijo el médico que la fiebre aumentaba y que Ován no pasaría la noche. Volví al lado de su cama y me pidió le leyera la carta. Recogiendo fuerzas que se le escapaban á ojos vistas, se incorporó en la cama para escuchar mejor. Cuando llegamos á los detalles de repartición entre sus dos hijos me interrumpió, y después de reflexionar unos minutos me dijo:

—«No, Helena Nikolaievna; ponga los tres hijos.

«¿Cómo? Me habías dicho que dos.

—No; escriba tres.

—«El delirio empieza á embrollarle las ideas, me dije.

«Y quise continuar la lectura. De nuevo me interrumpió resueltamente.

—«Le ruego que escriba tres. Hay otro que nació el mes pasado justamente el día de San Miguel.

Lo sé por un recluta de mi pueblo, un soldado que encontré aquí.

—«Pero Ován, estás soñando! Recuerda bien, ¿no me habías dicho que tenías casi dos años de ausencia?

«Hubo un instante de silencio y luego mirándome seriamente, inmóviles los ojos que el fuego de la fiebre hacía brillar aún más en aquel pálido rostro iluminado por el resplandor de una vela, con voz dulce y muy débil me dijo:

—«La pobre.... estaba tan sola.... Usted comprende.... Ponga los tres.

Agotado por ese esfuerzo de palabra, se desplomó sobre la camilla, cerró los ojos y no habló más. En la noche murió.

*
* *

El otro rasgo me lo contó un amigo, oficial superior de artillería. Platicando de literatura cierto día con algunos de sus colegas, recayó la conversación en Merimée, y uno de nosotros recordó la frase clásica del coronel en la *Toma del Reducto:*

—F.... querido amigo, el reducto está tomado.

—Sí, interrumpió el oficial, los que caían en Borodino encontraban la palabra final. En Francia siempre se la encuentra. Conservo en mis recuerdos algunas de hace treinta años; sobre todo una que me dijo un simple soldado.....

Instamos á nuestro amigo á que nos refiriera el caso con todas sus circunstancias; y reuniendo sus recuerdos, hé aquí lo que nos dijo:

—«Fue en la mañana del combate de Beaumont, si combate puede llamarse un degüello semejante en una emboscada. Yo era entonces un joven teniente en el grupo de baterías del cuerpo de Tailly. Habíamos marchado toda la noche del 29 al 30 á la cola de la columna. Al amanecer, ya á la vista de Beaumont, recibimos orden de acampar: descanso y sueño hasta las once. No gastamos tiempo en formar el parque. Mi sección era la última á la izquierda, un poco distante y algo apartada del grueso de nuestras baterías; desenganchadas mis piezas de artillería delante de las tienda, me estiré con delicia: todos estábamos derrengados y nos creíamos en perfecta seguridad, muy lejos del enemigo.

Estaba en profundo sueño cuando una algazara insólita me hizo despertar sobresaltado: carreras locas de sombras que pasaban por sobre la tela de la tienda, toques precipitados de clarín, gritos, llamadas, cañonazos frecuentes y próximos. Mientras me frotaba los ojos estalló á pocos pasos una granada. Volé á coger el sable: el reloj colgante del cinturón marcaba las once menos diez. Ni siquiera pensé en calzarme las botas; de un salto llegué á donde estaban mis dos cañones y en un instante me dí cuenta de la situación. Hacia la derecha los caballos arrastraban sus cajas de víveres y municiones, iban á todo galope y escalonados. Alguien dijo cerca de mí que había llegado orden de replegarse é irse á poner en batería camino de Stone. ¿Qué orden? ¿Y de quién? Nadie lo sabía, y en la confusión general creo que no se seguía orden de nadie.

«Busqué con la mirada, llamé á mis conductores y el cuartel maestre me dijo que habían ido á dar de beber á los caballos en el arroyo que quedaba en el fondo del valle á un cuarto de legua. Ante nosotros se extendía un gran campo de alfalfas como de quinientos á seiscientos metros de ancho, que subía en suave pendiente hasta los lindes del bosque. En la mañana había observado yo un batallón de línea acampado en ese límite; desde allí dominaba éste nuestra artillería. El batallón había desaparecido y no quedaba á la vista ningún apoyo de infantería. Del lado allá del bosque veíanse las nubecillas del blanco humo por sobre las copas de los árboles: había en alguna parte armas invisibles que nos lanzaban las balas más y más frecuentes.

«Era una sorpresa. El enemigo, que no se esperaba, debía estar muy cerca, más cerca aún de lo que yo pensaba. Al silbido de los obuses sucedió el tiroteo de la fusilería en el bosque de en-

A ORILLAS DEL CAMINO.—Cuadro de R. Knight

frente y el ruido gangoso de las balas rozándonos los oídos. Tres de mis hombres fueron heridos. Un cordón negro de infantería apareció de pronto en el límite del bosque. Mis cañoneros cargaron apresuradamente y dí la orden de fuego; nuestra descarga no tuvo más efecto que hacer que los tiradores se acostaran sobre la yerba, de donde siguieron avanzando á rastras. Eran bávaros: los reconocí por los cordones de sus cascos; aún me parece verlos con su felpilla negra serpenteando entre las verdes ramas.

«En ese momento fue cuando alcancé á ver á mis conductores dándole fuete á los caballos al pie de la colina. ¿Tendrían tiempo de llegar y enganchar antes que los bávaros nos hubiesen caído encima? Vuelven á cargar los cañones. Ah! En ese tiempo no eran las cosas tan expeditivas como hoy! Entonces teníamos piezas de á 4 que se cargaban por la boca; era preciso escobillonar para atacar el cartucho. Indiqué la pieza de la izquierda, primera que estuvo lista: hizo fuego y derribó algunos de los acordonados; los demás continuaron arrastrándose hacia nosotros. Asombrado de no oir el disparo de la otra pieza me precipito hacia ella apostrofando á los cañoneros retardados. El primero de la derecha esperaba con la mecha en la mano: sin decir palabra me señaló los otros dos empleados: el de la derecha revolcándose en el suelo; el de la izquierda con un brazo quebrado se desmadejaba sobre el escobillón que acababa de introducir en la boca del cañón. Me volví hacia el primero de la izquierda que tenía el cartucho.

«Era un muchacho pelirojo, que yo conocía muy bien: pequeño, raquítico, velludo y encendido como una zanahoria. Desde que llegue al cuerpo me lo habían señalado como el más trabajoso de la sección: un parisiense que había entrado en un reemplazo, hijo natural cuya procedencia se ignoraba, me había dicho el capitán; amigo de censurar á los jefes, bufón entre sus compañeros, era un atrevido que debía tenerse á la vista. No obstante yo no podía dominar cierta debilidad para con él, porque tenía viveza y mucha gracia en sus palabras.

—«Vamos! Qué? Que ya no hay nadie? Bueno, allá voy!—dijo en su media lengua de faubourg.

«Antes que yo le hiciese señal alguna, se lanzó á la boca del cañón, apaló al compañero herido, cogió el escobillón, lo introdujo y atacó el cartucho.

«En el mismo instante los condenados bávaros se levantan del césped como un solo hombre, con la regularidad mecánica de muñecos movidos por resorte. Un oficial les da sus órdenes con voz ronca y se amontonan para caer sobre nosotros á la bayoneta. Estaban á menos de cuatrocientos metros. Mis conductores que volvían á galope tendido no tenían mucho más que correr para llegar al campo, pero debían venir dando rodeos para ponerse al abrigo del fuego devastador. Hice un cálculo mental—en esos momentos se calcula muy bien y muy de prisa, os lo aseguro—y comprendí que antes de tres minutos mis pobres cañones serían tomados y nosotros hechos trizas.

«Mis miradas se volvieron hacia el cañón, hacia el muchacho rojo. Al hacer un movimiento para sacar el escobillón vi que bamboleaba: soltó su presa y se llevó maquinalmente las manos al corazón. Abrió dos veces la boca y comprendí que no me engañaba: acababa de ser herido por la espalda, debía tener el pecho atravesado por una de esas balas que no perdonan. De pronto dejó caer otra vez las dos manos sobre el escobillón, hizo un supremo esfuerzo para arrancarlo del cañón, lo levantó bruscamente por sobre su cabeza, enarbolándolo como una bandera, y volviéndose hacia mí con los ojos ya vidriosos, los labios todavía entreabiertos con sonrisa de satisfacción, me gritó con voz ronca en el hipo de la agonía:

—«Mi teniente, ya está eso!

«Ya lo estaba también para él, pobre

TOKIO: La fiesta de las linternas. — (El pueblo celebrando una victoria de las armas japonesas)

diablo; cayó como una mole sobre la rueda. El último cañonero que quedaba en pie tiró la mecha. Quiso nuestra buena suerte que mi carga de metralla cayese de lleno sobre el grupo de bávaros que avanzaba hacia nosotros. Su línea se desplomó como un lienzo de pared. Los que venían detrás volvieron a caer de plano sobre la yerba y de nuevo se arrastraron, pero esos minutos ganados fueron para nosotros la salvación. Llegaron los conductores, engancharon, ah! yo os respondo de que los tiros estuvieron fijos en un segundo, y en menos tiempo del que se necesita para decirlo, rodaban los cañones en seguimiento de nuestras baterías, llevándose todo lo que nos quedaba de hombres válidos, ni la mitad de la compañía. Mis cañones, mis hombres y vuestro servidor, puedo asegurároslo, hemos debido nuestra salvación al muchacho parisiense que quedó á la orilla del bosque, ya tieso como el escobillón que seguía apretando entre sus manos crispadas.»

—¿Y su nombre? ¿Cómo se llamaba? —preguntamos.

—¿Su nombre?—dijo el oficial sorprendido.—¿Qué voy á saber? Os he dicho que era hijo natural. Lo llamaban unas veces «el parisiense» y otras «la zanahoria.» Me parece recordar que en su libreta había un nombre: Pedro.... Augusto.... en verdad, no me acuerdo. Pero lo raro es que todavía lo veo como si fuera hoy, sacudiendo el escobillón, y oigo su voz de falsete ya velada y todavía chocarrera en su última palabra: «Mi teniente, ya está eso!»

E. MELCHIOR DE VOGÜÉ.
(De la Académia Francesa).

ALCANFOR

—

La dama enferma suspiraba
en la inquietud de su pasión,
como Belkiss, Reina de Saba,
por los besos de Salomón.

Cautelosa cual un felino,
una sutil fiebre tenaz,
hincó sus garras en el lino
pálido y terso de su faz.

Oculta fiebre que marchita
con diabólica lentitud,
lo mismo que una margarita,
el primor de su juventud.

Sus pupilas, fuentes calladas,
atenúan su claridad,
y hay grandes violetas moradas
en su lívida concavidad.

Y ya no piensa como antes,
bajo la acacia del jardín,
en la vecina de los guantes
de perfumado marroquín.

En su intranquilo duermevela,
algunas veces, sueña en
ser la dama de una novela
en dos tomos, de Montepín.

Y en las sábanas de batista
la desespera la inquietud,
cuando la fiebre ante su vista
esboza un siniestro ataúd.

Fiebre sutil que no domina
el eukaliptus bienhechor;
—amargas drogas, cruel quinina,
¿de qué servis?—dice el doctor.

Llenan la estancia de la enferma
tenues sollozos de piedad;
y todos piensan cuando duerma
olvidada en la eternidad.

Y en tanto enciende sus zafiros
voraces, la fiebre cruel,
y vuelan dolientes suspiros
del alma de cierto doncel;

Una devota que escuchaba
las opiniones del doctor,
—para esa fiebre, murmuraba,
el alcanfor,....el alcanfor....

ALEJANDRO CARIAS.

EXPOSICION DE SAN LUIS: Una noche de fiesta

LA CIUDAD DEL ENSUEÑO

—

Una turba de máscaras apareció en lo alto de la cuesta que domina los techos de Gael. Descendieron cantando hacia la pequeña ciudad ceñida de conventos contemplativos y cubierta de campanas.

Los mirlos de los huecos caminos y de los calvarios de granito huyeron espantados de aquellos hombres que llevaban pintado el rostro é iban revestidos de adornos burlescos. Porque los histriones, los juglares y los músicos ciegos, que van tendiendo por los caminos dorados por la luz sus tapetes para danzar y cantar, por los caminos sembrados de palmeras y bordados de palacios de mármol, no habían venido jamás á la ciudadcita.

Transparentábase ésta á través de una ligera bruma en la cual se arropaba su ensueño. Se hubiera dicho que había tomado el velo.

Y estaba aislada del mundo, rodeada de sus bosques de sabinos, sus estanques, sus conventos, sus campanas y sus capillas.

Las alegres canciones de los máscaras resonaron en el aire místico, entre los sabinos y las encinas. Entonces el réctor, precedido de la cruz y revestido de la estola, fué al encuentro de los extranjeros.

—Alto ahi!....gritó.

Y se detuvieron frente á frente.

—¿Quiénes sois vosotros?—preguntó el rector—vosotros que lleváis caretas grotescas. Si esa máscara es de carne, si es vuestra propia figura, significa que sois de una raza maldita, bastardos, excomulgados, descreídos...No sois cristianos... Si es un rostro postizo, sois miserables, puesto que deformáis de tal suerte, de modo tan ridículo, vuestro cuerpo, que está hecho á la imagen de Dios....¿Por qué ocultar así, bajo de un cartón grosero, vuestra boca que fué hecha para orar y para besar las santas imágenes, vuestros ojos que deben adorar y reflejar los sueños, el agua verde de los estanques, el candor de las mañanas y la melancolía de los crepúsculos?...¿Quiénes sois vosotros, de dónde venis y qué queréis hacer aquí?

La turba gesticulante respondió:

—Somos los jóvenes alegres. Venimos del país en que se rie. Del país luminoso donde la vida es agradable. Donde los vasos son claros. Donde los dientes son blancos. Donde uno se regocija. Y vamos sembrando canciones locas á lo largo de nuestro camino.

—¿Y por qué os regocijáis?—gritó el rector con voz fuerte.—¿Acaso el hijo de María ha resucitado? Ese es el solo día en que debe uno regocijarse, y no con gestos ni refranes groseros, sino cantando cánticos y depositando coronas sobre los calvarios de granito.....Pero hoy no es el dia de Pascua.

—Poco nos importa el día de Pascua!.... Nuestros címbalos resuenan todo el año. Nuestros cascabeles suenan la alegría eterna. Venimos del país en que se rie. Y riendo pasamos frente á vosotros.

—Seguid entonces vuestro camino. No entraréis á la ciudad. Esta es la ciudad mística. Seguid vuestro camino!

Los extranjeros, pintados y enmascarados, respondieron á estas palabras con un gran rumor de címbalos y de risas sonoras.

Entre tanto, los habitantes de la Ciudad del Silencio y del Sueño, habíanse agrupado en torno de su rector. Todos tenían figuras desmaterializadas, transparentes al alma, y largas manos pálidas, semejantes á lirios. Sus ojos eran ardientes y dulces, y todos opusieron una barrera grave á la invasión de los extraños.

Estos, detenidos en su camino, continuaban gesticulando y agitando sus címbalos y cascabeles.

—Dejadnos entrar á vuestra ciudad, decían, y vuestros rostros se llenarán de júbilo. Vuestras vidrieras vibrarán. La bruma en que vivís, se disipará en seguida. Nosotros somos la alegría. Somos la risa. Reid con nosotros!

Insensibles á estas palabras, los habitantes de la ciudad de Gael seguían estrechamente agrupados, defendiendo el umbral del Ensueño de aquel contacto sacrílego.

Las campanas empezaron á sonar, envolviendo á la ciudad como en un capelo sonoro, como en una vestidura santa. Oíanse en el fondo de los conventos, las voces frescas de las niñitas que salmodiaban: «Gloria á María.....Gloria á María.....»

Los hombres de la Risa avanzaron blandiendo sus címbalos.

Los hombres del Ensueño se apretaron recogidos y silenciosos.

El choque era inminente. El rector levantó la cruz.

***

De pronto, se oyó en las calles el ruido de una multitud de pequeños suecos. Los pequeños suecos corrían por las calles. Y las niñitas que salían de los conventos, vinieron á ver á los extranjeros enmascarados.

Las niñitas de la Ciudad del Ensueño, tenían grandes ojos dulces y rostros pálidos. Sus labios estaban cerrados y sellados por el Pensamiento. No sabían reir y mantenían sus manos juntas como para aprisionar al pájaro del Sueño. Miraban con asombro á los extranjeros enmascarados.

Cuando éstos las distinguieron, redoblaron sus gestos y sus canciones locas. Y las niñitas pusiéronse á reir por la vez primera.

Entonces los máscaras las llamaron haciéndoles signos cómicos.

—Venid con nosotros, niñitas. Venid con nosotros. Somos los muchachos alegres. Dejad vuestros estremecimientos, vuestros estanques, vuestros sabinos y vuestras brumas. Os llevaremos hacia el país en que se ríe. Hacia el país de luz donde la vida es agradable. Donde uno se regocija noche y día con canciones y con danzas. Venid con nosotros.

Las niñitas, riendo, desabrocharon sus manos juntas. El pájaro del Sueño tendió el vuelo....

* * *

En las estrechas ventanas de los conventos que formaban la mística muralla de la ciudad, aparecían rostros de reclusas como sombras fugitivas. Una frente pálida se posaba un minuto en las vidrieras y se borraba después. Pero se adivinaba que las frentes pálidas se llevaban, por haberse apoyado en la vidriera, la mancha de una nostalgia ó de un deseo...

El rector mantenía la cruz en alto y repetía:

—Seguid vuestro camino!

Los gesticulantes continuaban su tentación.

—Venid con nosotras, niñitas. Os enseñaremos nuestras canciones. Vuestras bocas florecerán como flores de granado. Vuestras manos agitarán los cascabeles y las palmas. Vuestros pies desnudos danzarán sobre los caminos dorados. Venid con nosotros, niñitas....

Los leves suecos echaron aún á correr, y las niñitas fueron hacia los extranjeros enmascarados....

* * *

Los habitantes de la ciudad de Gael se estremecieron dolorosamente. Sus rostros pálidos se pusieron más pálidos. Pero ninguno abandonó su puésto.

Dejadnos entrar á vuestra ciudad, propusieron entonces los máscaras, y os devolveremos á vuestras niñitas.

El rector respondió:

—Puesto que ellas nos han abandonado, ya no son nuestras. Han dejado escapar al pájaro del Sueño, y se han ido en pos de vuestros gestos. Guardadlas pues; vuestro contacto las ha mancillado. Ya no las conocemos.....Y aun cuando estuviesen puras aún, y aun cuando nuestros corazones sangrasen, aun cuando nuestra vejez quedase solitaria, no aceptaríamos vuestra transacción.....Somos los guardianes del umbral sagrado. Vosotros no entraréis á la Ciudad del Ensueño.

Entonces, ante la heroica resistencia, la turba de máscaras exclamó:

—Pues que así es, nos retiramos con gusto. Por lo demás, ya no tenemos deseo alguno de entrar con vosotros, porque nos llevamos la sangre de vuestros corazones, la flor de vuestra ciudad, vuestras niñitas cuyos suecos ya no sonarán en vuestras calles desoladas, y hemos hecho germinar nostalgias ó vagos anhelos en las almas pensativas de las reclusas, cuyas frentes pálidas se apoyaron un minuto en las vidrieras, cuyos velados ojos nos han mirado. Ah!....Ah!..... salud para vosotros, buenas gentes, guardianes fieles. Nuestra expedición no ha sido infructuosa.

Oyéronse durante breve tiempo las risas que se alejaban por el camino, que se iban hacia el país de la luz, hacia las rutas doradas y sombreadas de palmas. A las risas sonoras de los máscaras, uníanse las risas frescas de las niñitas, que decrecieron y se extinguieron en el crepúsculo violeta.

* * *

Entre los sabinos, los estanques y los viejos calvarios, sollozan las campanas de la ciudad de Gael, de donde las niñitas han partido.

JEAN MADELINE.

LOYOLA Y TOLSTOY

—

Una notable escritora inglesa, Miss Craigie, más conocida con el nombre de «John Oliver Hobles», que le ha servido para firmar sus novelas, en una conferencia que dió en Birmingham sobre «La ciencia de la vida,» dijo, refiriéndose al gran escritor ruso:

«Tolstoy, como San Ignacio, es el hijo de un noble. Sirvió en el ejército, demostró valor, frecuentó lo que se llama alta sociedad, heredó una gran fortuna, hizo del amor una ocupación y ha llegado á tener una familia de quince hijos. Se distinguió como soldado, obtuvo notable éxito como novelista, y como reformador es una de las más importantes figuras del mundo. De hecho, Tolstoy ha tenido excepcionales oportunidades de llegar á hastiarse, á disgustarse de los placeres de la vida y de los goces de la fama. Puede jactarse de haberlo gustado todo. Pocos de ésos á quienes él dirige sus elocuentes y apasionados escritos, pueden haber tenido dos centésimas de su experiencia de la vida y de los hombres, en tan extraordinaria variedad de condiciones.

¿Qué es lo que él nos dice debemos hacer? Pide al hombre de Estado, al sabio, al médico, al abogado, al profesor, al artista, al empleado, que no piensen, que no arguyan, que no analicen, sino que cultiven los campos. Allí, dice, encontraréis la paz; simplificaréis vuestras vidas, ganaréis el pan con el sudor de vuestras frentes. En nuestra organización social, Tolstoy sólo ve imperfección é inmoralidad. El dinero, según él, debe destruirse, suprimirse de una vez.

Un trabajo debe pagarse con otro trabajo. Insiste en que sólo nuestra parte animal sufre el dolor ó desea la felicidad. Lo que debemos hacer es amar.

Uno de sus discípulos le preguntó cierta vez:

—¿Pero á quién debemos amar? Puede que no hallemos á quien amar. No merece la pena amar á mi vecino por algún tiempo y amar siempre el imposible. Continuamente cambiamos de vecinos.

Tolstoy, entonces, explicó que no pensaba en el sentimentalismo, esa especie de preferencia por uno sobre otro, que de hecho es una parcialidad á la que, inadecuadamente, damos el nombre de afección. Esto es causa de un gran mal en el mundo. Debemos renunciar á las preferencias. Esta doctrina acércase á las enseñanzas de San Ignacio de Loyola, que predicaba debíamos tratar nuestros espíritus al modo que los jardineros podan los árboles.

Tolstoy no acepta la pintura ortodoxa de la vida futura; pero cree que todo hombre vive antes de nacer y después de haber muerto; esto es, que la vida no tiene principio ni fin. En cuanto á los placeres individuales, sólo se obtienen á costa de los sufrimientos de otros seres. El hombre ha sido criado en el sufrimiento, y cuanto más se esfuerce en unir su vida con la vida del mundo, más angustias deberá sufrir.

Debemos convenir que estas son paralizadoras ideas. Si Tolstoy hubiera pensado en su juventud como piensa en su vejez, muy poco hubiera realizado.»

Mrs. Craigie admite que Tolstoy desea el mejoramiento de la humanidad, deseo con el que simpatiza; pero, añade, que cuando intenta hacer de sus privadas é íntimas convicciones—que son el resultado de sus privadas é íntimas experiencias,—leyes de aplicación universal, estamos obligados á mostrarnos menos simpáticos, como una protesta del sentido común contra la exageración y la desilusión.

LA GREDA OLOROSA

—

(Fábula de Sadí, poeta persa del siglo XIII.)

—

Al entrar al baño un día
me puso un hombre en la mano
una greda, que tenía
un aroma soberano.
Toméla y díjela: «¿Estás
de almizcle ó ámbar formada?
Que me encantas por demás
con tu esencia delicada.
—«Tosco terrón antes era,
repuso; mas tuve yo
la rosa por compañera
y este grato olor me dió.
«Así cual parezco ser,
tan sólo un barro sería
muy despreciable, á no haber
tenido tal compañía.

EL CONDE DE NOROÑA.

ANHELO. — Por W. Winck

LAS ROCAS Y LOS ÁRBOLES HABLARON.....

Era un sauce, anacoreta
de este sitio solitario,
que cediendo á una secreta,
misteriosa inclinación,
en el húmedo silencio de la noche inoportuna,
ó á los rayos blanquecinos de la luna,
desgranaba su rosario,
con profunda devoción.

Con pausado impulso grave,
su ramaje remecía
cual queriendo decir: «Ave,
gratia plena, ave María»;
y su tronco, de perfiles retorcidos y siniestros,
crepitaba soñolientos padrenuestros
que la brisa pura y suave
por el campo repartía.

Una noche sin estrellas,
y lluviosa, y desolada,
de las noches menos bellas
que el invierno suele dar,
puso en éxtasis el árbol sus escuetas ramazones,
y olvidando las usuales oraciones,
dejó el ánima entregada
á un divino bienestar.

En su dulce arrobamiento,
oyó voces gemebundas,
delatoras de un tormento
que le hizo estremecer;
eran voces de las rocas cuyo espíritu clamaba
por hundirse, nuevamente vueltas lava,
en las grietas más profundas
donde hubieron de nacer.

No queremos ver el cielo,
las sacrílegas decían;—
nuestro más ardiente anhelo
es el cráter de un volcán.
Somos míseras esclavas que, con grillos de granito,
nos mantienen aherrojadas, sin delito;
somos víctimas, que ansían
disgregarse en huracán.

Hace siglos que, en hirviente
y estruendosa catarata,
asolamos de repente,
todo un valle encantador;
en qué mar de fuego líquido se encresparon nuestras olas
y qué informes, y qué extrañas carmañolas
nuestra cólera insensata
presagiaba con furor!

Disparadas recorrimos
muchas leguas por la altura;
retorciéndonos caímos
sobre el suelo, que tembló;
mas en breve, acometidas de nostalgia y desconsuelo,
descubriendo cuán vacío se ve el cielo,
nuestra ardiente levadura
en peñascos se cuajó.

Y han pasado muchos años
sin que un nuevo cataclismo
rompa al fin nuestros peldaños
y nos dé la libertad.
Nuestra muda masa inerte, que impasiblemente yace,
á la fuerza que en domarla se complace,
la aborrece, y por lo mismo,
se rebela á su crueldad!

Tembló el sauce en sus raíces,
y el murmullo de sus hojas
suspiró: «Lo que tú dices,
lava fría, he dicho yo.
Cuántas veces, indignado, en las tardes estivales,
aguijado por las furias infernales,
he clamado como clamas
contra el sér que me creó.

Cuántas veces al mirarme
en la onda bulliciosa,
he querido deslizarme
con el agua que se va,
y mi inquieta imagen, fija en la plácida corriente,
irritaba mis afanes con demente
ansiedad vertiginosa
de mirarla huyendo ya!

Cuántas veces mi ramaje,
al sentirse desgajado
por las crisis de coraje
de algún viento destructor,
aguardaba por instantes á que el tronco se arrancase
y en las cumbres azuladas se clavase,
donde hubiera dominado
un inmenso alrededor!

Cuántas veces he creído
á la hora vespertina,
que algún ave se ha perdido
tras un cielo de arrebol,
y he sentido en cada fibra la tensión desesperante
de ser agua fugitiva, brisa errante
ó ligera golondrina
para irme tras del sol.

Mas al fin fuése aquietando
mi ambicioso desvarío
con el celo venerando
de mi ardiente y sacra fe.
En Dios puse mi esperanza, y él calmó mis desazones.
¿Necesitan algo más los corazones
que salir del extravío
y entonar el *yo pequé?*

Desde entonces me resigno
á esta vida transitoria,
y resisto fuerte y digno
contra toda tentación.
La vejez y la intemperie arrugaron mi corteza,
pero aun yergo gentilmente la cabeza
y me elevo hasta la gloria
con la férvida oración.»

El gemido de las rocas
tomó un timbre de ironía,
y, agrietándose en mil bocas,
el peñasco más audaz
imitaba, formando eco, las palabras del asceta,
disfrazando, con sacrílega burleta,
la cruel filosofía
de su duda pertinaz.

Mas las voces de la noche
se elevaron de repente,
sin elogios ni reproche
á las piedras ni al saúz,
y cual notas delicadas que brotasen de un salterio,
resonaron, saturadas de misterio,
en salmodia reverente
de las sombras á la luz.

Y cantaron:
«Flor de fuego
que en el lívido horizonte,
de la tierra al blando ruego,
estás próxima á brotar,
hoy las tímidas esclavas que á tu vista se retiran,
con angustia penetrante flotar miran
el albor, en cada monte
que comienzas á dorar.

Si los seres que tú alumbras
con la luz del claro día,
cuando fulgido te encumbras
esparciendo tu calor,
viven siempre en las tinieblas ó inventándose consuelo,
¿qué sabremos, ¡ay! nosotras de ese cielo,
si jamás de las penumbras
pasaremos, áurea flor!

Pero ¡ah! nuestro destino
es tan grande como el tuyo:
tú, incansable en tu camino,
y nosotras, en huir.
En la gran Naturaleza, nuestros reinos son iguales,
bajo leyes misteriosas y fatales,
cada quien tendrá lo suyo
para todo el porvenir.

BALBINO DAVALOS.

LAS RIVALES. — Cuadro de E. de Blas

SAURIMONDA DE CASTELL ROSELLO

LEYENDA DEL TIEMPO DE LOS TROVADORES

AÑO MCCXVII

En estilo antiguo
á contaros voy
una vieja historia.
Es una leyenda,
es una canción
que siendo aún niño
yo cantar oí
á unos pescadores
y á hermosas doncellas
que blondas tejían
debajo los pinos
á orillas del mar
de aguas de zafiro
del país sagrado
de cielo de azur
do al llegar la noche
las estrellas brillan
más que en parte alguna.
Todos los que amáis
con profundo amor,
¡venid y escuchad!

Eranse los tiempos de los trovadores. Aún no existían las naciones. Tan sólo Reinos, Condados y Ducados, Marcas y Villas libres, dividían los pueblos de la Comunión cristiana.

—

El Condado del Rosellón era una gentil comarca mediterránea, situada entre la Provenza y los bajos Pirineos, la primera que se hallaba al entrar en tierras de Cataluña, formando parte del reino de Aragón al empezar el siglo XIII.

En ese país, y por esos tiempos, había un señor de castillo, pendón y caldera, llamado Guillermo de Cabestany, el cual era joven y bello, valiente y cortés, y gran trovador y sabio entendido en toda clase de artes, y buen caballero y leal, y de buenas maneras acompañado, y diestro en el manejo de las armas.

Llamábasele Cabestany, de su castillo de *Cab d'estany* (que en romance catalanesco significa cabeza de estanque, de *caput stagni* del latín), por levantarse el susodicho castillo sobre de un gran estanque, en el que se espejaban sus almenas y sus torrecillas.

El dicho señor compartía su tiempo entre las armas y las letras. Había salido triunfante en diez torneos, venciendo, entre otros, al rey de Hungría y al de Navarra, que pasaban por los más esforzados campeones de los reinos cristianos. En los juegos florales de Tolosa había obtenido tres englantinas, siendo proclamado maestro en la Gaya Ciencia. Era familiar en la corte de Barcelona del rey Pedro de Aragón, su íntimo amigo. Con frecuencia ambos *tensonaban* sobre asuntos de amor, de gestas de guerra ó de otras cosas profanas.

No faltaba quien de él dijera que el legado del Papa lo había señalado como herético *insabatato*. También se susurraba que no asistía al Divino sacrificio de la misa. Otros añadían que todo su saber le venía de la Universidad Sarracena de Toledo. Y no faltaba quien asegurase haberle visto leer libros paganos, entre los cuales se hallaban los de dos mágicos célebres; el uno llamado don Evergilios, que conducía las gentes al infierno; y el otro, don Ofidios, que enseñaba á metamorfosear toda suerte de cosas. Hé aquí por qué los monjes no lo querían ni poco ni mucho; y decían de él que debía toda su fortuna al diablo, pues nada daba á la iglesia, por más que hiciese muchas limosnas á los desgraciados menesterosos, y tuviera un corazón leal y bondadoso.

Cuando el rey de Aragón unióse al de Castilla para batir á los sarracenos de España, encargáronle que hiciera un *sirventesio*, invitando á todos los barones, valvasores, hombres de paraje y jefes de marca, á que viniesen á su socorro. Y muchos fueron los que llegaron; y también él, á la cabeza de sus hombres de armas, acompañando á su señor y amigo el rey don Pedro II á esa tal guerra. Y los ejércitos cristianos se aparejaron y embistieron con esfuerzo y gran denuedo. Y la tal guerra fue muy cruda y encarnizada, y de gran empeño; mas, con la ayuda de Nuestro Señor Don Jesucristo y del bendito apóstol San Jaime, los infieles fueron vencidos y puestos á raya. Y la cristiandad se halló á seguro de ellos.

Grandes fueron las sus proezas en la batalla memorable de *Las Navas*, de Tolosa. Con su corcel saltó, en medio de una lluvia de flechas, por encima de tres líneas de negros africanos armados de luengas y lucientes picas, con las cuales formaban un baluarte vivo al campamento de Almanzor, el gran Califa. Con su hacha cortó tres gruesas cadenas de las de la cerca, y con su ancha espada destripó cuatro perros de presa que sobre él saltaron cual monstruos feroces. Hizo prisionero un Emir con todo su séquito. Fue uno de los que vieron al Señor San Jaime, montado á caballo, abatiendo infie-

les con su espada, en lo más rudo de la pelea.

Cuando volvió victorioso á su país del Rosellón, las damas lo esperaban apoyadas en los ajimeces de las ventanas de los castillos; y los buenos burgueses de las villas, salían á las puertas de sus casas para verlo, y las muchachas para mirarlo.

Y al contemplarle tan joven, tan gentil y tan apuesto, con su casco en la cabeza, todo él cubierto de mayas lucientes, la sobrevesta, con las divisas de familia, así como el escudo de punta de almendra, su espada á la izquierda, apoyada la lanza en el estribo, montado sobre su blanco corcel, todo enjaezado y cubierto de gualdrapas blancas con las rojas cruces, todos se demandaban si no sería así el Señor San Jorge, cuando llegó de matar el infernal dragón y de libertar á la gentil princesa.

Al año siguiente, cuando los cruzados del conde de Montforte, malvados, duros y crueles, devastaban el Languedoc y la Provenza, él, con corazón leal y ánimo esforzado, formó en la hueste libertadora del rey don Pedro de Aragón, su señor y amigo, hueste compuesta de la flor y nata de los caballeros de Cataluña, y de los próceres é infanzones de Aragón, y leales señores y valvasores que le habían seguido fuera de sus tierras, con sus donceles, escuderos, peones y demás hombres de armas.

Cuando el buen rey llegó á Muret y plantó allí su oriflama, él le acompañaba, marchando á su derecha, montado en su blanco corcel, seguido de sus donceles y sus pajes.

El fue uno de los que arremetieron con denuedo á los cruzados, forzándolos á apelotarse en un baluarte. A tajos y á estocadas deshizo una turba de villanos menguados, mal nacidos, que lo atacaron con palos ferrados y guisarmas. Un monje del Cister que los mandaba, quiso matarlo con un hacha, y él, de un solo golpe, con su montante, dividió el monje en dos, de arriba abajo.

Cuando vió á su rey y amigo el buen don Pedro, muerto á traición por los felones cruzados, lo lloró mucho tiempo, y compuso, en su memoria, una sentida *complanta* que partía los corazones. E hizo juramento, sobre el campo, de vengarlo. Y así fue hecho; pues fue él, y no otro, el que desconfizó y chafó las huestes del Conde de Montforte cerca de Castel Naudari, con la esforzada ayuda de Alfán Romeo, Giraldito de Ademar, y Hugo de la Balasta, el cual mandaba los arqueros y los sargentos de la invicta villa de Bellcaire.

Al teñir el cielo el alba nacarada, cuando las flores, que el rocío moja, empiezan á abrir sus capullos y á embalsamar el aire con sus embriagadores perfumes, él, seguido de los suyos, dió el asalto al campamento enemigo, rompiendo la estacada y haciendo irrupción en medio de sus tiendas. Mas, como á gentil caballero que era, mandó á hacer un llamamiento á todos, tocando clarines, trompetas y añafiles, para que no se dijera que había vencido él, por estar dormidos ellos. Las gentes de Montforte despertaron, y terrible fue el despertar suyo. Corrieron á las armas y la pelea fue horrible. Piedras, dardos, flechas, viretones, saetas, venablos, rejones, chuzos, azconas, y lanzas, llovían por todas partes, rayando el aire como la piedra en una tempestad deshecha. Los escudos se rompían á pedazos; los yelmos se hundían chafados ó partidos; desgarrábanse los clavecines y las mallas, embotando las espadas y los pistos; las hachas cortaban las cabezas á cercén, partiendo los barbotes; los martillos caían sobre las aletas, como si fueran yunques; oíase un martilleo de fragua, un ruido de huracán, una infernal algarabía. La sangre saltaba á chorros de los mutilados cuerpos de los cruzados, mojando la tela de las tiendas y salpicando los árboles. El suelo cubrióse de miembros cortados y cuerpos expirantes. Y como si no quisiera alumbrar una tal carnicería, el sol que acababa de levantarse, se escondió, en seguida, detrás de una nube muy espesa.

—

Y vino un día en que el doncel prendóse de amores por una gentil dama llamada Saurimonda. Y esto acaeció en un torneo, en el cual él había desarzonado á nueve caballeros famosos por sus proezas, siendo coronado por la dicha dama que presidía la tal fiesta.

Y dicha fiesta celebróse en el puerto de Venus, *Portus Veneris*, ó Port-Vendres, como le llaman los naturales de aquel país. Y la liza se emplazó cerca del mar, llegando á aquellas playas en galeras empavesadas de pendones, oriflamas y gallardetes, caballeros de toda la cristiandad conocida, entre ellos provenzales, genoveses, malteses, venecianos y uno de Constantinópolis, y, además, un caballero sarraceno, hijo de un Emir de Andalucía, con cuatro escuderos negros. Y todos venían de tan luengas tierras, atraídos por la hermosura de la condesa Saurimonda, y á recibir el galardón de sus blancas manos; pero sólo el doncel de Cabestany, y no otro, fue quien lo alcanzara, combatiendo como bueno, y venciendo sólo por la destreza de las armas, sin llevar lanza encantada, ni espada con uña de bruja en el pomo, ni maza plegadiza, ni cuerda de ahorcado en la escarcela, ni otro maleficio alguno.

La dicha Saurimonda era la esposa del señor de la comarca, llamado Raymundo, conde de Castel Rosellón, el cual era viejo y feo, y de mal tratar, y peor habla. Y tenía todo el cuerpo lleno de costuras, pues había estado á combatir los infieles en Tierra Santa, en penitencia de sus muchos pecados, y de las muertas que había cometido, y de las palabras no cumplideras, que había dado en tierra de cristianos. Por cualquier motivo solía colgar á sus vasallos; mas el buen rey de Aragón lo había amenazado con hacerle cortar la cabeza, como un malsín, si continuaba en tales demasías. Y por esto, llegado que fue de la cruzada, ya no colgó á ninguno más; pero los mandaba apalear, ó, cuando él había necesidad de dineros, los atormentaba hasta que le daban lo que él quería.

La bella Saurimonda él la había obtenido en nupcias á la fuerza. Hija de un gentil hombre del campo, de Rivas Altes, vasallo suyo, se la había hecho conceder como esposa, amenazándolo con la muerte y la confiscación de sus bienes, si le negaba la mano de su hija, y aunque el dicho caballero, de buen grado no quisiera, su hija, por amor filial, aceptó el sacrificio.

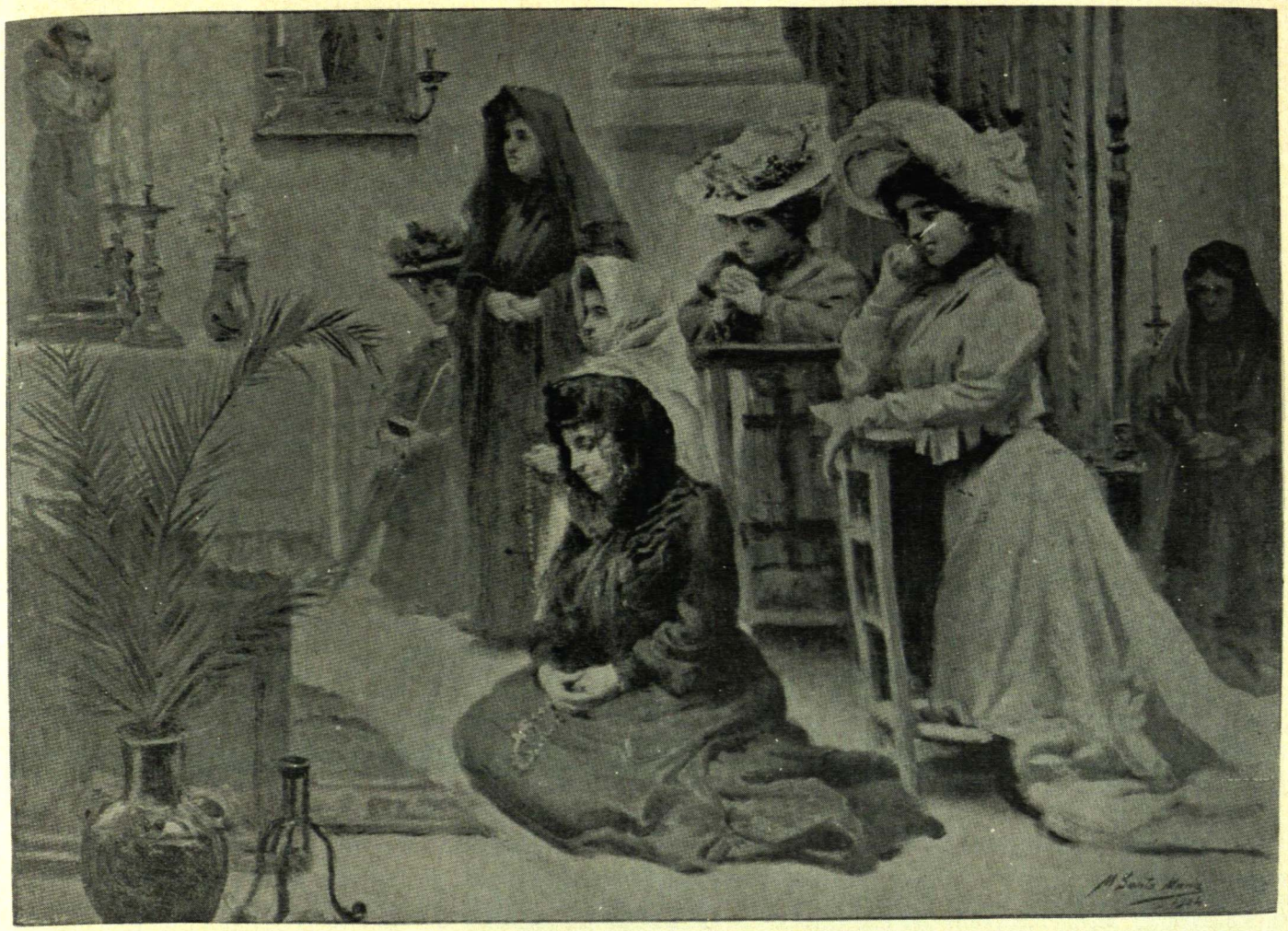
Guillermo de Cabestany era vasallo del conde Raymundo, aunque no pagará pechos, pues era delinaje noble, y, además, el rey de Aragón, su amigo, le había eximido de toda servitud que no fuera la suya.

Desde el día del torneo de Portus Veneris, la condesa Saurimonda amaba al caballero Cabestany en secreto. Y pronto hallaron ocasión para verse lejos del castillo; y como á hombre y á mujer se hubieron, con gran expansión de sus almas enamoradas y prolongando deleite de sus gentiles cuerpos. Pero nadie sabía nada de ello, ni hombre alguno había sospechado de lo acaecido, por más que el enamorado doncel hiciera canciones sobre la hermosura, gentileza y honestidad de su dama, canciones muy gayas y bien rimadas y llenas de fuego de amor, que se dijera que las inspiraba la propia doña Venus de los paganos. Pero el doncel, discreto, nunca la nombraba, ni daba exactas señas de ella, y cada uno buscaba en su fantasía cuál podía ser la afortunada dama que inspirara tan bellas estrofas. Y nadie la adivinaba. Y ella le estaba tan agradecida y tenía por él una tan grande amistad, que le dispensó frecuentes y repetidos favores, é hizo de él su caballero, y por mucho tiempo ella tuvo gran placer de él y él de ella.

Mas acaeció que un día, alguien á ella le dijera, que la dama tan preciada en las glosas del trovador gentil, era una hermosa señora que vivía en el condado de Tolosa, y como el caballero Cabestany iba con gran frecuencia al dicho condado, la condesa Saurimonda tuvo grandes celos por ello; y le llamó á él y le dijo: —¿Qué os he hecho yo para que, siendo mi caballero, no seáis todo mío? ¿Por qué no me cantáis á mí sino á otra?—Y entonces el doncel le dijo que no amaba más que á ella, y que sólo á ella cantaba y alababa en sus sentidas trovas, y que si iba al condado de Tolosa, era para ver al conde, su amigo, y departir con él de muchas cosas que el rey de Aragón le encargara, porque había en él gran confianza. Y dicho esto mostróle á su dama varios pergaminos del rey de Aragón con su propio real sello, y otros del conde Tolosano; y le juró á ella fidelidad eterna, sobre una cruz de esmeraldas que ella llevaba al cuello, pendiente de gruesa cadena de oro. Y ella le pidió que, siendo todo esto cierto y valedero, la describiese con todos sus encantos y cualidades, y la nombrase, aunque sólo fuese en una trova, en un *virolay* que debía de componer para ser cantado en la corte de Tolosa. Y el doncel así lo hizo. Y la canción fue coronada; y se le mandó á ella un paje del conde de Tolosa, con un mensaje para que fuese á presidir la fiesta de los Juegos Florales, pues era dama de tanta discreción y hermosura.

Pero, como hubiese otras damas que pretendiesen de amores al doncel, y otras que se creyesen con derecho á presidir la dicha fiesta, diéronse á murmurar del acaecimiento, y hablaron mal de él y de ella; y así se hizo llegar la noticia al conde de Rosellón, de que el caballero Guillermo amaba bien á su esposa, y de que era por ella plenamente correspondido.

Y el conde Raymundo hubo grandes celos y tuvo rabia feroz, y juró vengarse un día que hubo prueba, por medio de uno que le presentó escrita la canción premiada, que hiciera reina de la fiesta á la condesa, su mujer; y así empezaba la canción en lemosín en cual bella parla estaba escrita.



DEVOTAS DE SAN ANTONIO

Volhetz saber senyora lo que os am ?
Volhetz saber comment mon cor á fam
de vianda d'Amor ?

Y aquí el conde rompió el pergamino, y maldijo y blasfemó como un moro ó como un renegado. Y luego, habiendo gran pena de ello, fuese á confesar con un fraile dominico, el cual tenía gran odio á Cabestany, porque había ido á pelear en favor de los albigenses; y le dijo al conde que él le absolvía de todo, con tal que hiciese matar al caballero Guillermo, que, en buena conciencia, podía bien matarlo, porque era un hereje y, además, adúltero, y á más él su vasallo. Y que así ganaría la gloria del cielo, y que Don Jesucristo y la Virgen Santa María le estarían plenamente agradecidos, de que hubiese libertado la comarca de tan gran enemigo de la Santa Madre Iglesia y del Papado de Roma, pues que todas estas desventuras le pasaban por tener en sus estados un vasallo que hacía la guerra á la Religión y á los Santos Sacramentos. Y también, le dijo, que castigar había á la condesa por haber caído con él en mortal pecado.

Y al siguiente día, el conde Raymundo hizo encerrar en una torre á la condesa Saurimonda, haciéndola guardar por hombres de armas, viejos, y haciéndole sufrir toda clase de vejaciones, de lo cual el doncel de Cabestany, al saberlo, fue muy contristado, y tuvo de ello un tan gran dolor, que compuso la célebre complanta, aquella de *Lo dos cossire que'm don amor sovent!* complanta que fue pronto cantada por todos los trovadores de Cataluña y de Provenza.

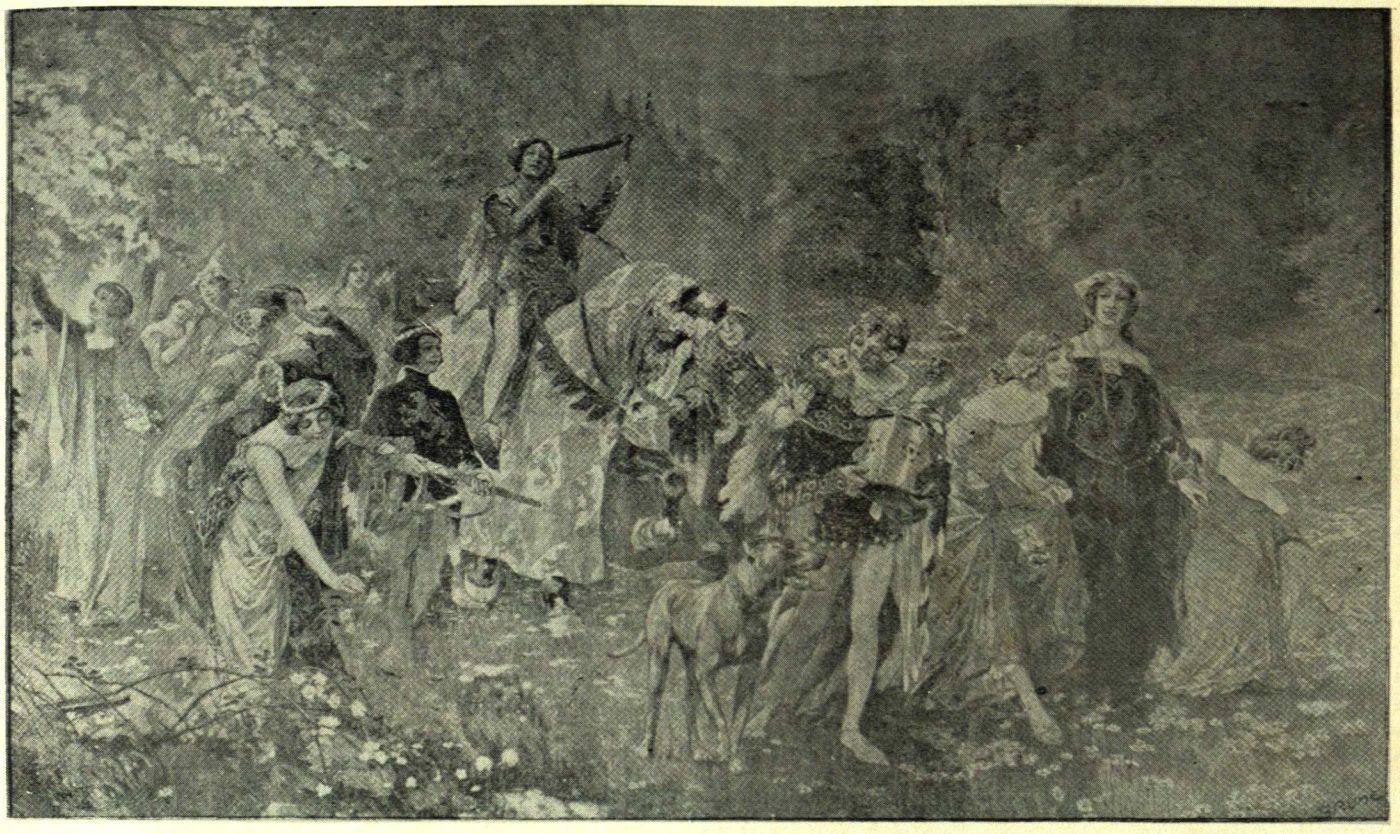
Cuando el conde Raymundo oyó la canción dicha, presto comprendió que era enderezada á la condesa, su mujer, y entonces fué cuando meditó la manera cómo podría bien vengarse.

Para eso hizo salir al señor de Cabestany de su castillo, con una carta fingida que le mandó, por un desconocido, de parte de su amigo el barón de Coplliure, que le requería para que se juntase con él á la salida del alba y á mitad del camino de ambos castillos para ir juntos á la caza del gamo, dándole cita en un punto en que el camino pasaba cerca de un bosque espeso.

Después de la media noche, el conde partió de su castillo con cuatro diestros arqueros, de los cuales, dos eran gascones y uno maltés, y el otro moro converso. Y llegados al sitio, los emboscó detrás de unos árboles muy corpulentos, y al abrigo de unos matorrales, de modo que nadie verlos pudiera, y lo mismo hizo él, muy cerca de ellos. Y les ordenó de apuntar bien derecho y de tirar con flecha de acero recocido, sobre el doncel de Cabestany, en cuanto éste pasara cerca, pues era justicia que había que hacer. Y antes había mandado confesar y comulgar á los cuatro arqueros, para que estuvieran en gracia de Dios. Y el moro envenenó su flecha.

Y tal pasó, que en cuanto el incauto caballero llegó, en un alazán montado, en busca de su buen amigo el de Coplliure, los cuatro arqueros que lo vieron venir, pusieron rodilla en tierra, tendieron el arco, y enarcando su cuerpo, y poniendo el ojo sobre de él, le dispararon á un tiempo los cuatro, saetas, que el mal aventurado caballero recibió en el pecho, cayéndose del caballo y siendo arrastrado por el suelo. Mas, como intentara levantarse, el conde Raymundo se le echó encima con una ancha y formidable espada, y lo degolló de un solo tajo. Luego le dijo al maltés, que había sido carnicero, que le abriera el pecho y le sacara el corazón, y así lo hizo. Y el corazón del doncel fué puesto en hojas con sal, y metido en la escarcela del dicho arquero. Y luego dieron sepultura al cuerpo, al pie de un gran pino. Y es fama que, á los tres días, al pie del pino nació un rosal florido.

Después volvieron al castillo, entrando en él por la puerta falsa. Y una vez á él llegados, el conde dirigióse á su cocinero y le mandó de bien aderezar y de guizar el corazón que le presentaba, con vino blanco, canela y muchas especias, y de servirlo á la mesa á la hora de la comida. Y ésta llegada, mandó llamar á su esposa y le dijo que ya la perdonaba, y que por esto la había llamado á su mesa,



PINTURA DECORATIVA PARA EL TEATRO DE BONN. — Por H. Brüne

y que quería darle una gran comida tan espléndida como la del día de sus bodas, para lo cual, él, al apuntar el alba, había salido á la caza, y había mandado de bien guizar lo que había cazado.

Y ella, que nada sabía, comió de todo. Y en cuanto hubo comido el corazón de su amante, él le pidió si le placía el dicho plato, á lo cual respondióle ella afirmativamente. Y entonces díjole el conde, que ya así lo había supuesto, y por ende se lo había presentado, pues carne era aquélla que á ella le gustaba catarla con frecuencia, y que la tal era el corazón de su buen amigo el doncel de Cabestany, á quien él cazara aquella misma mañana.

Y ella quedóse atónita un momento; mas luego le repuso, que tanto le había gustado y, tan bueno, tan tierno y tan sabroso hallado lo había, como á un verdadero manjar de amor que era, que juraba, por la memoria de su madre, que jamás otro alimento alguno no había de entrar en su cuerpo, ni aun bebida alguna, para que no le quitara de la boca tan delicioso gusto, como le diera el corazón de su buen amigo.

A lo cual el conde, oyendo tan altiva y singular respuesta, desenvainó la espada apresrándose para matar á la condesa, mas ella huyó hacia un balcón que había abierto, que daba encima de un precipicio. Y se echó abajo, al tiempo que el conde Raymundo ya casi le tenía la espada cerca del cuello para degollarla. Y como el balcón era muy alto, la infeliz Saurimonda se rompió, al caer, todas las costillas, quedando muerta en el acto, con gran ruido y espanto de las buenas gentes que estaban trabajando en el campo. Y como vieran aparecer al conde, furioso, en el balcón, espada en mano, todos comprendieron que la pobre condesa se había echado abajo para escapar á las iras del monstruo de su marido, á quien todos odiaban. Y contaron esto, durante muchos días, á todos los que pasaban, y éstos á otros, y así fué sabido el caso en toda la Provenza y Cataluña, y el condado de Tolosa y Aragón, y también en Francia, hasta que la nueva llegó á Barcelona, al palacio del Rey. Y en dicho palacio, lo mismo que en todos los castillos del reino, túvose gran duelo de la triste muerte del leal señor de Cabestany y de la gentil Saurimonda, por haberles tan villanamente hecho perecer el malvado conde del Rosellón.

Y entonces se juntaron todos los parientes y amigos del doncel, y todos los parientes y amigos de las amigas de la condesa, y, además, todos los caballeros corteses de los condados de Provenza, de Tolosa, de Besalú, de Conflent y de Cerdeña. Y todos los trovadores, y los mantenedores de la Gaya Ciencia, y muchas gentes de espada y de letras, y todos los buenos y fieles amantes; y los presidió el mismo rey en persona, y fué decidido el declarar la guerra al conde del Rosellón. Y las huestes partieron; y, en llegando, los propios vasallos del conde Raymundo se sublevaron contra de él, y lo entregaron atado á las gentiles huestes para que hicieran justicia en su persona. Y el rey, su señor, le despojó de todos sus estados, cediéndolos á un leal caballero ampuritano, que fué el primero que le trajera la noticia, así como también el primero en pedir venganza. Y por orden del señor Rey de Aragón se hizo levantar un monumento en la plaza mayor de Perpiñán, enfrente de la iglesia, y en un ángulo de la dicha plaza ordenó el señor rey que se levantara una torre con una sola y gran ventana, con una doble y fuerte reja, que diera de frente al panteón y á la iglesia. Y en él hizo sepultar juntos los cuerpos de Cabestany y de Saurimonda. Y en la torre encerró al conde, teniéndolo bien guardado con muchos centinelas. Y se celebró una gran ceremonia para sepultar los dichos cuerpos de los amantes mártires, presidiendo el propio rey en persona, y el conde de Tolosa á la derecha, y el de Comminges á la izquierda, y, además, el de Foix, el de Cofient, el de Ripollés y el de Provenza, y muchos leales caballeros y honestas damas. Y, entonces, empezó una continua peregrinación de amor hacia la dicha tumba. Y fueron en romería muchos caballeros y trovadores, y todos los amantes fieles iban á jurarse amor al pie del sepulcro, llegando de luengas tierras, hasta de Castilla, y de París, y de Nápoles, y de la gran Sicilia, y de las islas de Mallorca, de Cerdeña y de Malta.

Y todos los caballeros, con sus buenas amigas, rogaban, arrodillados y juntas las manos, al Señor Don Jesucristo por las almas de aquellos mártires de amor. Y el conde Raymundo fué obligado á presenciar todo esto desde su prisión, por la gran ventana enrejada, de lo cual murió loco furioso, antes del año.

Y cuando el año hubo transcurrido, el día del aniversario, el buen rey de Aragón hizo trasladar ambos cuerpos de los dos amantes á la catedral de la propia ciudad de Perpiñán, haciéndose una procesión solemne, en la cual se llevaban á cuestas, por ocho caballeros de la

villa, los dichos cuerpos, bajo palio, dentro de baúles recubiertos de terciopelo carmesí claveteado de oro, con los escudos del galán y de la dama. Y el rey fué detrás á caballo, armado de punta en blanco, con la corona encima del yelmo, y todo la corte le acompañaba, así como todos los barones, condes, marqueses y valvasores vasallos suyos. Y el arzobispo de Narbona, que era también trovador, bendijo el nuevo sepulcro de mármol donde fueron colocados ambos amantes fieles, en el claustro de la Basílica, con estatuas yacentes que los representaban. Y nuestro Señor Don Jesucristo los recibió en su Santa Gloria por haberse tánto amado, cumpliendo así con la ley que El nos dejó sobre la tierra. Amén.

Y todos los que esto leyéreis, decid: Amén.

POMPEYO GENER.

VEN

—

Porque me alivia tu regreso
el imponderable dolor,
de ver deshojarse la flor
hecha de tu beso y mi beso;

porque vivo como aquel preso
de la Mitología....por
que con la ayuda de tu amor
me quitas del alma un gran peso!

Porque para mi fantasía
eres el pan de cada día,
y soy la sombra que va en pos

de tí, cual un sumiso paje:
ven á descansar de tu viaje,
ven....
y que te lo pague Dios!

MAXIMILIANO GUEVARA.

OJOS TRISTES

—

Los ojos de los bueyes son grandes....dolorosos,
y cuentan el poema de la insondable tristeza,
de los largos días de sol, de los largos días lluviosos,
cuando uncen al yugo su apacible cabeza.

Ojos graves y serenos que retratan luminosos
los crepúsculos de iris, las montañas, la maleza;
ojos que hablan con dulzura de rigores afrentosos,
y de carnes mutiladas, y de amor á la pereza.

Ojos tristes y profundos que iluminan con fulgores
de infinita mansedumbre; ojos llenos de dolores
y de sueños, que reflejan el abismo de sus penas;

dulces ojos que delatan el hastío de los eunucos,
y la brega del trabajo en la lucha de los surcos,
cuando sangran los ijares los rubíes de sus venas.

J. I. VARGAS VILA.

LOS ZAPATOS DE LA MUÑECA. Cuadro de Brispot

DANTA SORPRENDIDA

—

Estremecióse la mañana obscura;
y hasta la orilla de la clara fuente
una danta llegó, que bravamente
se improvisó una senda en la espesura,

Enturbió con su sed el agua pura;
mas inmóvil quedóse de repente,
al mirar que en el agua transparente
salpicaban los astros su blancura.

Súbito, apareció frágil piragua;
sonó del boga el canto de tristeza,
al chischás de los remos en el agua.....

Cuando lo oyó, la danta entró en recelo;
y al suspender, de pronto, la cabeza,
se encontró con los astros en el cielo!

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

CRISTIANA

—

Como en Jordán de gracia me he bañado
en tu santa palabra generosa,
y es gozo la tortura que hoy me acosa,
porque Vos, mi Señor, me la habéis dado.

A fuerza de cilicios he domado
la fiera de mi carne lujuriosa;
y hoy te ofrezco mi cuerpo, blanca rosa,
que una lluvia de sangre ha salpicado!

Así clamó la tórtola divina.
Y mientras con la dura disciplina
los lirios de su carne maceraba,

la brisa del jardín traía aromas,
y en la ventana abierta se arrullaba
una blanca pareja de palomas!

FRANCISCO VILLAESPESA.

EL CAÑONERO

—

Mil ochocientos doce. La retirada. Turbas siniestras llenan las estepas heladas.

Aquellas turbas desfilan, silenciosas, bajo sus banderas abatidas, como si sus águilas también llorasen. A poco las rutas se despejaron. El último hombre había desaparecido. No más ruido, no más vida. Nada sino la desolación, la muerte en el frío.

Pero, poco á poco, aparecieron otras turbas negras, del mismo lado, menos numerosas, aún más espantables. Era la extrema retaguardia, que venía de Smolensko, los protectores de la retirada, los salvadores de los últimos héroes de la epopeya.

Pasaron como sombras, con sus trofeos bárbaros y suntuosos, arrancados á los muros del Kremlim.

Allí, en aquellas bandadas orgullosas, no se distinguían los jefes de los soldados. Granaderos vestidos como reyes de Bizancio y generales envueltos en sórdidos harapos. Pero las águilas iban enhiestas sobre las astas.

Venían de batirse en Krasnoï. Era la tarde. Casi ninguna artillería. Nada de víveres. Los equipajes dispersos. Todos cansados y tristes. Así, no pudiendo más, el grueso de aquella extrema retaguardia se detuvo en las orillas del Dnieper y estableció un vivac.

*

Bajo una tienda formada con varias pieles de reno azul, atadas á una lanza cosaca, tres hombres acababan de escanciar un casco lleno de una bebida preparada con remolachas. Eran un chiquillo rubio, tambor de voltígeros, pálido y tremulante bajo su piel de oso, un granadero vestido de sederías chinescas y un viejo dragón de la guardia, que parecía un profeta bajo los grandes pliegues adamascados de una toga de *pope*, escintilante de pedrerías.

Acababan de dividir en tres raciones un gran pedazo de carne de caballo, cuando retumbó un cañonazo.

—Diablos! de dónde viene ese tiro? exclamó el pilluelo. Hace una hora que cañonean. Serán los cosacos?

—Son cañones franceses, contestó el viejo soldado de manto real; los conozco por la voz: rugen cerca del río. Bravos cañones, á fe mía; sin ellos no podríamos comer, porque ya tendríamos encima á los cosacos.

Resonó otra detonación, grave clamor en la inmensa extensión helada. Los tres hombres acabaron de comer su ración. Luego, el granadero se frotó las manos en sus sedas chinescas.

—Ahora que hemos bebido y comido como en el restaurant de *La Dinde*, en Montluçon, voy á dormir.

—Difícil, murmuró el granuja chasqueando los dientes; cuando se duerme con este tiempo, no se está seguro de despertar.

Otro cañonazo.

—Bien, dormid, dijo el viejo de la guardia, al oír el eco del cañón; yo voy á desentumecerme los pies al lado de la artillería. Honor á los intrépidos: voy á felicitarlos.

Partió.

Marchó durante un cuarto de hora, admirado de no ver á nadie en los caminos. Ningún vivac; ningún artillero. Sin embargo, á intervalos monótonos, regulares, iguales, oía el cañón.

Era cerca del río. Corrió allá.

Pero inmediatamente retrocedió, inquieto, luego estupefacto, después deslumbrado.

—Hola! exclamó, si realmente hay tunantes, hé ahí uno!

En lugar de una batería completa, no había sino un cañón, y delante de éste, un cañonero.

El viejo de la guardia se arrodilló detrás de una cureña, para ver mejor al hombre, para admirarlo más tiempo.

El artillero solitario, en mangas de camisa, á pesar del frío glacial, hacía solo toda la maniobra. Como trabajaba con una pieza de á 8, reemplazaba, por consiguiente, á trece camaradas, dos cañoneros y once sirvientes. El dragón de la guardia lo vió descolgar el cubo, colocarlo bajo el pezón del eje. Luego, el artillero se colocó entre las palancas de puntería, dirigió la pieza, corrió á la culata para cerrar la luz, en seguida á la cubierta para cargar. Sus movimientos eran secos, automáticos. Se bajaba y se incorporaba con precisión, como en un campo de tiro. Parecía un fantasma, el alma de un artillero muerto escapado de su tumba y vuelto en la noche á su cañón. En aquel momento, la luna le iluminó la cabeza. Sangraba.

—Está herido! Pobre pillastre! murmuró el viejo.

Sintió que los copos que le rodeaban las cejas se fundían y fluían.

—Ah! demonios! si me viesen los camaradas! Pues no lloro?....

Una vez cargada la pieza, el hombre colocó la mecha é hizo fuego. Un relámpago brillante blanqueó la llanura de nieve y el mugido del cañón se alejó por la estepa infinita. El viejo de la guardia se había puesto de un salto delante del hombre.

—Buena suerte! camarada: rudamente bello lo que haces!

El cañonero volvió su rostro ensangrentado, en el cual no se veía ningún rasgo humano, salvo dos ojos claros, duros, ardientes, llenos de una fiebre triste.

—Hago mi deber, dijo. Me paseaba, cuando he encontrado este cañón. El ejército está cansado y los cosacos lo asechan. Me divierto en meterles miedo.

—En lugar de holgazanear como nosotros, continuó el anciano, de comer, beber, y aun dormir, tú, solo, trabajas.

—Te equivocas, he comido.

El cadáver de un caballo yacía cerca, con el vientre abierto.

—Estás herido?

—No.

—Pero tienes la cara ensangrentada.

—Es que como no tenía cuchillo, le he arrancado el hígado á ese caballo con los dientes.

—Bueno, rezongó el viejo, un bravo como tú tiene el derecho de vivir. ¿Qué regimiento? No llevas uniforme. En mangas de camisa, no se sabe lo que eres.

—Yo no soy de ningún regimiento.

—Ah! bah! murmuró el viejo dragón sin comprender. ¿Es que quieres tomarme el pelo, artillero? Dime tu número, es por tu bien.

—Yo no soy artillero, contestó el hombre tranquilamente.

—No es posible!. Tú te chanceas! Y bien, si no eres artillero, conoces admirablemente el oficio. Métete en los cañoneros; tendrás porvenir.

El hombre se preparaba á retirarse. Atento á su pieza, no le prestó más atención al anciano.

—Sin galones, cuando pueden obtenerse. Yo, si no soy más que brigadier, á pesar de mi sesenta y dos años, es porque no sé leer. Pero, «brigadier de la guardia» es algo! Oye: tengo relaciones, estoy á tus órdenes.

—Gracias, contestó el cañonero.

Su sombra se deslizó rápida y cargó la pieza.

—Le hablaré de tí á mi teniente, continuó el viejo aparte. El es sobrino del coronel; sería un milagro que el coronel no hallase la ocasión de hablar de tí al Emperador. No tendrás la cruz inmediatamente, porque eres muy joven, pero quizá te nombrarán brigadier como á mí. Quién sabe!....

Un rugido lo interrumpió: la voz formidable del cañón. Y casi al mismo tiempo, otra voz, buena y benévola, pero también terrible, agregó:

—Gracias, camarada, no te molestes. No necesito galones: hace ocho años que soy Mariscal de Francia.

*

A la luz de la luna, ante el viejo dragón desconcertado, el jefe de la extrema retaguardia del ejército francés, el último cañonero de la retirada de Rusia, pasó una manga de la camisa por su rostro, y el soldado lívido y tembloroso reconoció al *León Rojo*, las crines de oro y los ojos de fuego del Mariscal Ney.

GEORGES D'ESPARBÈS.

LAMPARA PAGANA

—

PARA MARÍA MERCEDES MASSIANI

—

En el templo sagrado donde tiende
Su vuelo el ideal, mi mano prende,
Como ofrenda que sea una alabanza,
Esta lámpara humilde que gravita
Sobre el altar, donde tu amor medita,
Con el bello país de la esperanza.

Sobre el ara radiante de blancura,
Donde quemo á tu lírica hermosura
La resina del numen, mis ensueños,
Emerge como un cielo tu belleza,
Sonríe como un lirio tu pureza,
Y triunfas con el culto de tus sueños.

En la nave severa se arrodilla
Toda noble intención; la maravilla
Del estro abre sus alas; y el silente
Recogimiento de las almas buenas,
Es el blanco milagro de azucenas
Que te votan las ansias del creyente.

Ante el regio poema de la línea,
Comulga el alma con la luz virgínea
Que surge dulcemente de tus ojos;
Y el sacrificio que el dolor desea,
Lo haces con el vino de la idea
Que brota en rimas de tus labios rojos.

Te impones como el nimbo sobre el astro,
Refulges como estatua de alabastro,
Y como estrella que al cenit se mueve.....
En un mar de ilusión, eres sirena;
En el huerto del ansia, una azucena;
Y sobre el monte del candor, la nieve.

La dulce religión de tus hechizos
Que pide para encanto de los rizos
Su odorante homenaje á los verjeles,
Pide también para tu gloria estable:
El tributo del mármol impecable,
Y su eterna oblación á los pinceles.

Conserva la virtud de tus blasones,
Custodia la riqueza de tus dones
Y tus flores de virgen en sagrario.....
Sobre el ara, mi estrofa se consume!
Es propicia á la onda del perfume.
La quietud misteriosa del santuario.

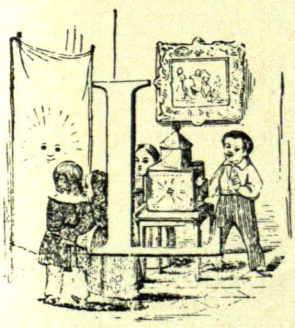
RAMÓN L. SANTELLI.

Caracas: 15 de julio de 1904.

TROPAS JAPONESAS CONDUCIENDO PRISIONEROS RUSOS

EL ROMA-JI

—



A Europa se maravilla sin cesar de la rapidez con que el Japón ha entrado en su órbita y evoluciona en la vía que nuestra civilización le ha trazado.

Sin embargo, el alma japonesa no se europeizaba bastante rápidamente, á la par de su gobierno. Sólo las clases cultivadas sufrían la influencia occidental; la masa del pueblo permanecía atrasada y, en suma, el contacto no era sino superficial.

¿Cómo hacer para infundir en las venas de esa raza del Extremo-Oriente la sangre anémica de las viéjas naciones?

El Japón ha llegado á conseguirlo, y M. Santhope Sams, en un artículo muy documentado de *The American Montly Review of Reviews*, titulado *Rebirth of the Japanese language and Literature*, estudia el medio muy práctico por el cual el Japón se lisonjea de llegar á sus fines. Se trata de la adopción del *Roma-ji*.

El *Roma-ji* es la reforma del alfabeto japonés, que sustituye los caracteres latinos á las letras chinescas. Es la transformación completa de la escritura y de la impresión de los diarios, revistas y libros que lee un pueblo de cuarenta millones de almas.

Cuando el Nippon adoptó, hace varios siglos, el alfabeto chinesco, sus signos inmutables no se plegaron á las inflexiones de la lengua japonesa, y hubo necesidad de intercalar otros signos en el texto, para indicar las desinencias: fue lo que se llamó *kana* ó escritura primitiva. Más tarde, los japoneses crearon cincuenta sílabas, que expresaron por medio de fragmentos de signos chinescos y que llaman *katakana* cuando son cuadrados, y *blocks* é *hirazana* cuando son cursivos.

El *hirazana* se ha hecho la escritura más popular y se ha desarrollado en más de siete estilos, todos prodigiosamente difíciles para escribir y para leer. La escritura japonesa es actualmente tan compleja, que una sola página de revista puede contener tres estilos diferentes, sin contar las variantes. El texto ofrece desde luego caracteres chinescos, que representan el cuerpo de la escritura; pero como no son inteligibles para la mitad de los lectores, van escritos al margen en *katakana* ó en *hirazana*. Todas las inflexiones gramaticales,—terminaciones de los verbos, plurales de los nombres, preposiciones, conjunciones, etc.,—están en *hirazana*. Las palabras extranjeras y sobre todo los nombres propios van en *katakana*.

El estudio de estas diversas clases de escritura es tan complicado, que los extranjeros no lo dominan jamás, y los niños japoneses pasan tres y cuatro años para aprender tres y cuatro mil signos,

lo que bastaría estrictamente á la adquisición de los conocimientos más elementales. Esta ardua tarea perjudica bastante al desarrollo intelectual del Japón, de tal manera que cuando se vea libre de su alfabeto la instrucción tomará en aquel país un desarrollo sorprendente.

Pero si el conocimiento de los signos chinescos es largo de adquirir y absorbe un tiempo precioso, esos caracteres ofrecen otro inconveniente mucho más grave, y es la falta de precisión y de fijeza de sus significados. Una frase escrita en letras chinescas puede interpretarse de varias maneras; por ejemplo, el signo que indica la ciudad ó la residencia imperial, que está contenido en la última sílaba de *Peking*, *Nanking*, y *Tokyo*, puede leerse como la palabra usual japonesa *miyako*, ó *kyo*, ó *ked*, ó *king*. La interpretación de ellos depende del contexto y del conocimiento de cuatro ó cinco sistemas diferentes en la manera de leer las letras.

Es inútil insistir acerca del obstáculo insuperable que semejante escritura opone al estudio de toda ciencia positiva.

El empleo de los caracteres latinos suprime de un golpe todos esos tanteos y esas incertidumbres, y hace tiempo que los japoneses liberales é instruidos preconizan la adopción del *Roma-ji*.

Han fundado una sociedad para la reforma de la escritura japonesa, la *Romajikaï* ó *Sociedad de las letras romanas*. Esta tentativa ha tropezado con el prejuicio de la clase cultivada japonesa, que trata de mantener su antigua escritura, tan difícil para aprender, que quien llega á poseerla puede alardear de una aristocrática superioridad.

Sin embargo, hace algunos años, los partidarios del *Roma-ji* se hacen más y más numerosos, y los japoneses que residen en Nueva York han ejercido una presión en sus compatriotas, tanto y tan bien, que esta importante reforma ha obtenido por fin una sanción oficial.

La tenacidad con la cual los japoneses conservaban su antigua escritura, contrastaba con la facilidad con que en tantos respectos han adoptado las costumbres y las maneras de Occidente. Esta anomalía tiene origen en la veneración casi supersticiosa conque ven los viejos caracteres chinescos, que no solamente tienen un encanto y una individualidad propios, sino que están más próximos á ser los signos de un lenguaje universal. Al lado de ellos, asegura M. Sams, nuestras lenguas europeas parecen *patois*; «el ruso, por ejemplo, no es sino un dialecto aproximado, el inglés un «parlar» provincial.»

La universalidad del alfabeto chinesco depende de que los signos que lo constituyen representan una idea y no un nombre. Cierto signo, hecho con dos simples rasgos, significa, «hombre» y puede ser leído instantáneamente por seis cientos millones de personas, en cincuenta ó cien lenguas ó dialectos.

«Se comprende que semejante obra maestra de arte ó de paciencia no pueda ser abandonada fácilmente por un nuevo sistema de escritura, que no es ni bello ni venerable,» concluye el escritor americano.

El argumento más serio que ha podido oponerse á la adopción del *Roma-ji* es el riesgo que se corre de modificar radicalmente la lengua japonesa. La obligaría desde luego á renunciar á su antiguo idioma, conocido con el nombre de «lengua clásica», «literaria», «escrita», ó «lengua de los labios», que es el monopolio de la clase ilustrada y que el pueblo no comprende; luego, sería preciso escoger, entre los numerosos dialectos, el más apto para hacerse lengua nacional.

Parece cierto que llevaría la ventaja la lengua de Tokyo, prestando un gran número de palabras y de giros á la antigua capital Kyoto, cuyo hablar era el modelo de la lengua corriente.

Las formas gramaticales del japonés se modificarían sensiblemente, y las numerosas fórmulas de cortesía que expresan la humildad y los títulos honoríficos, que embarazan actualmente cada frase de esta lengua, serían abandonadas, por inconciliables con la precisión y la rapidez de elocución del lenguaje moderno. En fin, el estilo torpe y vacilante del japonés actual sería reconstruido y disciplinado, y pronto veríamos la literatura japonesa tan bien ordenada y tan brillante como el admirable ejército del Nippón.

La adopción del *Roma-ji* hará más aún: abrirá una éra nueva á la literatura japonesa. Hasta ahora, la lengua nacional del Nippón ha estado prisionera, retenida por la clase ilustrada, extraña al pueblo, y, sin embargo, es de su seno de donde deben salir los verdaderos poetas y los grandes pensadores del Japón. Los eruditos del Extremo Oriente han producido obras estimables y laboriosas sobre la gramática, la filosofía y la historia, pero no tienen un gran poeta, un Dante, un Shakespeare, un Firdonsi, un Molière.

Sin embargo, la lengua es bella, rica en expresiones de ternura, que dan los más delicados matices del sentimiento, llena de sugestión mística: ningún pueblo posee una mina tan fecunda de materiales para la historia ó la novela; y sin embargo, el Japón no tiene aún, no un gran historiador como Michelet, ni siquiera un *chroniqueur* como Froissart, ó un *conteur* como Bocaccio ó Alejandro Dumas.

En cambio, hay improvisadores maravillosos, como Eucho, que tiene á la multitud fascinada con el encanto de su talento de *conteur*.

La introducción de la escritura latina en el Japón, al simplificar su lengua, le dará más ligereza y plasticidad, é infundirá una vida nueva en el alma japonesa.

El *Roma-ji* abrirá completamente el Nippón al mundo exterior.

M. Sams, se llena de entusiasmo ante esta perspectiva, pero los que saborean la dulzura melancólica de las viejas y bellas cosas irreemplazables, al ver desaparecer los misteriosos caracteres de la escritura japonesa se preguntan con inquietud si el encanto de esa remota civilización no sufrirá menoscabo bajo la invasión de la vulgaridad universal y si su arte delicado no cederá lugar á la copia de nuestras gastadas formas.

Involuntariamente se piensa con tristeza en Mme. Chrysanthème, en los paisajes fantásticos de pájaros inverosímiles y de flores vivientes, y en toda la poesía de una civilización tan distinta de la nuestra. ¿En dónde están las nieves de antaño?

MICHEL DELINES.

LLANERA

—

—Tengo una vaca, vecina.
Que no diera yo por tres;
Es una vaca pintada
Como por docto pincel.
¡Qué lámina; qué pelaje;
Qué garbo: no hay más que ver!
Cada lunar sonrosado
Sobre la amarilla piel,
Es una flor en que juega
La luz al amanecer.
Si se la mira de frente,
Es un gracioso bebé;
Por detrás es una dama
Gordiflona y sin corset.
Los cuernos, como la luna
Cuando comienza á crecer;
Los remos finos, muy finos,
Y pequeñitos los pies.
Y un hociquito de rosas,
Hecho á panales de miel;
Y unos ojazos que dicen:
«¿Compadre, le gusto á usté?»
Qué vaca!.....
— Y está muy gorda?
—Más gorda no puede ser.
—¿Cómo se llama?
—*Pintada.*
—¿Tiene algún becerro?
—Pues
Dos becerritas gemelas
Acabadas de nacer.
—¿Buena ubre?
—Inmensa ubre!
—¿Primeriza?
—Eso no sé.
—Dios se la guarde, vecino,
Dios se la bendiga.
—Amen.
—¿Y da mucha leche?
—Vaya!.....
—¿Da quince botellas?
—Qué?.....
—¿Da veinte?
—Pero, vecina!...
—¿Veinticinco?..... ¿Veintiseis?
Más de treinta es imposible,
¿Le da más?
—Pero, mujer!
¿No le he dicho que es pintada?
Pues pintada en un papel!

P. FORTOULT HURTADO.

UNA ESTEPA DEL NAZAS

—

¡Ni un verdecito alcor, ni una pradera!
Tan sólo miro, de mi vista enfrente,
la llanura sin fin, seca y ardiente,
donde jamás reinó la primavera.

Rueda el río monótono en la austera
cuenca, sin un cantil, ni una rompiente;
y tras del horizonte, el sol poniente,
cual la boca de un horno, reverbera.

Y en esta gama gris que no abrillanta
ningún color; aquí, do el aire azota
con ígneo soplo la reseca planta,

Sólo, al romper su cárcel, la bellota
en el pajizo algodonal levanta
de su cándido airón la blanca mota.

MANUEL JOSÉ OTHON.

VENEZUELA EN LA EXPOSICION DE SAN LUIS

SIMÓN BOLIVAR

No regalo de Minerva, ni labor de áureo estilo lucirá mi prosa, mi proletaria ofrenda al hombre supremo que la Patria, convulsiva y tropical, ha producido..... Andan lejos de mi pluma severidad de crítica y deliberación de juez. Yo no emplazo á ese hombre. Ni vitupero sus faltas, ni condeno sus delitos. En presencia de la amplia trayectoria centellante de su vida, canto; y para los nublados que la eclipsan, tiene mi orgulloso patriotismo deploración silenciosa..... Si anatemas para Bolívar, ¿á quién las parias? Malamente haría el alma autóctona en increpar los grandes—timbres de la tierra—cuando en nuestras turbias crónicas es cosecha el triunfo para lo falso y lo nimio y fué árbitro lo pequeño, eternamente erguido sobre el solio en actitudes bizantinas....Quede el augusto ministerio de la Historia constituída en tribunal para los que llevan el crimen y la vileza en la voluntad, indigentes de conciencia, facinerosos purpurados . . . Pero si la espada de fuego roza la pradera, pasando á su filo las marañas, la selvática vegetación perniciosa, ¿quedarían por acaso muchas encinas vigorosas, cedros como los del sirio monte, en toda su épica majestad, ricos de bálsamo y perfume? Bolívar es nuestra contribución más profundamente trascendental á la riqueza de gloria y progreso que las razas atesoran. Comprobado está que solo él tuvo razón en su tiempo y siguió teniéndola en la medida histórica, ante las consecuencias de los yerros entonces cometidos y por luengo espacio prevalecientes . . . Él se destaca con proporción excepcional, como un alto pino sembrado en la pampa uniforme. En su presencia, el hierro del póstero leñador vacila y para . . .

Vese en la historia sancionada la justicia del Areópago para la gente helénica, tipo de gallardía moral y de física belleza, cuyos Arcontes fueron encarnación del alma nacional, del espíritu selecto que dejó perdurando en el arte victoriosas líneas, y en la ciencia conceptos radicales . . . Vibran aún en la conciencia humana los dictámenes del Foro en la ciudad única que fundó el Derecho é instituyó el Poder sobre la virtud y el patriotismo . . . Chasquea el flajelo clásico sobre el torso de los césares, flora deforme de una gran civilización estancada, monstruosos frutos del personalismo en el ocio . . . Esculpen los buriles en la gloria del mármol el ejemplo de los cónsules, de los tribunos y pretores que supieron lo que significa la Patria y honraron á su pueblo elevando la propia dignidad . . . Pero en nuestros pobres medios, ante la serie secular de días estériles ultrajados por el mal y llenos de dolor, ante la triste nivelación tradicional de Seyanos acuciosos y siempre risueños, ¿qué hace la pluma, cuando rehacia á formular la jacobina contumelia, agítase bajo el espíritu que la mueve ansioso de grandeza soñada, sino trazar el concepto lírico en el deslumbramiento de esa vida heroica, turbulenta, fulgurante? Así, no la censura, sino la admiración ábrase camino en el ánimo al reconstituir la grande época, al rememorar al batallador aquél, rodeado de las circunstancias que concurrieron en su lucha y en su empresa; pues en la constante relatividad de las cosas humanas, esas circunstancias valen para medir la intensidad del esfuerzo, la magnitud de la obra; de aquella obra *contemplada con encanto por la Europa liberal, porque la libertad del nuevo mundo es la esperanza del universo* . . . Y para eso fué la gran labor.

¡Cuán fecunda y brillante carrera! ¡Cuánta gloria en una vida y cuántos homéricos trabajos! Fundar naciones, magna empresa; pero emancipar pueblos, quebrantar la coyunda que á secular impersonalidad los sujeta, restituirlos al goce de su soberanía rediviva, es poner el manto estrellado de lo sublime sobre el humano empeño . . . Recojamos las páginas de bronce en que Simón Bolívar escribió . . . ¿Cuál asunto mejor, en los veneros del tiempo ido? Hablemos largamente del hombre egregio, ¡oh contemporáneos!

——

Planteada fué la gran cuestión continental: 1810 abría el sangriento al par que esplendoroso paréntesis que 1830 debía cerrar. Estaba la Patria moribunda, exangüe ya bajo la cuchilla de Monteverde. De pronto en las cimas del ocaso, amadas del crepúsculo, comparece midiendo con su ojo de ave heráldica el extenso escenario, un hombre que trae los signos del misterio y del ideal en la frente, el rayo en la diestra: es el artífice omnisapiente por el Destino señalado para labrar en la carne de América el poema prodigioso; es el hombre que tiene *la cabeza de los milagros y la lengua de las maravillas.* (*)

La lucha comienza . . . Eterno proscripto, fué el batallador eterno: peregrino permanente que no conoció la paz, que nunca desciñó la espada, ni concedió vagar á la pluma diamantina con que fulminó las innumerables órdenes de muerte, con que trazó los sabios decretos de reorganización, las proclamas deslumbrantes cual relámpagos, poderosas como estallido eléctrico; los razonables estatutos—modelos hasta hoy menospreciados en la teoría de la legislación por una raza irreflexiva y adoptados en la práctica por gobernantes de hecho; los volúmenes de oratoria y literatura epistolar, obras preciosas de elocuencia y arte, que sorprenden al lector y son encanto y prez de los anales que avaloran. ¡Qué abundancia en tal acervo!

Lanzado en el combate, mostró el Libertador la revelación activa de la sensibilidad que entra exasperándose en el pugilato de una Revolución; dió toda su alma fina y fuerte para laborar por medio de las armas el progreso.... Dió toda su alma, pero tal vez no dió todo su pensamiento. ¿Explanó jamás á sus compañeros y amigos, á su pueblo, el plan íntimo y final de su cabeza, laboratorio volcánico? ¿No vivió él aislado en la altura de su objetivo como un águila?

Nadie le negará á ese admirable hombre, *hecho como el fuego del cielo, para brillar en medio de las tempestades* (**) el valor, la abnegación, la noble y justificada audacia. Y aquel talento suyo, que resplandecía en la súbita y arriesgada combinación de movimientos en una campaña, á la cabeza de tales soldados, *cuya vida alargaron centenares de victorias hasta el término del mundo;* aquella inteligencia viva y amplia, donde con holgura cupieron la erudición literaria y filosófica, la vasta concepción del Estado moderno, de las leyes humanas y de los fines de la civilización, ¿quién osa discutírselos?

A su intrepidez igualaba su longanimidad. Iban los adversarios en los ejércitos que combatía y estaban también bajo sus propias banderas tricolores. En la sucesión procesal de triunfos y derrotas que su carrera señaló en la geografía americana, se ve, así como la estela de su genio, siempre imperioso y rutilante, la marca de la contrariedad, sombra enigmática que va siempre junto al benéfico propósito del hombre; se reconoce á cada paso la vigorosa iniciativa de su espíritu de excepción, lo mismo que se revelan con desconsoladora evidencia los infaustos estigmas que hubieron de caracterizar en lo futuro la ciclópea empresa! Y todo lo previó. Así como era su constancia igual á su energía y fueron siempre en él paralelas la actividad y la eficacia por el camino de la gloria, acumulóse también en su alma todo el desengaño de la época y todo el dolor del porvenir!

(*) Cecilio Acosta.
(**) Baralt.

——

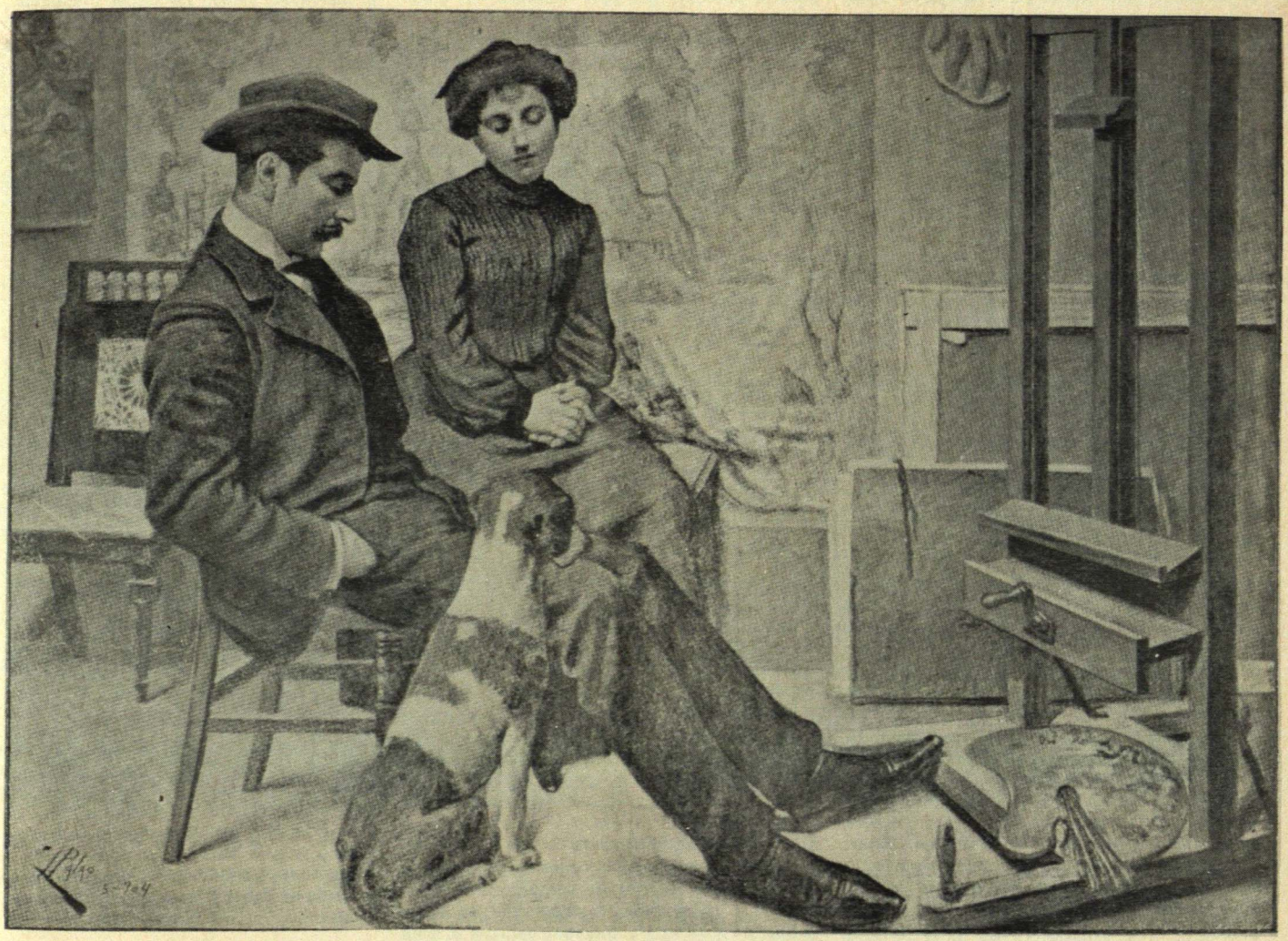
Mucho oro, y rosas, y oropeles, que esparció la fantasía de los poetas y la imaginación de las infantiles multitudes, en el prurito de la leyenda, ocultan faces curiosas del hombre y de sus hechos. Y sin embargo, en tales asuntos la verdad es más bella que el arte de embellecer la mentira. ¿No es más interesante y provechoso que admiremos despreocupadamente al hombre en toda su integridad humana, al hombre de certeza y sinceración, como aquellos amados por Carlyle? Algo va ganando el tiempo actual desde que nuestro grande fundador ha principiado á lucir sin aureolas de papel dorado . . . Y al tratar de verlo como él es, ¿no quedamos sobrecogidos ante la verdad de su fuerza, ante la capacidad de su aptitud?

Pero tiene seducciones la leyenda . . .

Háblanos ella de los días en que el hombre del porvenir realizaba viajes de estudio y de placer por el mundo trasatlántico. Era cuando llenaba todo el cielo la enorme fulguración democrática que iluminó la ruta para la travesía de los siglos. Y en el alma tumultuosa del joven criollo, naciente apenas á la vida intelectual, brotaba ya su florescencia la honda morbosidad que incubó y quizás determinó su genio. Ante el jefe de la iglesia católica negóse á rendir el acostumbrado homenaje genuflexo... En su mente á la sazón dilecta de los postulados subversivos, éstos invadieron con extraña impetuosidad. Veréis tal episodio lucir en las poéticas narraciones que la familia americana engarzó á guisa de bello prólogo al drama realizado; lo mismo que un cierto rasgo de lírica hermosura, de amable valentía espiritual que le inspiró la ilustre colina, consagrada baluarte y símbolo de oposición y rescate por el gran pueblo oprimido. En aquella vieja altura, sitio de peregrinación para las generosas fantasías, él recordó la tierra en servidumbre que no era la Patria soñada; y colmando su visión con los recuerdos y su mirada adolescente con el formidable espectáculo de la inmortal ciudad, que aún domina el mundo por sus anales y sus códigos, pronunció aquella palabra que está todavía resonando por los tiempos, como un grito de alarma sobre una cumbre . . . ¿Leyenda? ¿Tradición? Ellas embellecen la historia y son como la poesía de las grandes existencias. Y ¡qué dos presagios! El primero, acto de rebeldía, no ya contra una autoridad política, sino contra la autoridad intangible y que no se discute; el otro, juramento que brotó en sus labios como una flor de epopeya, fué la inicial revelación de su destino. ¿Qué pensar de tal joven y de tal idea? Ved: hay palabras tan sonoras que vibran largamente por el cielo y por la tierra cual toque de llamada de un clarín á los batalladores de la Justicia . . . Y aquella palabra es gloriosa como el núcleo de un cometa, es la clave de una vida fecunda, la síntesis de una transformación, la génesis de una grandeza! El grito asombroso de la guerra á muerte, responde al voto del Monte Sacro; la apocalíptica proclama de Trujillo, es la afirmación del juramento de Roma! . . .

——

Con Simón Bolívar no hablemos de libertad. Es cierto que no podría, él ni nadie en su lugar, contestarnos satisfactoriamente. Por amor al bien, él tuvo sin duda el odio al mal. Ese odio que le hizo cruel fue, lo mismo que el padecimiento de su sexual susceptibilidad, lo mis-



UN DESENGAÑO MÁS

mo que su pasión por el *bello defecto de la naturaleza* (*), profundo y violento, como todos los síntomas de su neurosis, como todas las manifestaciones de su genio. La heroica figura de Bolívar se levanta en las encendidas lontananzas de la historia, sobre un vasto campo de escombros, cadáveres y duelo . . . ¡Extraña, compleja y dolorosa labor! En el cárdeno horizonte, decorado por un crepúsculo de sangre, se dibuja el aguileño perfil del hombre de la guerra y del progreso con un nimbo sideral, blandiendo en la mano inflexible el hierro, como centella que mata y purifica. Proceso inevitable del ideal, que surge, como la luciente mariposa de la larva, como el iris de la tormenta, como del fuego la luz, como la inmortalidad de la muerte! La reflexión atónita va, como dentro de un cerco nunca salvado, del uno al otro de estos dos extremos que se enlazan á la par y compenetran, que contienen y señalan las leyes ineludibles de la vida: la aspiración de paz y amor, la espada que inunda en sangre las humanas perspectivas! En la inmutable suerte preside el decreto siniestro de ese enlace, y como emerge del dolor la poesía, debe el ideal surgir triunfante de la roja mar de la contienda! Empero, una honda angustia, una tristeza sin remedio, conflicto temeroso entre la razón y la sensibilidad, sufre el alma compasiva, el pensamiento piadoso en presencia de esa pragmática irrevocable de la naturaleza y de la vida. ¿Por qué, ¡oh Arcano! existe la coyunda, la torpe y brutal esclavitud en la explotación y la bajeza vinculada, para que sea necesario cortarla con el sable? ¿Por qué está escrito que deben los Libertadores ser gloriosos pero crueles? ¡Que oposición entre Marco-Aurelio, césar que amaba la paz, filósofo que reinó soñando en la perfección de los hombres, y el hijo de Caracas que desenfunda el acero y derrama á chorros la sangre para emancipar gentes, dicta códigos estrechos, leyes como Dracon para fundar patrias, establecer Repúblicas é iniciar en suelo virgen y primitiva población heteróclita el ejercicio del derecho y el desarrollo de la civilización! ¿Por qué tan doliente destino ¡oh numen de la Historia? . . He invocado al lamentarme la razón, y ella no es sino la facultad de concebir, de comprender las cosas, no como deseamos que sean en el ensueño de las almas buenas, sino como son en realidad y deben ser por obra y virtud de las leyes eternas que rigen la universal mecánica! . . .

Efectivamente, Bolívar llegó á ejercer una vasta é intensa autoridad y presto viósela degenerar en despotismo; pero hé aquí que el pensador se detiene ante el adverso fallo, pues aquella dictadura intransigente y brava, que no sólo era inherente á su misión y necesidad de los tiempos, sino también quizás fruto de su virtud, estaba como la del *hombre de la humanidad*, encaminada al bien, iba derecho, como la aguja al polo, hacia lo grande, lo útil, lo fecundo. Si lo meditáis, veréis que otro método hubiera sido absurdo, que diferente política hubiera sido estéril y que mandando de distinto modo, se habría presenciado uno de los más dolorosos espectáculos del mundo: manchas de ridículo sobre la clámide ensangrentada de la heroica Nación. Y en verdad, el despotismo de los grandes hombres no es tanta mengua. Labor de dictadura es labor de videntes almas enérgicas y adelante de cada agresión del despotismo creador va, casi siempre, como una antorcha, una idea que alumbra el porvenir, un pensamiento próvido para el género humano..... Descartemos el ditirambo oficioso y venal, y busquemos en los elocuentes veredictos de la historia, en los sinceros testimonios de la razón y la conciencia, la gloria de la finalidad perseguida, el provecho de los resultados prácticos. Alejémosnos de la aberración de Bruto y del oprobio de las tiranías estériles, para admirar cómo el ánimo retemplado de los grandes triunfadores arranca patrias redimidas y egregias de la humana materia prima, bien así como del barro forma el inteligente modelador la estatua, conjunto de belleza espiritual y de plástica belleza! Es comprobación de la historia que siempre hubieron menester los pueblos de estos formidables pastores agresivos, que suman en la potencia de su alma y en la eficacia de la acción, el alto pronóstico de los civilizadores y la violencia imperativa de los dominadores. ¿No es todo grande hombre un conquistador, un absolutista, que cumple su gestación y llega completo á la vida con las fuerzas necesarias para alcanzar la plenitud de su poder y el remate de su obra? Comparad esas grandes condensaciones viriles con los nonatos de la Historia: cabecillas anémicos, histriones que se yerguen cuanto alcanzan y no ven la vida ni

(*) Milton.

el porvenir, malhechores de la hampa sin ideal ni trascendencia, simples degenerados que hacen el daño y se sumergen en oprobio por mera inclinación fisiológica . . . Pero cuando llega un grande hombre, ¡qué espectáculo! Viven los pueblos en la puerilidad ; se halaga las pasiones palatinas en medio de una banalidad victoriosa; hacen feria indigna los monigotes sociales, los especuladores del éxito, en una lastimosa nivelación trémula; los patanes majestuosos abofetean el ideal ; y el Dolor, y la Patria, y el Porvenir, se repliegan en la sombra . . . Improviso llega el Trabajador: recapacita largamente sobre las leyes de la Historia, tiende la mirada hacia adelante, fíjala con la maravillosa fijeza de lo incontrastable en los lejanos países del ensueño, toma en sus milagrosas manos de artista toda esa miseria, todo ese barro compuesto de carne enferma, de lágrimas y sangre, y cuando la humanidad mira, tiene delante una obra maestra de civilización. ¡Paso á los grandes taciturnos que vienen á meditar, á legislar, á crear!

¡No! No nacen á destiempo los potentes hombres dominadores, pese á nuestras utopías juveniles ; ellos vienen en medio de una tempestad á ejecutar designios latentes en la propia esencia de la vida, en la naturaleza de las cosas. ¿Yerran? El error y el acierto, lotes parejos son en la inteligencia humana, seguro el uno, precario el otro: si vemos la verdad es siempre lejos de nosotros, como la tierra de Canáan tras el mar Rojo. En la vida basta ser hombre de conciencia y trabajar por el bien para ser hombre de verdad. ¿Dónde se consigue otro metal para fundir humanidades? Y esos organismos desnivelados nacen despro vistos de piedad ó quizás la entienden de otro modo. En efecto, para fundar la ley, ¿cuánta vida urge cauterizar? El titán del Sinaí; el hegemón macedonio; el patricio bizantino y delicado, hijo de reyes y dioses, que somete mundos bárbaros, inscribe á Farsalia en su escudo de oro y se deja subyugar por el encanto de la *Avispa del Nilo;* Carlo-Magno, coloso como el de Rodas, entre dos riberas de históricas edades; la prolongada sucesión de príncipes que durante la Edad Media fecundaron en el dolor la vigorosa florescencia del arte y el renacimiento del mundo; el imponderable corso; tántos y tántos perturbadores de la calma en la historia, que van con los pies dentro de la sangre y con la frente bañada por la luz del cielo,—y tú ¡oh Libertador! . . .

La independencia fué labor de guerra y esta sola palabra implica dolientes imposiciones . . . En los primeros tiempos Bolívar personificó la guerra á muerte . . . Y fué obligatoriamente un cruel exterminador de hombres aquel radiante emancipador de pueblos . . . . El dolor y el desastre emanaban naturalmente de su formidable encarnación, intransigente y agresiva, como exaltada por la idealidad superior é implacable de un maravilloso pontífice que sacrificara víctimas en el altar de un numen bárbaro . . . En el ejercicio militar como en la función civil, no hubo más castigo que el cadalso . . . Y á proporción que la lucha discurre alejándose de su inmediata dirección personal, tórnase más benigna, triunfa en ella una atracción de fraternidad entre los combatientes y en pos de las batallas vienen las capitulaciones generosas, como antes sucedían á los combates los degüellos sin misericordia . . . . Ved cómo en los últimos días los batalladores departieron en la frontera de ambos campamentos la víspera de Ayacucho, bajo la mirada aquilina de Sucre, general en jefe. Esas pláticas fueron preliminares de clemencia, en que Simón Bolívar no tenía arte ni parte . . . Era el hombre duro cual un hacha, si bien resplandecía como cuando un rayo de sol estival hiere la bruñida lámina de ese utensilio que lo propio sirve para el abordaje que para el oficio del plantador.

¡Y cuánta pena en el recuento final de su vida! ¿Pensó él alguna vez en la esterilidad de su dureza? Ved á mira de pájaro la historia y el campo de los hechos, escuchad con el oído sobre la tierra las palabras sibilinas del grande hombre, escuchadlas con el oído puesto hacia el rumor de la vida pública: circulan bajo el suelo como ímpetus rugientes, corren por nuestra sangre cual hebras de linfa mortal . . . Y en la superficie del territorio, parece que la planta de ese labrador glorioso, iba esterilizando los sitios que pisaba; su huella formó surcos donde crecieron hermosos laureles y el resto de la heredad quedó agostado, como si la sombra del arbusto olímpico asesinara los gérmenes de la futura producción. Una fatal aridez nace en las irisadas espumas del Caribe é impera hasta las orillas torrentosas del lejano Apurimac . . .

Realmente, después de la soberanía de la Nación, era necesaria la libertad que hace del individuo un *ciudadano*. Repitámoslo: aquella fué gloriosamente consagrada por el Libertador, ésta quedó sólo prevista en las remotas consecuencias de su obra. Es porque, en general, la espada no funda por sí sola ese bien tan soñado: inminente está que el héroe que la ciñe, de ella se valga para ejercer dominio y extenderlo con la admiración hasta la posteridad lejana. Funda ella grandes causas sólidas en cuyo progresivo desarrollo, les va el alma colectiva infundiendo el derecho y comunicándoles en el curso del tiempo la amplitud de las fórmulas al abrigo de las cuales la conciencia, limitando la eficacia de su egoísmo y la tendencia invasora de sus pasiones, instituye en la ley, en la política y en la existencia el altruismo de su propia soberanía impersonal. El hierro da forma y poder á los Estados, consolida y robustece las sociedades, unifica la complexidad de los pueblos y de las ideas en un solo fin patriótico; la libertad vive en el derecho político y civil discretamente respetado y pacíficamente ejercido por las poblaciones cuyo grado de cultura ó afortunada conformación psicológica les permite concebir la solidaridad humana. La punta del acero—resplandezca ó nó como una estrella—guía masas de hombres, anulado cada uno por la disciplina en la colectividad, á los campos de batalla, que son confusos mataderos sobre los cuales brilla una iluminación sangrienta. Y el derecho del hombre no se ejerce á favor de la tormenta, ni bajo el patrocinio de la espada. Soldado, el hombre de armas no delibera; General, el hombre de espada sólo medita la victoria, sólo exige la obediencia . . . Y todo eso está en la propia condición humana, en la ley de la acción y de la reacción. Aparte de que las ideas son un vino fuerte: su borrachera produce ingentes estragos. Recordad á Gromwell, recordad á Mirabeau. ¿Debe alguna cosa la libertad inglesa consolidada por el silencioso Orange al regicida sombrío, implacable batallador, fuerte y fanático? Mucho parece que le debe y la libertad que el Protector conquistó para los puritanos, signo fué de persecución y muerte para los amigos del Estuardo . . . Y los derechos del hombre, formulados con semblante de león y voz de trueno en la tribuna más tempestuosa de los siglos, como la ley de Dios en la incendiada cumbre palestina, ¿no fueron bañados en los ríos de sangre del Terror, como fueron las tablas de piedra purpuradas en el paso á cuchillo de treinta mil hombres que dudaron? ¿Véis la terrible contradicción? La libertad del hombre, las leyes que la rigen, naciendo del homicidio! . . .

En el desencadenamiento de las fuerzas, en tanto que los grandes Caudillos, en una gloriosa abstracción persiguen el ideal, se engendran en las brutales medianías las pasiones disolventes y malvadas, surgen los torpes tiranuelos, medran los asesinos y ladrones..... Pero si es ley que nunca deje el mundo de ver aquellos incendios estelares, ¡dichosos los pueblos en cuya historia van ellos transformándose en blancos planetas, por el bien positivo que derraman sobre la vida! Y ¡dichosos también los hombres victoriosos que pueden ir despejando cada vez más los horizontes de su patria, á fin de que esa blanca luz de estrella, brille generosamente á través de los tiempos!..... Así, la libertad humana—pintoresco espejismo de almas soñadoras—prosperará en la serenidad primaveral, bajo el claro cielo azul, en medio del reverdecimiento de la naturaleza!.....

—

Recojamos las páginas de bronce en que Simón Bolívar escribió..... Allí están sus ideas. De lo edificado por él sólo queda el arco toral, siempre amenazado: la independencia. Yacen por donde quiera en la inmensa campiña desolada, columnas, capiteles y cornizas rotas: que deleznables son las obras cuando los materiales de construcción no corresponden en cantidad y solidez al ingenioso y bello plan del arquitecto.... Pero su trabajo y su gloria, indiscutible patrimonio americano, sus grandes ideas y su expresión maestra, tesoro de la política, de la filosofía y del arte, perduran cual atributos de una personalidad tan vigorosa como nuestro gigante geológico, que jamás doblegará la frente, cualesquiera que sean las peripecias del porvenir continental. Así como el Ande grandioso, no desaparecería sino en una catástrofe cósmica, ese hombre superior á su pueblo, á quien honra y resume salvándole del olvido, sólo sucumbirá bajo un cataclismo universal. En la historia, él está triunfal y definitivamente vinculado. Su magna vida es deleite á ingenios vivaces y floridos, obra de mito á burdos espíritus prosaicos y fuente de extraña tristeza para las almas dolientes.

JOSÉ AUSTRIA.

TARDE TRISTE

—

Hoy como está la tarde triste
y está cerrado tu balcón,
es la tristeza la que viste
mi enamorado corazón.

—

La brisa errante que suspira
en esta inmensa soledad,
trae los acordes de la lira
de la volubilidad.

—

Apenas besa al limonero,
y al viejo banco del jardín,
en donde abrió tu amor primero
en tus mejillas de carmín.

—

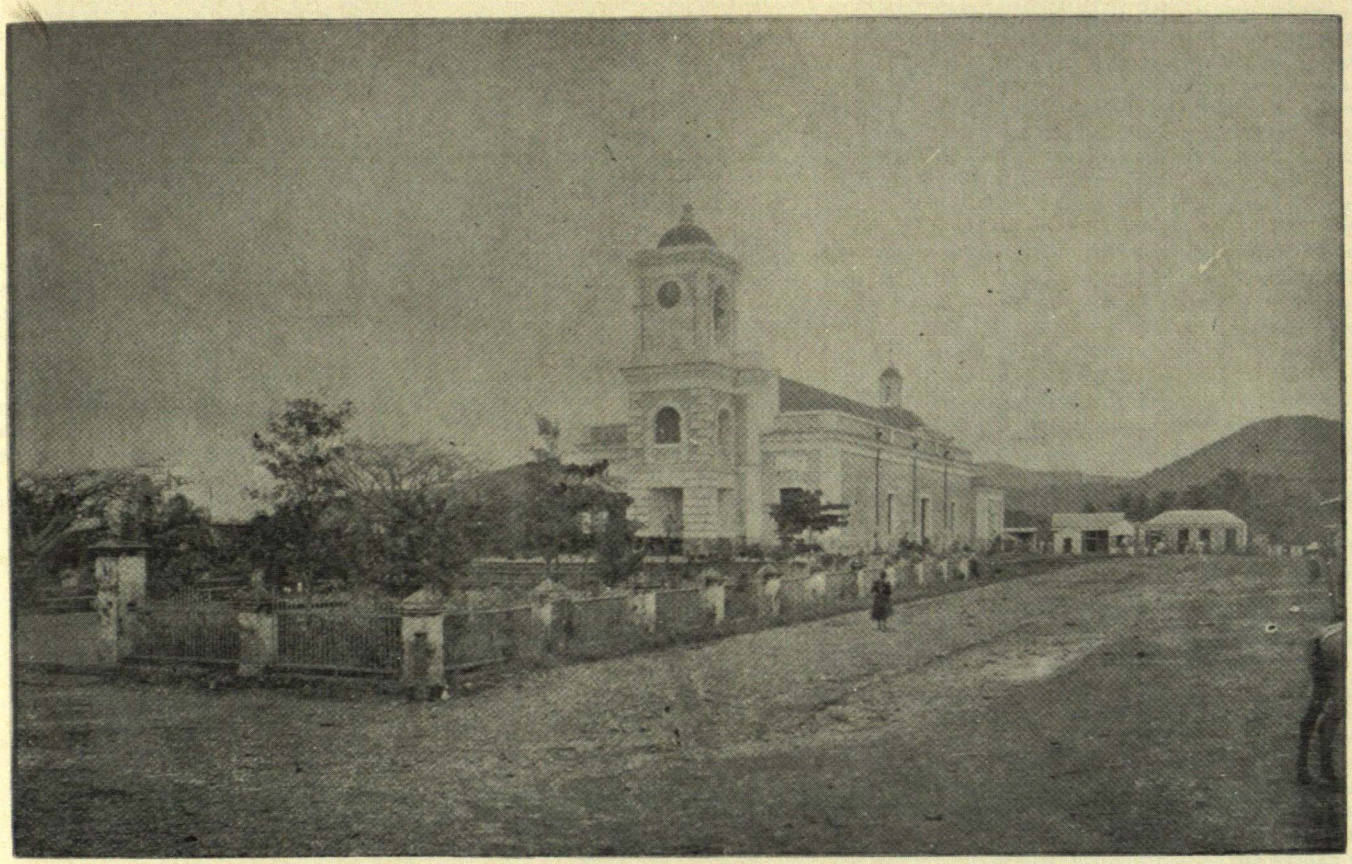
Y las rarezas conque apenas
pasa, y se pierde en derredor,
se van filtrando por mis venas,
traidoramente en mi interior.

—

Y languidecen mis quimeras;
y al ver cerrado tu balcón,
llora sus muertas primaveras
mi enamorado corazón.

R. BENAVIDES PONCE.

1904.



PUERTO RICO: Iglesia y plaza principal del pueblo de Fajardo

EL CICERONE

—

A propósito de las particularidades de Roma, quisiera decir, ante todo, una palabra sobre Miguel Angel Buonarrotti.

Siempre he reverenciado el poderoso genio de Miguel Angel, de ese hombre que fué grande en la poesía, en la pintura, en la escultura, en la arquitectura.....en todo cuanto emprendió. Pero esto no quiere decir, que esté dispuesto á aceptar á Miguel Angel por desayuno, por almuerzo, por comida, por colación, por cena, por entremés, como fué el caso cuando estuve en Italia. Me gusta variar de vez en cuando.

En Génova lo ha ideado todo; en Milán, él ó sus discípulos lo han ideado todo; el Lago di Como ha sido ideado por él; en Padua, en Verona, en Venecia, en Bolonia, ¿quién ha oído hablar alguna vez á los cicerones de otra cosa que de Miguel Angel? En Florencia, lo ha pintado todo; y lo que no ha pintado lo ha delineado, y lo que no ha pintado ó delineado lo ha contemplado muchas veces, sentado en una piedra favorita; y nos mostraban la piedra. En Pisa, lo ha ideado todo, excepto la vieja torre de fundir municiones; pero se la habrían atribuido también, si no estuviera tan imponentemente fuera de la perpendicular. Ha ideado hasta los muelles de Liorna, y los reglamentos aduaneros de Civita Vecchia.

Pero en Roma.....en Roma la cosa es terrible. Miguel Angel ha ideado la Catedral de San Pedro; ha ideado al Papa; ha ideado al Panteón, el uniforme de los soldados del Papa, el Tíber, el Vaticano, el Coliseo, el Capitolio, la Roca Tarpeya, el Palacio Barberini, la Basílica de San Juan de Letrán, la Campania, la Vía Apia, las Siete Colinas, los Baños de Caracalla, el Acueducto de Claudio, la Cloaca Máxima.....El eterno porfiado ha ideado la Ciudad Eterna; y, á menos que todos los hombres y todos los libros mientan, ha pintado cuanto hay en ella.

Dan, mi compañero de viaje entonces,. acabó por decir al cicerone:

—¡Basta, basta, basta! ¡Concluya de una vez! ¡Diga que el Criador hizo á Italia con planos de Miguel Angel!

Nunca me sentí tan profundamente agradecido, tan calmado, tan tranquilo, tan lleno de paz bendita, como cuando me dijeron que Miguel Angel había muerto.

Pero nos vengamos del cicerone. Nos había hecho atravesar millas y millas de pinturas y esculturas en las vastas galerías del Vaticano, y millas y millas de pinturas y esculturas en veinte lugares más. Nos había mostrado el gran cuadro de la Capilla Sixtina, y frescos en cantidad suficiente para cubrir el firmamento..... todo esto, ó poco menos, hecho por Miguel Angel. Le jugamos, pues, la misma pasada con que habíamos derrotado ya á tantos guías: hacernos los imbéciles y dirigirle preguntas estúpidas. Esta gente no desconfía nunca; no tiene la menor idea del sarcasmo.

Nos mostró una figura, y dijo:

—Estatua de bronce.

La miramos con indiferencia, y el médico de la expedición, que nos acompañaba, preguntó:

—¿De Miguel Angel?

—No.....no se sabe de quien.

Nos mostró luego el vetusto Foro Romano.

—¿De Miguel Angel?—le preguntó el doctor.

El cicerone nos miró, abriendo desmesuradamente los ojos.

—No.....—dijo;—mil años antes de que él naciera.

Después el obelisco egipcio. Y el doctor volvió á preguntar:

—¿De Miguel Angel?

—¡Oh, *mon Dieu*, caballeros!.....¡Dos mil años antes de que él naciera!

Esta sempiterna pregunta lo cansaba á veces de tal modo, que tenía miedo de mostrarnos la más pequeña cosa. El infeliz apeló á todos los recursos imaginables para hacernos comprender que Miguel Angel sólo era responsable de la creación de *una parte* del mundo, pero no lo consiguió absolutamente. Nuestros ojos y nuestro cerebro, abrumados por el ejercicio y el estudio incesante durante nuestra visita á Italia, necesitaban un alivio, so pena de que nos quedáramos idiotas. De modo que el cicerone tenía que seguir sufriendo. Si esto no le gustaba, tanto peor para él. A nosotros, la cosa nos divertía.

Séame permitido decir aquí cuatro palabras, sobre estos engorros inevitables: los guías europeos. Más de uno ha deseado de todo corazón poder manejarse sin guía; pero, convencido de que no podía hacerlo, ha querido divertirse un poco á costa de él, como una especie de compensación á la desgracia de tener que aguantar su compañía. Esto precisamente fué lo que hicimos nosotros; y, si nuestra experiencia puede ser útil á otros, nuestros deseos son por que la aprovechen.

Los guías conocen siempre un idioma extranjero, lo suficiente para enredar todas las cosas de tal modo, que uno no puede saber dónde están los pies ó la cabeza. Han aprendido todos sus discursos de memoria: la historia de cada estatua, de cada cuadro, de cada catedral, de cada maravilla que tengan que mostrar. La saben de memoria y la repiten como un loro; y, si uno los interrumpe y los saca de su caminito, vuelven fatalmente á él y empiezan otra vez su cuento desde el principio. Estos hombres se pasan la vida mostrando cosas extrañas á los forasteros, y oyendo sus arranques de admiración. Está en la naturaleza humana

deleitarse en causar admiración. Este sentimiento es lo que mueve á las criaturas á decir «sus gracias», que resultan absurdas, y, en otra forma, á «hacerse ver» cuando hay visitas. Es lo que obliga á los chismosos y chismosas á salir á la calle, aunque llueva y truene, para sér los primeros en contar alguna cosa interesante. ¡Piensen ustedes, pues, cuán apasionado debe ser este sentimiento en un guía, sér privilegiado, cuya misión es mostrar cotidianamente á los extraños, maravillas que suman á éstos en perfectos éxtasis de admiración! Se pone el hombre en tal estado, que ya no puede tolerar un ambiente discreto.

Y nosotros, en cuanto descubrimos esto, no volvimos nunca más á caer en éxtasis, no volvimos nunca más á quedarnos admirados ante nada; desde entonces no mostramos sino rostros impasibles y una indiferencia estúpida ante los más sublimes prodigios que el guía llegaba á presentarnos. Conocíamos ya su flaco, y tratábamos de sacar de él el mejor partido. Llegamos á enfurecer á veces á algunos de ellos, pero no perdimos nunca la serenidad. Por lo general, el doctor era el que hacía las preguntas, porque tenía más aplomo, y porque, entre todos los seres vivientes, es el que mejor cara de inspirado idiota puede poner, y el que más acento de imbecilidad puede dar á su voz. Lo hace con la mayor naturalidad.

En Génova, por ejemplo, donde los cicerones se pelean por prestar sus servicios á una banda de turistas americanos, á causa de que los americanos se maravillan mucho, y muestran gran emoción y sentimiento ante cualquier reliquia de Colón, nuestro cicerone empezó á moverse de un lado á otro atrafagado, como si se hubiera tragado un colchón elástico. Estaba lleno de animación, de impaciencia, y nos dijo:

¡Vengan conmigo, caballeros.....vengan! ¡Les mostraré una carta escrita por Cristóbal Colón! ¡escrita por él mismo, de su puño y letra!....¡Vengan!

Y nos llevó al palacio municipal. Después de un gran ruido de llaves y de un abrir y cerrar de cajones muy aparatoso, el manchado y añejo documento nos fué presentado. Los ojos del cicerone chispeaban. El hombre bailaba en torno nuestro, golpeando el pergamino con el dedo.

—¡Como les dije, caballeros! ¿No es cierto? ¡Vean!....¡autógrafo de Cristóbal Colón!.... ¡escrito por él mismo!

Nuestra expresión era indiferente, apática. El doctor examinó el documento minuciosamente, durante una pausa penosa. Después dijo, sin la menor muestra de interés:

—¡Ah!....Diga, Ferguson....¿cómo dijo usted que se llamaba la persona que escribió esto?

—¡Cristóbal Colón! ¡el gran Cristóbal Colón!

Nuevo examen deliberado del documento.

—¡Ah!.....¿y lo escribió él mismo ó.... cómo fué?

—¡El mismo lo escribió!....¡Cristóbal Colón!....¡de su puño y letra!

Entonces el doctor soltó el documento y dijo:

—¡Hombre! he visto muchos en los Estados Unidos, de catorce años apenas, que escribían mucho mejor que esto.

—¡Pero este es el gran Cris....!

—¡No me importa saber quién es! Esta letra es la peor que he visto en mi vida. Y tenga usted entendido que no se va á burlar de nosotros porque somos extranjeros. No somos imbéciles, ni mucho menos. Si tiene usted muestras de caligrafía de verdadero mérito, sáquelas fuera en seguida.....Y si no las tiene, volvamos al coche.

Volvimos al coche. El cicerone estaba visiblemente desconcertado, pero hizo otra tentativa. Tenía algo con lo que estaba seguro de aplastarnos. Dijo:

—¡Ah, caballeros! ¡vengan conmigo! Voy á mostrarles un hermoso ¡oh! magnífico busto de Cristóbal Colón....¡espléndido, grandioso, sublime!

Nos llevó donde estaba el hermoso busto, porque efectivamente era hermoso; y, dando un salto atrás, tomó una actitud enfática y exclamó:

—¡Ah! mírenlo, caballeros!.....¡hermoso, grandioso!....¡busto de Cristóbal Colón!.... ¡hermoso busto, hermoso pedestal!

El doctor se puso el monóculo, reservado para estas ocasiones.

—¡Ah! ¿Cómo dice usted que se llama este caballero?

—¡Cristóbal Colón! ¡el gran Cristóbal Colón!

—Cristóbal Colón....el gran Cristóbal Colón. Y....¿qué hizo?

—¡Descubrió la América!....¡descubrió la América! ¡Oh Cristo!

—¿Que descubrió la América? No; esa no cuela tan fácilmente, amigo mío. Acabamos de llegar de América, nosotros. Sí; y no hemos oído hablar nunca de semejante cosa. Cristóbal Colón....lindo nombre. Y....¿ha muerto?

—¡Oh, *corpo di Bacco!* ¡hace cuatrocientos años!

—¿Y de qué?

—No sé....no podría decirle.

—¿De viruela, tal vez?

—No sé, caballero. No sé de qué habrá muerto.

—¿O de sarampión?

—Puede ser....puede ser....No sé.... Creo que murió de no sé qué cosa.

—¿Y viven los padres?

—¡Imposible!

—¡Ah! Muy bien. Y....diga, ¿cuál es el busto, y cuál es el pedestal?

—¡Santa María!....¡éste es el busto, éste es el pedestal!

—¡Ah! comprendo, comprendo.....Una combinación acertada, muy acertada por cierto. ¿Y es ésta la primera vez que este caballero se coloca sobre un busto?

Pero esta gracia no cuajó....los cicerones no pueden estar al cabo de las sutilezas del ingenio americano.

Volviendo á nuestro cicerone romano, diré que pasamos con él tres ó cuatro horas en el Vaticano, ese portentoso mundo de curiosidades. Varias veces estuvimos en un tris de manifestar interés, admiración casi.....Nos costaba gran trabajo reprimirnos. Sin embargo, lo conseguimos. Hasta ahora, nadie ha podido hacer lo mismo en los museos del Vaticano.

El cicerone estaba desconcertado, anonadado. Se rompía las piernas, podría decirse, tratando de descubrir cosas extraordinarias, y agotó á este respecto todos los recursos de su arte; pero fué inútil: nosotros no nos manifestábamos interesados poco ni mucho por cosa alguna.

El hombre había estado dejando para lo último, lo que consideraba ser su más grande maravilla: una momia real egipcia, la mejor conservada en todo el mundo quizá. Nos llevó adonde estaba. Esta vez se sentía tan seguro de su efecto, que recobró un poco de su antiguo entusiasmo. Nos dijo:

—¡Vean, caballeros! ¡Momia!....¡momia!

El monóculo se aproximó á la momia, tan tranquilamente, tan deliberadamente como siempre. Y el doctor dijo:

—¡Ah!....Diga, Ferguson, ¿cuál me dijo usted que era el nombre de este caballero?

—¿El nombre?....¡Si no tiene nombre!... ¡Es una momia! ¡una momia egipcia!

—¡Ah, si! ¿Y ha nacido aquí?

—¡No; en Egipto! ¡Es una momia egipcia! ¡una momia!

—¡Ah, entiendo! ¿Francés, probablemente?

—¡No....*porca M....!* ¡No, caballero! No es francés, ni romano. Nació en Egipto.

—¡Ah!....nació en Egipcia.....Egipcia, Egipcia....Es la primera vez que oigo hablar de Egipcia....¿Algún país extranjero, eh? Momia, momia. ¡Qué quietita está! ¡qué inmutable! ¿Y....diga, Ferguson....está muerta?

—¡Oh *sacre bleu!*....¡hace tres mil años que está muerta!

El doctor, furioso, se encaró con el cicerone:

—¡Hola, hola! ¿Cómo es esto? ¿Qué es lo que se ha propuesto usted con semejante conducta? ¿Nos ha tomado usted por chinos, porque somos extranjeros y queremos saber las cosas? Pretende usted estafarnos con sus miserables osamentas de segunda mano? ¡Rayos y truenos! ¡Me dan ganas de....de....! ¡Vamos, dése prisa! ¡pronto, pronto.....si tiene algún cadáver más fresco, más presentable, sáquelo fuera....ó ¡por San Jorge! le hacemos volar la tapa de los sesos.

MARK TWAIN.

MARIA ANTONIETA

—

POEMITA EN CINCO POSTALES

—

Colección de la señora Dolores de Borges.

—

Proemio.

Mi musa, la que austera
sus rimas consagró á la Democracia,
hoy canta por la Reina placentera
que Reina fue también de la desgracia.

I

La Boda.

Oh! tarjeta feliz! ¡Cuánto no goza
el artista que en ella se imagina
ver el áurea carroza
en que á París alegre se encamina
desposada Su Alteza la Delfina.

II

En el Trianón.

Con su falda de seda
suavemente retoza el aura leda
que la blonda melena le desriza;
y al abrevar la vaca en la laguna,
aparece la Reina como una
rosagante y gentil pastora suiza.

III

En el Tribunal.

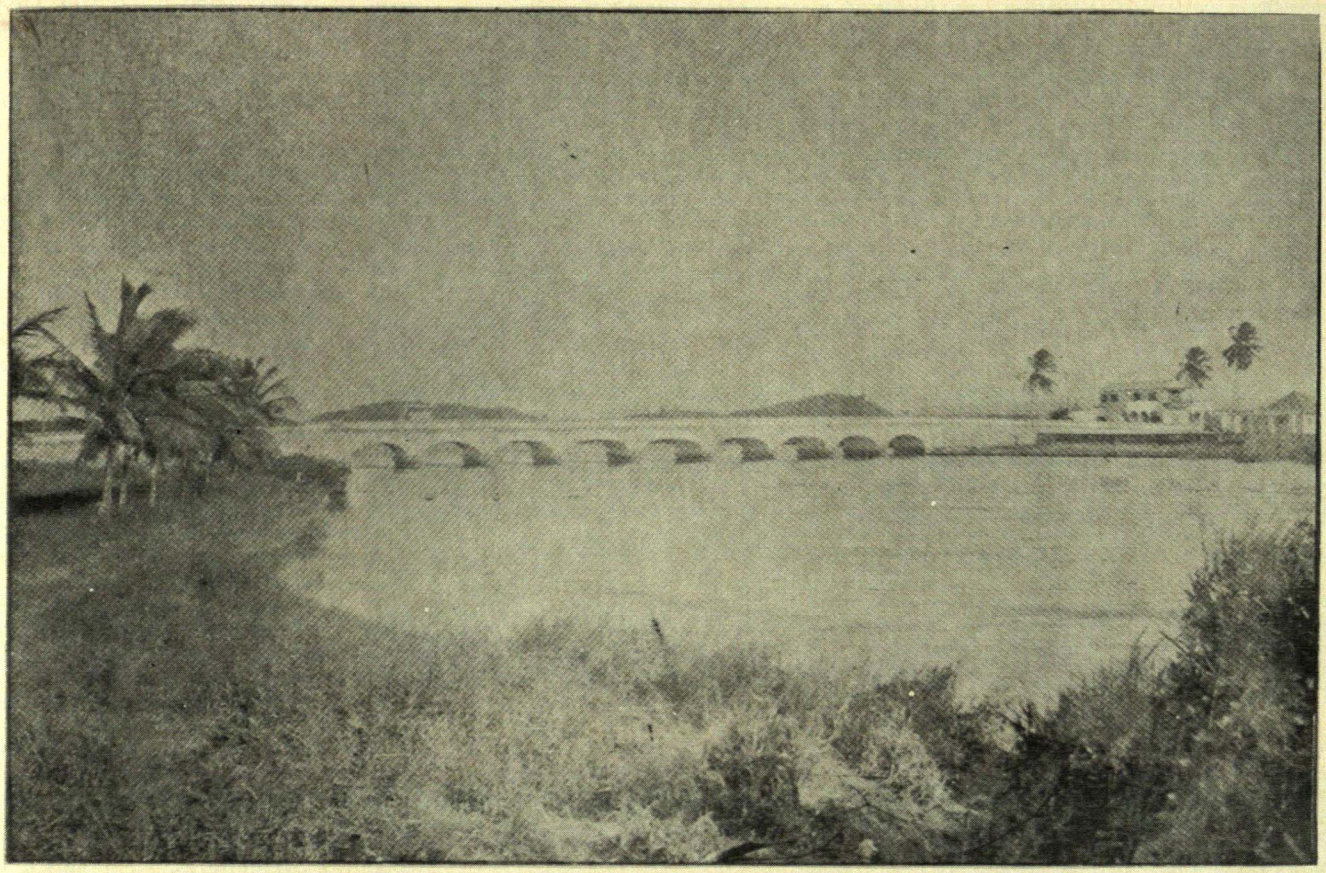
La belleza, que teme al sacrificio,
huyó de aquella faz tan adorada,
á los primeros golpes del suplicio!
A su destino atada,
Antonieta quizás no piensa en nada;
mas, ante el cargo ruin de aquellas gentes
que fueron sus verdugos inclementes,
—Apelo al testimonio,—dice airada—
de las madres que están aquí presentes!

IV

La Guillotina.

Ay! del planeta en la maldita costra,
sólo perdura y vive lo que es falso!
Antes, la muchedumbre que se postra,
luego, la dama que su encono arrostra
y después, la carreta y el cadalso!

F. BETANCOURT FIGUEREDO.



SAN JUAN DE PUERTO RICO: Puente "Martín Peña"

REVISTA DE REVISTAS

—

SUMARIO.—PSICOFÍSICA: Los niños precoces.—El juramento de Hipócrates.—ANTROPOLOGÍA: El tipo criminal y la fisiognomía.

PSICOFISICA

LOS NIÑOS PRECOCES.—En varios números de *La Revue*, de París, han aparecido las confidencias de multitud de celebridades contemporáneas en todos los órdenes de la cultura humana: poetas, novelistas, sabios, músicos, pintores y escultores, que concurrían gustosos á la información abierta con el fin de averiguar si estas celebridades habían demostrado sus especiales aptitudes desde temprana edad, y si la precocidad de sus talentos respectivos había sido contrariada ó facilitada en su evolución y desarrollo.

Estudiado el conjunto de las confidencias hechas, apenas pueden sacarse conclusiones dignas de ser consignadas y suficientemente garantizadas por los hechos, pues éstos son con frecuencia contradictorios: hay precocidades que se desarrollan dando todo lo que prometen, y otras que se marchitan en seguida; lo único que puede afirmarse con certeza es que todos los llamados á ser la admiración de sus contemporáneos han sabido leer y escribir entre cinco y ocho años, dando inequívocas pruebas de su talento entre los doce y quince, y que, en tesis general, los niños-prodigios, según el testimonio de padres, maestros y sabios, suelen dar desconsoladores desengaños.

Entre los muchos informes recogidos, reproducimos únicamente el del pintor Raffaelli, por la espontaneidad y sinceridad que respira y por ser de los más curiosos y movidos. Helo aquí:

Me preguntáis—dice—«á qué edad y bajo qué influencias se han despertado las primeras manifestaciones de mi genio». Busco en Littré la palabra *genio*, y encuentro «el más alto grado á que pueden llegar las facultades humanas»; es evidente que esta definición no define nada. Yo propondría definir el genio así: «El genio es la facultad que tienen los hombres de inventar según sus necesidades instintivas». El genio es la facultad de invención. Los inventores son hombres dotados de genio; hay genio en cada uno de nosotros, de arriba abajo de las alturas de las facultades humanas. Desde el artista ó el sabio que inventan una obra á imagen de las necesidades de su alma, hasta la cocinera que inventa el modo perfecto de sazonar un plato fino, hay acto genial.

Esta facultad de inventar la encuentro en mí desde mi más temprana edad: yo he inventado siempre y siempre he vivido en un mundo fabuloso de mi invención. Yo me vuelvo á ver con la imaginación á la edad de cuatro años, en el jardín de una casa que tenía mi familia en la calle Raynouard, en Passy: el sencillo y amable jardín que poseíamos me parecía un parque magnífico y suntuoso; los árboles eran allí gigantescos y floridos; los más sencillos bosquecillos de lilas aparecían á mi espíritu como bosques vírgenes en flor; el gallinero, con su veintena de gallinas, me parecía contener todos los animales de la Creación en lucha, ardientes en la vida, trastornando la naturaleza; el cielo era infinito; la tierra, desconocida é inmensa; el mundo, poblado de belleza, de dicha y de gozo. ¡Y yo caminaba, un hombrecito, entre nubes fabulosas y magníficas!

Me dirán que eso es lo corriente, lo que se llama la imaginación de los niños. Así lo creo yo también; y, sin embargo, pienso que los jardines que yo imaginaba á mi alrededor, los imaginaba más hermosos que todos los imaginados por la mayor parte de mis compañeros. Aquella vida imaginativa se ha perpetuado, por otra parte; y si con frecuencia me aíslo, es porque prefiero vivir mis sueños, que siguen siendo aturdidores de magnificencia y de grandeza. ¿Es que el niño se ha perpetuado en el hombre? ¿Es que ahí está una de las condiciones del genio en las artes? ¡Quizá!

Por la noche, en mis sueños, el más frecuente es el de levantarme en el aire por un esfuerzo de mi voluntad. Este sueño, tan frecuentemente repetido, se me figura tan real, que me ha ocurrido á veces despertarme, levantarme y ensayar de veras si me sería posible elevarme en el aire por un esfuerzo de la voluntad; ¡y siempre he tenido la desesperación de que no podía!

En cambio de estos sueños ambiciosos, puedo contaros este hecho: Un hombre, bastante estúpido y vulgar, á quien yo hablaba un día de mis sueños y al que citaba aquel sueño tan repetido, me dijo: «¡Es extraño! ¡Yo, en cambio, sueño siempre que caigo, bajo, muy bajo!» De donde deduje que un hombre ambicioso de elevación sueña sin cesar subir más arriba, y el espíritu bajo sueña siempre que cae más abajo.

Y yo me aíslo de los demás. Tengo po-

cos amigos, y continúo viviendo mi sueño magnífico.

Yo fuí un mal escolar. Era siempre el primero en matemáticas y en gimnasia. ¿Por qué? Sin duda me apoderaba de los medios de cálculo y de energía física capaces de ayudarme á realizar mi ardiente sueño. En dibujo estuve siempre entre los últimos; me daban modelos y los devoraba y reproducía en una hora; estaban mal, pero yo había satisfecho mi deseo ardiente; el primero de la clase era un imbécil que se pasaba seis meses enteros en reproducir hasta el grano del papel de su modelo. Yo he sido siempre músico; siempre he cantado; á los diez años era solista en la iglesia del colegio en que me habían colocado; representaba comedias y cantaba en los repartos de premios y en las fiestas. Pedía á mis amiguitos versos y los leía, cantándolos sobre un aire que inventaba al leerlos. Más tarde debía mostrar talento en todas las artes, pero puedo decir que nunca he sabido ninguna; no hubiera tenido tiempo.

A los doce años escribía comedias y dramas, y organizaba una compañía y representaciones, y hasta componía la música de las óperas cómicas. He practicado absolutamente todas las artes, sin haber aprendido jamás ni una sola. La audacia, la confianza en mi fuerza no me faltaron jamás.

Hé aquí cómo llegué á ser pintor. En 1869 tenía diez y nueve años; buscaba una posición y no sabía orientarme; la miseria había entrado de repente en mi familia, y me era preciso vivir y ayudar á los míos. Resolví ser pintor. Hubiera practicado, por lo demás, cualquier otra carrera. Pero ¿cómo? Era preciso vivir. El Salón iba á abrir sus puertas, y resolví enviar un cuadro. Me dijeron que tenía que ir á la Escuela de Bellas Artes; pero ¿cómo? Pregunté á un amigo que estaba en casa de un decorador de teatro, para saber lo que se necesitaba para hacer un cuadro, y me dijo: «Un lienzo, colores, una paleta y pinceles». Lo compré todo, é hice un cuadro de idea *sin haber jamás hecho un estudio en mi vida*. Lo envié al Salón y.....¡fué admitido! Después....me han rechazado, muchos años, en ese mismo Salón. Y después... he suprimido, por mi descubrimiento, la paleta, los pinceles....

Quiero contaros otra anécdota. Tenía seis ó siete años cuando mi padre me dijo: «Serás un gran abogado». Pero yo le miré de soslayo, no sabiendo bien cual era en la vida el papel de abogado, y le dije: «¡No; quiero ser jefe!» Vuelvo, pues, á encontrar en mi infancia esta idea de ser jefe; en mi familia había habido jefes. Goncourt más tarde ha descubierto en mi conversación esa misma necesidad ardiente de mando, cuando escribía de mí en sus Memorias el 18 de febrero de 1888: «Pasa parte de la noche en leer y escribir, pues tiene una enorme ambición y el deseo irritado de llegar á ser el primero de todos, en pintura, en literatura, en música, en todo».

El arte, todas las artes me han turbado siempre infinitamente en mi juventud. En una propiedad que poseíamos en Caluire, cerca de Lyon, á orillas del Saona, tuve ocasión de ver frecuentemente á un vecino nuestro, un pintor: era un hombre muy alto, con una larguísima barba sombría, que andaba con aire inspirado y parecía pasar sin ruido por encima de las cosas.....¡por lo menos, así lo veía mi imaginación! Trabajaba en el campo, y yo estaba desolado de ver que los chicos le rodeaban y no podía descubrir su trabajo misterioso. Yo me dije que aquello era por su parte una impotencia, y hé aquí lo que ideé. Cogí una planchita de madera y un simple lápiz; iba al punto que quería pintar, y allí, en la planchita, marcaba una infinidad de puntos negros que me indicaban el sitio donde empezaban las casas, el trazado de los árboles, etcétera; trabajaba así una ó dos horas, miraba bien el espectáculo que quería reproducir y me levantaba después gravemente, encantado de que los chicos que me habían rodeado no habían podido distinguir nada de mis proyectos y que éstos hubieran permanecido ocultos para «aquella multitud». Entraba luego en casa de un pariente, y allí, de memoria, con ayuda de los puntitos negros, pinté una *Isla Bárbara*, que siempre he conservado.

¿Qué puede deducirse de esta anécdota? Que había ya en mi joven imaginación el deseo de encontrar medios de expresión—que debían venir á parar á esta invención de los *colores al óleo sólido* que acabo de hacer y que va á revolucionar nuestro arte—y el deseo de ser desconocido del vulgo, de no hacer como los demás, de asombrar, de dirigir. Y Baudelaire cita el deseo de asombrar como peculiar del artista; y Courbert decía: «Salvaría con gusto á una joven de un incendio, pero me gustaría que fuese ante mil personas».

Hoy que he podido afirmarme sucesivamente pintor, ilustrador, cantor, compositor de música, literato, grabador, conferenciante, escultor, actor é inventor, puedo decir que he tenido muy poco mérito en hacer todo eso. No he tenido que hacer más que seguir mis impulsos del día, y tenía que seguirlos, porque eran imperiosos.

Voy á decir cómo he llegado á ser inventor. En noviembre de 1901 casé á mi hija única. Experimenté el sentimiento que sufre todo padre cuando ve á su único hijo partir de su casa. La vida me pareció pesada, penosa, sin alegrías. De veras que perdía la cabeza. ¿Qué hacer para curar aquella tristeza terrible de que no podía librarme? Resolví, para cuidarme, emprender cosas difíciles. Pero ¿qué? ¡Pues bien! ¡Trabajaría las ciencias!

Mandé venir tres veces por semana á varios jóvenes sabios para que me hablasen de física, química, mecánica, electricidad. No comprendía ni chispa de lo que decían. Pero, sin embargo, presentía ciertos puntos débiles en todo lo que me decían así. Y resolví dar cuerpo á todas aquellas cosas. Pues bien: en el espacio de dos meses, habiendo dirigido mi espíritu concretamente sobre algunos de aquellos puntos.....¡hice veintidós invenciones!

En cuanto tenga un poco de tiempo libre las llevaré á cabo. Y se verá que he sabido, de mi tristeza de padre, sacar resultados importantes para todos.

La gran cuestión en arte es sentir violentamente. Y tener una gran imaginación. Y ser audaz y sencillo. Y entonces ya no hay más que expresarse. Y eso es fácil: «siempre se puede llegar á expresar lo que se siente con pasión».

El juramento de Hipócrates.—Hé aquí la hermosa fórmula del juramento de los médicos, atribuida á Hipócrates, aunque quizá su antigüedad sea todavía mayor en cuanto al fondo, siendo Hipócrates quien le diera la forma definitiva. La traducción, tal como la reproduce *La Gaceta Médica de Granada*, es de Letamendi, con ligerísimas variantes, exigidas por la corrección gramatical:

I. Juro por Apolo médico, Esculapio, Higea, Panacea y demás dioses y diosas, puestos por testigos, cumplir en todo cuanto yo pueda y sepa este mi juramento verbal y escrito.

II. Consideraré ante todo á mi maestro en el Arte como á mi propio padre; haré vida común con él; le daré lo que me pidiere; tendré á sus hijos varones por hermanos y les enseñaré el arte, si desearen aprenderlo, instruyéndolos sin remuneración alguna inmediata ni ulterior, y transmitiré además las enseñanzas escritas y orales y todas las restantes, no sólo á mis hijos y á los de mi maestro, sino también á los alumnos matriculados y juramentados según regla médica, pero á nadie más.

III. Para el tratamiento me inspiraré en el bien de los enfermos en lo que yo pueda y sepa; jamás en daño suyo ni con mala intención.

IV. A nadie que me pida mortífero veneno se lo daré, ni aconsejaré su uso; tampoco administraré abortivos á ninguna mujer.

V. Pura y santamente viviré y ejerceré mi arte.

VI. Nada cortaré, ni tan siquiera á los calculosos, dejando este cuidado á menestrales de oficio.

VII. En cuantas casas entre, lo haré por el bien de los enfermos, absteniéndome de caer en injusticia voluntaria y corrupción, por ningún concepto, ni en actos libidinosos con mujeres ni con hombres, libres ni esclavos.

VIII. Lo que casualmente en el ejercicio de la profesión, y aun fuera de ella, viere ú oyere acerca de la vida de las personas, que no deba alguna vez ser revelado, lo callaré, considerándolo secreto.

IX. Ahora bien: si cumplo este mi juramento en toda su integridad, válgame ello para gozar de la vida y alcanzar, como médico, perpetua celebridad en la memoria de los hombres; mas al transgresor y perjuro, ¡avéngale lo contrario!

ANTROPOLOGIA

El tipo criminal y la fisiognomía.—El P. Jerónimo Montes viene publicando en *La Ciudad de Dios* unos curiosos «Estudios fisiognómicos de antiguos escritores españoles, en relación con el tipo criminal de la escuela antropológica», que merecen especial extracto, tanto por su valor intrínseco, cuanto por ser un elemento más, aportado por la erudición á la demostración de la cultura española antigua y contemporánea, más digna de aprecio que lo que por todas partes pregonan los detractores del nombre patrio, que si no se levanta por la adulación, menos puede levantarse por el desprecio.

«Bien creo yo—decía Feijóo—que la variedad de la organización puede variar mucho las operaciones de la alma, aunque hasta ahora no sabemos qué organización es la más oportuna para discurrir bien». En las condiciones de la inteligencia y de la voluntad influye indudablemente el organismo; pero ¿cómo y hasta dónde? ¿Qué organización especial

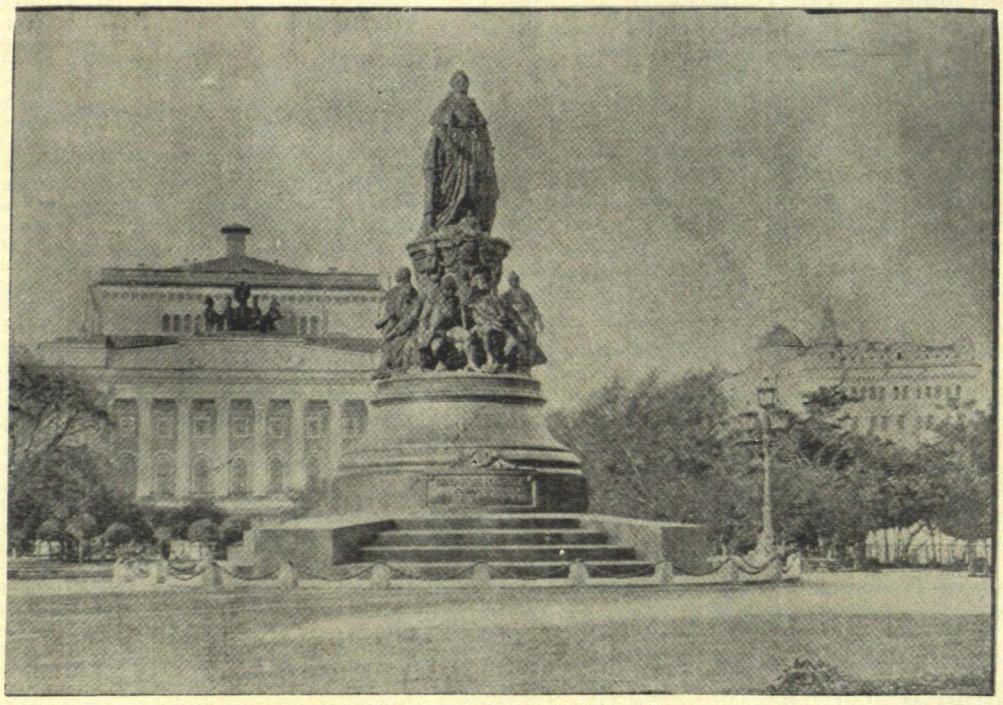
corresponde á cada inclinación, á cada virtud, á cada vicio? ¿En qué miembro, en qué parte del cuerpo se hallan los signos reveladores de los sentimientos que se albergan en el alma?

Estatura.—Examinando la *estatura* se ve, según Lombroso, que el delincuente tiene casi siempre la estatura media del tipo normal del país á que pertenece; predomina, sin embargo, la elevada en el salteador y en el homicida, y la baja en los estupradores, en los falsarios y, sobre todo, en los ladrones. Pero Ciruelo opina, por su parte, que los hombres corpulentos son generalmente calmosos, débiles y cobardes; y los pequeños, veloces, iracundos y animosos. Para Jerónimo Cortés, los altos y derechos, más flacos que gordos, suelen ser atrevidos, crueles, de grande ira y presunción; si son gruesos y altos, porfiados, ingratos y prudentes; y si bajos, sospechosos y de mucha ira. Otros, como Francisco de Avila, no conceden importancia á la estatura: veréis, dice, unos hombres tan altos, que tratados no sirven sino para hacer sombra; y otros menudos y pequeños, que pican como la pimienta y la mostaza.

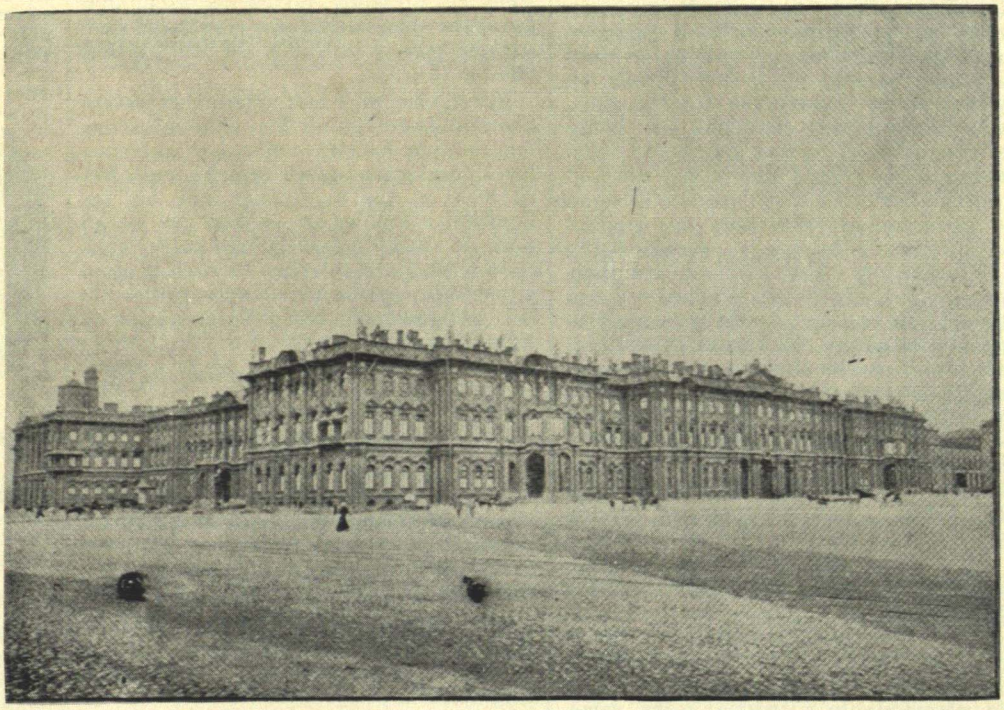
Pecho.—El ser grueso y robusto es, según Cortés, señal de tiranía y astucia; el demasiado angosto augura buena disposición intelectual, pero carácter iracundo. Algunos antropólogos han observado que el pecho de los criminales es de un perímetro inferior al de los hombres honrados, hallándose en ellos con frecuencia una gran depresión en el tórax, con carácter de degeneración.

Brazos.—Es signo de criminalidad el tenerlos demasiado largos, según los antropólogos; para los fisonomistas los brazos largos indican soberbia, atrevimiento, bajos pensamientos y ambición de mando.

Manos.—Son parte de la fisonomía, según Vallés, y han sido estudiadas profundamente por los quirománticos. Marso dice que los asesinos y estupradores tienen, en general, las manos anchas y cortas; los ladrones, finas y largas; y los violentos, de dedos sumamente gruesos.



SAN PETERSBURGO: Monumento de Catalina II



SAN PETERSBURGO: Palacio de Invierno (fachada principal)

Cráneo.—Los delincuentes son generalmente microcéfalos, y presentan una gran desproporción entre la pequeñez del cráneo y la magnitud de la cara. Entre los precursores de los antropólogos hay opiniones para todos los gustos: Aristóteles pretende que los hombres de cabeza pequeña son más discursivos. Cortés, en cambio, califica á los de cabeza pequeña de indiscretos y porfiados, y Pedro Ciruelo de fatuos y ligeros de juicio. Feijóo estima que «cualquiera que se meta á decidir algo sobre esta materia no hará más que hablar á tientas, y lo único que ha de decidir es que nada se puede decidir».

Respecto á la configuración del cráneo, Pedro Ciruelo ve en los dolicocéfalos (de cabeza prolongada) buena memoria y poderosa imaginación; y en los braquicéfalos (de cabeza redonda), escaso ingenio y estupidez; Cortés, en cambio, atribuye á la cabeza prolongada simplicidad y malicia; y á la cabeza redonda, astucia y lealtad. Tampoco los antropólogos están de acuerdo: Lombroso dice que los ladrones suelen ser dolicocéfalos, y los asesinos braquicéfalos; pero Quatrefages y Ferri opinan de otro modo.

Cerebro.—El peso y el volumen del cerebro de los delincuentes es, según Lombroso, inferior al de los hombres normales; con esta teoría se ha confirmado la opinión vulgar que llama *sesudo* al hombre inteligente, y hombre *de poco seso* al tonto. Huarte hace depender el ingenio y la inteligencia de la organización del cerebro, de la unidad de sus partes, de su temperamento y de la delicadeza de sus componentes; y Feijóo, con su natural agudeza, hace la siguiente observación: si el grado de inteligencia dependiese de la cantidad de masa encefálica, «sería menester que un hombre agudísimo tuviese cuarenta ó cincuenta veces mayor cerebro que un fatuo, y que los hombres de mayor cuer-

po fuesen más perspicaces que los de corta estatura, pues tienen mayor cerebro; y si eso lo hicieren creer al que escribe esto, les daría las gracias, porque le está bien».

Forma y color del rostro.—Uno de los caracteres típicos del asesino, según Lombroso, es la desproporcionada longitud de la cara: así lo decía ya Ciruelo, y lo mismo opinaba Cortés. En cuanto al color, el pálido y amarillo domina en los delincuentes, especialmente en los ladrones: así lo indicaba ya Cortés, para quien el cárdeno indica el peor temperamento.

Cabello y barba.—Según Lombroso, los ladrones se distinguen por la pobreza de la barba y la abundancia del cabello; los estafadores, por el pelo abundante, peinado á estilo mujeril; los homicidas, por la barba escasa y oscura y el cabello crespo y espeso; y los falsarios, por lo negro del pelo. Cortés ve en la abundancia del cabello un signo de codicia, y en la barba espesa y bien compuesta excelentes condiciones; los cabellos crespos son señal de simpleza en el varón y de desvergüenza en la mujer, y si esta tiene el rostro velloso, será fuerte y de condición terrible; los rubios suelen ser sanguinarios, y los de pelo negro y áspero, de carácter exaltado.

Frente.—Suele ser muy elevada en los criminales y los locos, según Ferri. Lombroso da más importancia al diámetro frontal, y es el carácter que mejor revela la superioridad de la raza; hasta en los negros se encuentran frentes altas, pero siempre más estrechas que la de los europeos; el escaso diámetro frontal es uno de los signos distintivos del asesino. Para Cortés, la frente alta es signo de generosidad y virtud; la grande, de pobreza de talento y predisposición á la locura; la plana y lisa, de simplicidad; y la comprimida ó cóncava y con arrugas, de codicia, desvergüenza y propensión al enojo. En cuanto á las arrugas, Lombroso ha observado que se presentan antes y son más pronunciadas en los delincuentes que en los hombres normales; las arrugas frontales son frecuentes y profundas en los criminales jóvenes, y las más características del tipo criminal es la arruga sigomática, situada verticalmente en el centro de la mejilla, y tan marcada que parece una cicatriz, dando al rostro cierto aspecto burlón y repugnante.

Cejas.—Las cejas—dice Ramírez de Carrión—manifiestan el ánimo del hombre. Cortés atribuye á las arqueadas soberbia, atrevimiento y codicia; á las ralas, simplicidad; á las muy pobladas, malicia excesiva; y á las muy juntas, astucia, codicia y, en ciertos casos, envidia y crueldad. Lombroso cuenta entre los estigmas del ladrón las cejas abundantes y poco separadas, en las que Ciruelo ve una señal de tristeza y melancolía.

Ojos.—Para fisonomistas y antropólogos, en los ojos se conoce el alma, y en su mirada se encuentra la nota distintiva del delincuente nato. En los criminales predominan los ojos azules, y la mirada del asesino es fría, inmóvil, semejante á la de los animales felinos en el momento del acecho y de la lucha; los ladrones, por su parte, tienen la mirada oblicua y los ojos pequeños, errabundos y movilísimos; los estafadores y falsarios los tienen también pequeños y casi siempre fijos en la tierra, y los estupradores los tienen centelleantes.

Una mirada recta,— dice Vallés,—con los ojos siempre bajos, es señal de vergüenza; la mirada inmóvil y sin pestañear es propia del desvergonzado é iracundo; el parpadeo constante indica timidez ó propensión á la locura; la mirada oblicua, dirigida á los confines del horizonte, es signo de hombres dolosos y burlones, llamados necios por los divinos Proverbios. Para el maestro Ciruelo, los ojos grandes y negros denotan lascivia; los pequeños y azules, afición á la guerra; los hundidos astucia; los muy salientes, estupidez; los salpicados de puntitos, perversidad, astucia y dolo; los azules verdosos, como el agua densa, desvergüenza y fraude, siendo malísima señal en las mujeres. Para Cortés, los hombres de ojos hundidos son maliciosos, traidores, de grande ira y peores costumbres, crueles, inclinados á mofarse y engañar; los de pupilas pinteadas ó doradas, de vago mirar, denotan hombres de grande ánimo, lascivos y derramadores de sangre; los fijos y sin pestañear son propios de hombres malvados; los bermejos y lacrimosos y sanguinolentos indican ira y crueldad; los bailones denotan mucha ira y malacia é inclinación á hurtar. Nuestros antiguos novelistas coinciden con estas observaciones, y dan á sus personajes ojos y miradas en consonancia con las mismas.

El estrabismo, la mirada oblicua y otras anomalías semejantes han sido señaladas también por los criminalistas y antrópologos modernos como mucho más frecuentes en los criminales que en los hombres normales, en lo cual no hacen más que coincidir con el dicho vulgar aplicado á los bizcos, de que «tienen el alma atravesada,» y con las observaciones de los antiguos filósofos, fisonomistas y novelistas.

FERNANDO ARAUJO.

IN OBITUM CHARISSIMI AMICI
JOSÉ HERRERA

—

Nuncia fama fratris ad me pervenit adempti:
Protinus et lacrimas visa novare meas
Nec tui tam, fateor, quam me tetigit fratris mors.
Occidit virtutis impar vir nulli laude secundus.
Ille dies primum minores reddit amicos
Et cecidit amicitiæ gloria gaudiumque veræ.
Vidimus dolentes amicorum civiumque manus
Rorantes oculos vix bene tollere humo.
Et modo virtutem, modo deplorare dilectum
Nomen, et erepti benignitatemque patris:
Hic verus virtutis honos, hæc digna
Præmia, magnificis jure petenda viris.....
Utinam eveniat talis reminiscentia nobis!
Amplexus inter omnesque sic mori:
Utinam eveniat cuique tabescere lecto.
Ilicet inveniet vox interclusa meatum
Exiguamque viam per tot suspiria ibit,
El condensatæ rumpant claustra querela
Pectoris omnis numdum licet ite per auras
Clamoresque graves, et fœminei singultus.
Deus vellit ut inter manus atque ora suorum
In cœlo æterno gloriaque æterna vivat.
Ipse ego thura sacrasque dabo cum carmine lauros
Quæ sua permeruit non temerata fides.
Vos sancti manes tacita requiescite in urna
Interea, et tellus non gravis ossa premat.

JOSÉ NUÑEZ DE CACERES.

INSTITUTORAS VENEZOLANAS

—

En los últimos días del mes pasado, afluía grande y selecto concurso á la Escuela Normal de Mujeres, con el objeto de presenciar los exámenes que, para optar al grado de Profesora Normal, rendían las señoritas Ana Teresa Rodríguez-Azpurua, María Elena Amiama y Graciela Herrera-Figueredo.

Caracas asistía alborozada á estos triunfos de la mujer venezolana en las lides del estudio, y bendecía una vez más el noble esfuerzo y patriotismo del magisterio nacional, por ir siempre adelante en la magna obra de alzar la juventud hacia las cumbres del saber.

Todo era parte para hacer atractivas aquellas pruebas, y convertirlas en verdaderas fiestas del ingenio. Las familias de las señoritas graduandas, que gozan de tantas simpatías en nuestra sociedad; las naturales dotes que de suyo distinguen á niñas de edad tan escasa, amén de los multiplicados y sólidos conocimientos que es fama poseen, y de los que daban gallardas muestras con sencillez y modestia encantadora, congraciándose aún más en el cariño y la admiración de cuantos las escuchaban; las maestras que las han guiado en la escabrosa senda, las cuales alcanzan merecido renombre por su abnegación y celo en las tareas educacionistas, y que han acumulado ya recaudos harto valederos para la gratitud pública: todo, repetimos, concurría á atraer allí mayor asamblea de espectadores, para expresar y tributar los sinceros aplausos que el talento y la virtud granjean en toda nación civilizada.

La sociedad sabe que no mentimos, ni aun siquiera exageramos al reclamar, de la manera más cordial y amplia, el testimonio de alabanza y de reconocimiento á que son acreedoras las señoritas Mercedes y Luisa Limardo, cuyo solo nombre es ya una historia: historia de luz y de afecto en muchas inteligencias y, lo que vale más, en mayor número de corazones.

Muy joven aún, la señorita Mercedes Cecilia Limardo fue llevada, por su saber é idoneidad, á la rectoría del Colegio Nacional de Niñas de Carabobo. Con cuán brillante éxito desempeñó ella el alto cargo que se le encomendara, pruébalo la organización é impulso con que acrecentó, en todos sentidos, la educación é instrucción del bello sexo, y de que tanta memoria allí se hace todavía; pruébalo asaz la preciosa medalla que la sociedad valenciana, encabezada por el señor General Presidente del Estado, le confirió en ocasión solemne, y la cual provocó otro acto de justicia, no menor ni menos famoso, por parte de la Legislatura de Barquisimeto; (1) pruébalo la multitud de discípulas que, juntas á las formadas después en el acreditado Colegio que sostiene en unión de su ilustrada hermana, la señorita Luisa, son gala y ornamento preciado de la sociedad, y constituyen ricas piedras de la diadema que entrambas ciñen como bienhechoras de su Patria; (2) y más que todo, lo

(1) En *El Occidental*, periódico de Barquisimeto, (Nº 267, de 19 de agosto de 1884, corre inserta una «Manifestación espontánea» del Fiscal de Instrucción Pública de Carabobo, manifestación que se había publicado antes como oficial en la Gaceta del Estado, de orden del Secretario General, Dr. Benjamín Quenza. Dicho trabajo está encaminado á reconocer justicieramente cuanto hacían ya en Valencia el señor Dr. Limardo y la señorita su hija en obsequio de la Enseñanza.

Y en la *Gaceta Oficial* de los EE. UU. de Venezuela, (Nº 3.468, correspondiente al 19 de marzo de 1885), se publica, en varios oficios y acuerdos, el relato de la brillante ovación que muchos padres de familia promovieron, en prueba de gratitud á la señorita Limardo, para la entrega de la Medalla que le dedicaban, y luégo del honroso Acuerdo de la Legislatura del Estado Lara. En ambas solemnidades fue órgano de la gratitud pública el bien recordado General Joaquín Berrío, Presidente de Carabobo.

(2) Citemos algunas de las discípulas de la señorita Limardo que han dado prueba de su aprovechamiento, y perdónesenos si no mencionamos algunas más, que de cierto escaparán á la memoria. La señora Carmen E. de Gutiérrez tiene un colegio particular en Tinaquillo; las señoritas Socorro Galíndez, Belén Juliac, Mer-

prueba el amor y la ternura con que en aquel pueblo, siempre justiciero, corazones agradecidos repiten sin cesar el nombre de las Limardo en medio de las más entusiásticas y significativas bendiciones.

De regreso en Caracas, las señoritas Limardo fundaron el Colegio que há poco hemos mencionado, con el título de Ntra. Sra. del socorro, como obsequioso recuerdo á la ciudad de Valencia, cuya Patrona es la Virgen María bajo la dicha advocación. Este Colegio ha dado, como es sabido, innumerables y sazonados frutos que avaloran y enriquecen hoy muchos de nuestros hogares, y que manifiestan, con la evidencia de los hechos, los superiores quilates que magnifican á las señoritas Limardo como directoras de la juventud.

Ni se ha concretado la labor de las hermanas Limardo á la enseñanza del bello sexo; sino que, tomando á pechos el adelantamiento moral de los varones, diéronse también á encaminarlos por la buena senda é instituyeron un Catecismo, más bien diríase: escuela gratuita, donde se aprende mucho bueno y útil para la vida práctica, y que de año en año, ha conducido hasta hoy unos doscientos niños, bien aleccionados en su fe, al Altar de la Primera Comunión.

La explicación de tan espléndidos resultados en la ardua empresa, consiste en que la señorita Limardo y su discreta colaboradora son personas de esmerado consejo y doctrina, que saben enseñar; que sondean los secretos de las almas y las dirigen con la luz de la verdadera educación; que tienen la vocación del magisterio, y no la tuercen á conveniencias mezquinas, antes la hacen servir al interés de su Patria, por cuya gloria suspiran, y al provecho de una juventud cuyos destinos les son tan cáros.

Por lo demás, ellas han conocido las necesidades de la sociedad en que viven, y enderezan su augusto ministerio en vista del porvenir, habituando las jóvenes que se les confían á costumbres de acuerdo con nuestro carácter, con nuestra sencillez; inspirándoles, antes que todo, el santo amor de la familia y de la Patria; manteniéndolas en el serio espíritu de una piedad sólida; fortaleciéndolas en la robustez del trabajo y de la reflexión; dándoles la noción clara y precisa del deber; y alejándolas, por una parte, del pietismo sentimentalista hoy tan de moda, y por otra, del lujo exagerado, imprudente, que, inclinando á la molicie, produce una educación de oropel, y acarrea la decadencia de las almas y la ruina de las sociedades.

Estas eximias profesoras leen en su Plantel las materias que contribuyen al lucimiento de las niñas en todos los órdenes y á la formación de las mujeres del mañana, tal como las preconiza el insigne Dupanloup; ellas enseñan á perfección el genuino francés parisiense, que han usado siempre en sus cátedras; y no es extraño que á la señorita Mercedes,–luégo de haber adquirido el grado de Institutora en Francia,–el Ministerio de Instrucción de aquella República le otorgase también el Título de Oficial de Academia, alegando por credenciales sus merecimientos como propagadora de la lengua francesa.

De la señorita Mercedes se puede decir que inició y fomentó el movimiento artístico y literario, ya tan brillante, en que muestra la mujer las dotes que la caracterizan para el culto de la belleza. Inspirada por su sabio padre, mentor de toda buena obra, ella fundó en Valencia la primera clase de Literatura, de que hay mención entre nosotros, para el sexo femenino (3); y las donosas alumnas que la componían probaron en varias oportunidades que no era vano su gusto, ni los esfuerzos de su digna é ilustrada maestra.

Cómo quisiéramos ponderar aún más los valiosos trabajos que la señorita Limardo, lo mismo que su excelente hermana, realizan en pro de nuestro pueblo, siguiendo la huella de sus ilustres progenitores! Empero, ello sería repetir cosas de todos conocidas, ya que á nadie se oculta que las puertas de esta distinguidísima familia, cerradas para todo mal, están abiertas siempre para toda buena empresa, para todo consuelo, para todo aliento, para toda caridad.

Vayan nuestras congratulaciones hasta el dichoso hogar; humildes como nuestras, pero expresadas con toda la fuerza del corazón, hijas del alma, traducción fiel de ese sentimiento íntimo que provoca en nuestro ánimo la admiración por lo que es justo, bello y grande.

J. M NUÑEZ PONTE.

Caracas: 8 de agosto de 1904.

---

cedes Simancas, Lucrecia Párraga y Esperanza Salom y la señora Ignacia S. de Malpica, enseñan fructuosamente en Valencia, ya en Institutos, ya á domicilio. De Caracas nombraremos á la señorita Carmen Herrera Mendoza, tan aventajada, que ha formado en su propia casa un pequeño Colegio, en donde da con encomiable brillo educación é instrucción á sus hermanas menores; la señorita Elena Brandt, á quien no pocos envidiarían las dotes que posee, de energía y de habilidad, para inculcar lo mucho que sabe; las señoritas Mercedelia Zérega, Josefa E. Mandry, María T. Montero y Clara A. Martínez, de notorias aptitudes y de mucho aliento para la obra de la educación; las niñas que acaban de recibir el grado de Profesora Normal, estas, á quienes diríamos, tres Gracias, que han demostrado, bien á las claras, que la mujer se está adelantando al hombre, por lo menos en los primeros estudios, que son la base para todo conocimiento; y por último, la amada compañera de nuestra vida, que se honra y enorgullece de su maestra, y que, después de haber dirigido en Valencia el «Colegio Peñalver», de niñas; después de probar sus fuerzas en un Instituto primario de varones, comparte ahora con nosotros las delicadas faenas que nos impone el «Colegio Sucre», del cual somos Director, desde el nunca bien llorado fallecimiento de nuestro malogrado maestro, el Dr. Jesús Ma Sifontes.

(3) Las señoritas que formaban dicha clase fueron 9, y se les dieron los nombres de las 9 Musas, así:

Mariana Ceballos [q. e. g. e]	Clío.
Griselda Torres Cárdenas	Calíope.
Carmen Eleuterio	Erato.
Lucrecia Párraga	Euterpe.
María T. López	Melpómene.
Magdalena Albert	Polimnia.
Santos Herrera	Talía.
Isabel Machado	Terpsícore.
Juana J. Corao	Urania.

En exámenes y otros actos literarios en que participaron, dieron las expresadas señoritas justificación de su adelantamiento y de la utilidad que se reporta de tales estudios, como han venido á confirmarlo ulteriores ejemplos. Así, el de la señorita Virginia Pereira Alvarez, á quien de propósito quisimos dejar para este lugar, y que pertenece también, en gran parte, á la gloriosa constelación á que las señoritas Limardo dan luz. La señorita Pereira es ya otro sol: acrézcanse sus rayos, y sean cada vez más benéficos.

NUESTROS GRABADOS

Al salir

La adorable coquetería de una mujer joven y bonita, esa coquetería que agrada y seduce, porque tiene cierto sello de exquisita naturalidad, un perfume de espontaneidad que embriaga dulcemente, es el poderoso señuelo ante el cual más de un espíritu fuerte y más de una voluntad indomable han caído rendidos, trémulos de indecible emoción, balbucientes, fascinados, heridos en lo más íntimo por la saeta invisible del travieso rapazuelo que gasta dorado carcaj y tupida venda.

Esa encantadora coquetería, propiedad exclusiva del sexo débil, se manifiesta á todas horas, en los más insignificantes detalles, en un lazo de cinta, en la colocación de una flor sobre el ebúrneo seno, en una mirada, en una sonrisa. Y al calor del hogar, como en el templo y en el paseo, el tenue vaho de coquetería se escapa como de un rico vaso que contuviese embriagantes esencias orientales.

Al salir, cuando el breve y ligero pié se desliza musicalmente por la vía pública, entonces es cuando la bella va, como Minerva, admirablemente armada. Cada uno de sus movimientos es una seducción; y los pliegues de su recogida falda, que dibujan la maravillosa euritmia de las formas, son otras tantas flechecitas más peligrosas y certeras que las emponzoñadas del alevoso hijo de Venus.

A orillas del camino

Es un paisaje que refresca la vista y produce sensaciones inocentes y sencillas.

Allá, bordando la accidentada vía, árboles que agitan sus frondosos follajes cual si sonriesen á los ardientes rayos del sol que los acarician; caminantes que se alejan y se borran en la imprecisa lejanía, y á orillas del sendero, en animada charla, dos graciosas campesinas que, como dos frescas flores de la sabana, embalsaman el ambiente y lucen al aire libre los vistosos matices de sus galas.

R. Krüght recogió en la tela, animándolos con lujo de colores, los más interesantes detalles de una vuelta del camino.

CAPITÁN GENERAL YAMAGATA
Generalísimo del ejército japonés en operaciones

Guerra ruso-japonesa

Todo lo que se refiera á la sangrienta lucha que hoy sostienen dos poderosos imperios, en los cuales la civilización europea se manifiesta en todo su esplendor, es de mucho interés y habrá de ser del agrado de nuestros lectores.

De aquí que continuemos reproduciendo la serie de vistas que dice relación con la guerra del Extremo Oriente.

Anhelo

Lo que muchas veces buscamos sin que acertemos á definirlo, á darle un nombre, y, lo que es más doloroso aún, á alcanzarlo; eso, vago y remoto como una nébula, que flota allá, en espacio ideal; eso, que llamamos anhelo, pasa lo mismo que la luz de un ensueño por la frente de la hermosa, romántica creación del fecundo talento de W. Winck.

La indefinible mirada de la linda criatura se baña en los éxtasis del que busca ese algo sin nombre en el espacio ideal; y su alma, aleteando en el fulgor de la pupila extática, quiere volar como una mariposa á mundos imaginarios.

Las rivales

La rivalidad en amor, madre de los celos y de las más terribles pasiones que agitan y conturban el corazón humano, provoca escenas que en el sainete ó en la tragedia harían las delicias del público más entendido en achaques teatrales.

Y es que la rivalidad, bajo cualquier orden de ideas que se la considere, es el aguijón que pica con mayor encarnizamiento en la entraña invisible que llaman amor propio.

En los rivales de E. de Blas está la prueba concluyente de cuanto dejamos dicho. Las bocas sonríen, pero bajo aquellas sonrisas como bajo las hojas de un rosal se ocultan punzantes espinas; las miradas, semejantes á chispas eléctricas, se buscan y se encuentran y se repelen, y en las miradas aquéllas hay más fuego concentrado y voraz que en el pétreo seno de un volcán.

Pintura Decorativa para el Teatro de Bonn

El asunto de esta vasta composición acusa el superior talento de un artista, y en su feliz ejecución se echa de ver la maestría de una mano que posee el secreto de los colores, que sabe modelar la belleza y darle vida inmortal.

En el teatro de Bonn estará la Pintura Decorativa de H. Brüne como una valiosa gema en primoroso estuche.

Exposición de San Luis

Dos vistas de la última Exposición norteamericana engalanan las columnas de EL COJO ILUSTRADO. Refiérese una de ellas al departamento en que se exhiben los productos de Venezuela, local de una hermosa perspectiva; y reproduce la otra vista una noche de fiesta, noche en que el pueblo yanqui, copiando quizás los esplendores de la antigua Venecia, tan poética como afortunada en otros tiempos, se entrega á la expansión y boga bulliciosamente por el piélago azul de los dulces placeres.

Un desengaño más

¿Quién no ha sentido alguna vez la roja llamarada que sube del corazón hasta el rostro, y lo quema con mil lenguas purpúreas hasta darle el más subido tono de la sangre? ¿Quién, alguna vez, no ha experimentado la vergüenza de la derrota?...

El artista soñó sueños de gloria: día y noche ante la blanca tela su imaginación voló por fantásticos azures; y entrevió la belleza suprema; y pensó en la hoja del árbol simbólico.

Y lleno de fé, lleno de ardiente entusiasmo cogió el pincel y rompió con diluvio de colores la virginidad del amplio lienzo.

Más tarde el sueño de gloria tórnase en amarga desesperación. El premio, el anhelado lauro orla las sienes de otro artista, la música lisonjera del aplauso resuena lejos, muy lejos de él, la celebridad pronuncia un nombre que no es el suyo. Y allí, en el mismo taller donde un día entrevió la belleza suprema, el desengaño aniquila sus fuerzas, bulle la sangre en su corazón, brota de él atropelladamente y sube, sube hasta encenderle el rostro..... Es la vergüenza de la derrota.

Devotas de San Antonio

Este santo hijo de Lisboa ha hecho más prosélitos que la mayor parte de los que, como él, disfrutan de las bienaventuranzas eternas.

Con cuánto fervor la núbil doncella se postra de hinojos ante el nicho en que impera la gloriosa efigie del venerable franciscano, y elevando las manos al cielo, puras y blancas como hostias de carne, deshoja la flor de la plegaria que en lluvia armoniosa de pétalos cae á los pies del anciano taumaturgo!

La devota sexagenaria invoca su nombre con infinita unción y el niño angelical pone á los pies del santo hombre el manojo más fresco de lirios y el celaje más plácido y radioso de sus pupilas infantiles.

Los zapatos de la muñeca

Interesante es el lienzo de Brispot. El zapatero de viejo, bonachón y complaciente, accede á la caprichosa solicitud de la rapaza, la cual preséntale el blondo juguete, rosado y risueño como un querubín.

Y mientras el buen maestro, calado los enormes anteojos, se afana en la trivial tarea, mientras los zapatitos pequeños y mirificos, cual los de la *Cenicienta*, surgen de las hábiles manos del viejo, la preciosa niña con silencioso entusiasmo contempla el rostro de su muñeca á la que supone henchida de alborozo.

El cuadro de Brispot, de una trivialidad encantadora, á lo sencillo del tema reune lo admirable de la ejecución.

San Petersburgo

En el parque Alejandro se eleva el monumento de Catalina II, la soberana más grande del siglo XVIII.

Sobre un zócalo formado por muchas gradas de granito de diversos colores, con las estatuas en bronce y de tamaño natural de los contemporáneos célebres de la czarina, se levanta la estatua de ésta, revestida bajo un manto de armiño, con el cetro en la mano derecha y la corona en la izquierda.

Damos hoy una copia de este famoso monumento.

El otro grabado que aparece en la presente edición representa la fachada principal del Palacio de Invierno, residencia imperial en la época de los fríos, como lo indica su título. Este soberbio edificio es uno de los mejores de Europa. Forma su planta un vasto rectángulo de 137 metros de largo y 106 de ancho.

Puerto Rico

El Puente «Martín Peña,» en la capital antillana, es de construcción sólida y de mucha utilidad para los progresistas habitantes de San Juan.

El pueblo de Fajardo forma parte del feraz territorio antillano, y de su iglesia y plaza principal damos una exacta reproducción.

SUELTOS EDITORIALES

NUEVOS LIBROS

El ciudadano Gobernador del Distrito Federal, General Ramón Tello Mendoza, nos ha obsequiado con un ejemplar del libro *Documentos del General Cipriano Castro*, publicación contentiva de las cartas, alocuciones y documentos políticos que el Jefe del Ejecutivo ha dado al país en estos últimos tiempos y que son de vital interés para la Historia contemporánea.

También nos ha favorecido el General Tello Mendoza con el envío de *Ligeros Rasgos del General Juan Vicente Gómez*, interesante volumen que acaba de editarse.

Damos las gracias al ciudadano Gobernador.

DON CARLOS HERNAIZ

Con profunda pena registramos la noticia del sensible fallecimiento de este ciudadano distinguido y meritorio.

Don Carlos Hernaiz fué jefe de una familia por todos conceptos digna de aprecio, y al desaparecer para siempre del seno de la sociedad, deja en ella memoria imperecedera, pues con sus acrisoladas virtudes supo envolver su nombre en esa aureola brillante que sobrevive á la muerte.

A sus deudos todos, justamente afligidos por tan honda desgracia, enviamos el testimonio de nuestra condolencia.

BIBLIOGRAFIA

Hemos recibido un ejemplar del folleto que con el título de «*Viaje del Presidente. Aragua, Carabobo y Zamora,*» ha dado á la estampa en estos últimos días la dirección de *El Constitucional*.

Las plumas de Rafael Silva, el celebrado cronista y del doctor Lisandro Alvarado, prosador notable é ilustrado, corren fáciles por las páginas del opúsculo y describen con arte y lujo de bellas imágenes las fiestas que los Estados mencionados celebraron en honor del Jefe del Poder Ejecutivo en su viaje por aquellas Entidades.

De los talleres de la Imprenta Nacional salió la nítida edición del folleto, que hemos leído con gusto.

EPITALAMIO

El sábado 6 próximo pasado, Amor ató con cadenas de flores dos almas jóvenes y felices: Henrique Pérez Vera y Trinidad Pérez, hijos de nuestros estimables amigos Francisco de Sales Pérez y Miguel Vicente Pérez, encendieron en el ara de Himeneo la sagrada antorcha cuyos dulces resplandores iluminarán en adelante la plácida existencia de la venturosa pareja.

Hacemos votos para la eterna dicha de los jóvenes desposados.

DUELO

Ha fallecido últimamente el venerable anciano señor don Vicente Toledo.

Vivió el señor Toledo la vida de los buenos, de los que no dejan tras sí sino huella de simpatías y consideraciones.

Al señor Manuel Vicente Toledo, hijo del finado y demás parientes damos nuestra palabra de pésame.

QUELQUES PETITES AMES D'ICI ET D'AILLEURS

Ya nuestro público conoce, por haber lo insertado un diario de gran circulación de esta capital, el notable artículo que el famoso literato francés Paul Brulat ha escrito, relativo á un libro de Gómez Carrillo. Es un tomo de la «Biblioteca Cosmopolita», traducido del español al francés por Ch. Barthez y que tiene por título: *Quelques petites âmes d'ici et d'ailleurs* («Algunas pequeñas almas de aquí y de fuera»).

Hemos recibido un ejemplar, que el autor nos envía precedido de gallardas y afectuosas frases de su constante amistad, las cuales sabemos reconocerle, en el mismo cariñoso grado. Lástima que el espacio concedido á esta noticia no sea suficiente para contener todo cuanto de justiciero y bueno merecen el escritor y su obra. Reproduciríamos siquiera porciones de lo que eminentes y gloriosos literatos europeos han dicho intensamente del alma fina y noble del joven americano que ha hallado la verdadera patria de su espíritu y ha sabido darla en gracia y gentileza intelectual lo que ella le prestó de ícores vitales, en sensibilidad y en arte de exprimirla.

Pero tenga por seguro el escritor amigo que lo que nos niega oportunidad para nuestras expresiones de aplauso y contento para su labor y por sus éxitos, lo tiene compensado con creces en la cordialidad con que lo apreciamos y distinguimos.

BIBLIOTECA SOCIOLÓGICA INTERNACIONAL

La Casa Henrich y Cª, de Barcelona, editora de esta *Biblioteca*, acaba de publicar el libro del docto catedrático de la Universidad de Estrasburgo, Th. Ziegler, *La Cuestión social es una cuestión moral*.

Que la cuestión social es una cuestión moral dedúcese desde luego teniendo en cuenta que el fin que se persigue es el del bienestar humano alcanzado lícitamente. Mirando con serenidad y sin prejuicios el problema, Ziegler observa que los socialistas demócratas han desconocido frecuentemente el espíritu social apartándose de él de una manera absoluta, con lo cual han incurrido en extravagantes delirios, formulado programas utópicos é irrealizables y pretendido peligrosas reivindicaciones. Esa actitud de combate y esos sentimientos de odio sólo pueden lograr efectos contraproducentes aun para los mismos que en semejante violencia fían el triunfo de un ideal de bienandanza.

Damos las gracias por el ejemplar que se nos ha enviado.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

Derecho Administrativo.—Catálogo de los usos y servicios del Papel Sellado, del Estado Bolívar, según la Ley vigente de 7 de enero de 1902. Por el doctor J. Gabriel Machado (abogado).—1904.

Mensaje, que presenta el Presidente Provisional de Miranda á la Asamblea Constituyente del Estado.—1904.

Contestación de la Asamblea Constituyente del Estado Carabobo al Mensaje del Presidente Provisional del mismo.—1904.

Damos las gracias á los señores remitentes.

SECCION RECREATIVA

Cómo robamos á nuestros descendientes

La humanidad está cometiendo un robo ó mejor dicho, una serie interminable de robos. Por más que estas palabras parezcan un poco duras, son certísimas.

Los hombres de hoy nos creemos con derecho á explotar todo cuanto la Naturaleza produce, sin parar mientes en que estamos desposeyendo á nuestro prójimo, no á nuestro prójimo de hoy, sino al de mañana: estamos robando á la posteridad.

El guano de las islas Chinchas, por ejemplo, se está agotando; nada menos que siete millones de toneladas se han sacado en siete años. Lo mismo sucede con otros criaderos de guano y lo peor es que las aves marinas que lo producen se han hecho espantadizas y ya no volverán por allí. Como consecuencia, los agricultores del porvenir carecerán de este poderoso agente fertilizador, y muchos infelices padecerán hambre y miseria de resultas de la ambición actual.

Se calcula que los actuales depósitos de guano han tardado unos dos millones de años en formarse; no hay que decir, por lo tanto, los siglos que han de transcurrir antes de que sean reemplazados. Es verdad que hoy se dispone de los nitratos como sustituto eficaz, pero tampoco está lejos el día en que se agotarán, á juzgar por el paso que llevan los depósitos del Perú y Chile.

El oro es otra de las cosas de que estamos privando á la posteridad. Salvo las que se cree hay ocultas bajo los hielos de ambos Polos, todas las minas de oro del mundo están en explotación, y el metal se hace más raro cada día como puede juzgarse por las diferencias en su precio.

En 1851 todo el oro extraído en el mundo entero no valía más de 600.000.000 de bolívares hoy vale de 2.100.000.000 á 2.500.000.000 lo que se extrae en un año.

Lo que decimos del guano y del oro podríamos decirlo de otras mil cosas. A cualquiera se le figura, pongamos por caso, que en el mar siempre habrá pesca; pero los peces que el hombre civilizado come habitan sólo ciertas regiones del mar, y á cierta profundidad; de modo que los pescadores, que saben esto muy bien, van acabando con todos ellos. El bacalao, por ejemplo, va siendo cada vez más escaso, y es de temer que no pasarán muchos años sin que se encuentre completamente exterminado.

Para los pescadores del mar del Norte la extinción del arenque es simplemente cuestión de tiempo, como para los cazadores americanos lo fue la desaparición del bisonte. ¿Qué derecho tiene hoy el hombre para destruir así animales que podrían seguir siendo útiles durante muchas generaciones?

Los grandes criaderos de langostas, como los de Galicia y otras partes de Europa y de América, se están agotando con una rapidez que desespera; una lata de langosta en conserva que costase un bolívar hace seis años, puede valer hoy cerca de diez reales.

Otro ejemplo muy elocuente nos lo dan los rusos que van á matar focas en las islas Pribyloff. Estos pinnípedos habían vivido tranquilos allí, formando bandadas tan numerosas como las arenas del mar, hasta que se descubrió que su piel tenía un valor inmenso; durante treinta años se las ha hecho guerra á muerte, obteniéndose nada menos que pieles 2.500.000. Tanta abundancia de éstas llegó á haber en el mercado que para que no bajasen de precio, fue preciso quemar hace poco 800.000 cueros. Imposible imaginar un acto más desprovisto de lógica: matar animales para no sacar de ellos ningún provecho é impedir así que lo saquen las generaciones futuras, es un verdadero robo.

Cuarenta años atrás salían todos los años de Dundée grandes flotas de balleneros; hoy no se ve en aquel puerto un solo barco que se ocupe seriamente de este negocio; no obtendría ningún resultado.

Pero tal vez el peor de los robos que la generación presente está cometiendo consiste en la destrucción de los bosques. En los últimos cincuenta años han desaparecido la tercera parte de los árboles del mundo, y setenta años más bastarían para que no quedase ni uno solo. Es triste en extremo ver cómo los grandes bosques de los países del Norte desaparecen uno tras otro con creciente rapidez.

Con el carbón, en fin, está sucediendo lo mismo. El hombre gasta carbón y más carbón sin acordarse de que los yacimientos carboníferos han de acabarse algún día. Inglaterra, el país que más carbón produce, sólo contiene ya unos 85.000 000.000 de toneladas, y como cada año exporta unos cuantos millones, es muy posible que al empezar el siglo XXI no quede ni un solo kilogramo. Entonces, la que hoy es gran potencia, bajará considerablemente de nivel, y los ingleses de aquel siglo maldecirán la memoria de sus insaciables antecesores.

Casos de olvidos extraordinarios

No se pierden sólo perros, paraguas y niños, sino también países enteros, grandes territorios é islas.

Los varios Congresos que para arreglar desavenencias internacionales celebran de vez en cuando las grandes potencias, se han olvidado con frecuencia de territorios ó de islas, que luego han ido á parar á manos del más listo ó se han quedado enteramente sin dueño.

España ofrece un ejemplo típico.

Por el tratado de París, en 1898, España entregó á los Estados Unidos el Archipiélago filipino á cambio de veinte millones de duros; pero en la fórmula se estipulaba que las islas cedidas serían las comprendidas entre los 5° y 20° de latitud y los 115° y 130° de longitud; de modo que las islas Batanes, que están hacia el paralelo 22, quedaban excluídas. La de Cagayán, entre Joló y Borneo, tampoco figuraba entre las que se habían de entregar. Sin embargo, tanto aquéllas como ésta no servían á los Españoles para nada, dada su insignificancia; por lo tanto, se sacó del descuido todo el provecho que se pudo, vendiéndoselas á los americanos por algunos miles de duros.

Islandia pertenece hoy á Dinamarca; pero los daneses deben su posesión á un olvido de los diplomáticos que concurrieron al famoso Congreso de Viena, á principios del siglo pasado.

Uno de los fines de este Congreso fue desposeer á Dinamarca, en castigo de su amistad con Napoleón, y por de pronto la obligaron á entregar Noruega, que entonces era suya, á Suecia. Si alguien se hubiese acordado de Islandia, cuyo dominio venía siendo motivo de discusiones enojosas entre Inglaterra y Dinamarca, sin duda se habría vedado á esta última poner las manos en ella; pero, por lo visto, ninguno de los congresistas pensó en que tal isla existiese, y cuando quedaron firmados los convenios en virtud de los cuales esta potencia se quedaba con esto y la otra con lo de más allá, los daneses se declararon dueños de

LA HERMOSA NIÑA RENÉ GONZÁLEZ, que estuvo gravemente afectada por una bronquitis aguda y gracias á la **Emulsión de Scott** se encuentra ya bien.

Como lo más necesario para la vida es la salud, cada cual debe procurar los medios de adquirirla. Los mejores síntomas de una salud perfecta son: buen semblante, robustez y fuerzas. Con la **Emulsión de Scott** se consigue todo ésto, pues es un alimento importantísimo y una medicina heroica que regenera los organismos debilitados, purificando y enriqueciendo la sangre.

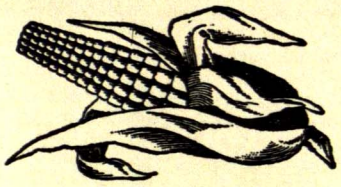
Con buen éxito y en gran escala he venido haciendo uso durante muchos años de la excelente preparación denominada Emulsión de Scott, notando que, en muchas enfermedades, como en la tuberculosis, escrófula, etc., y sobre todo en la infancia da resultados superiores á los que se obtendrían con cualquiera otra preparación de su género.

DR. JUAN N. CAMPOS,
President del Consejo de Salubridad,
en Toluca, México.

De venta en las Farmacias y Droguerías.

SCOTT & BOWNE, Químicos, NUEVA YORK.

MAIZ-ORIZA



CONDE HNOS.

Es la mejor harina de maíz y arroz. Su feliz combinación la hace superior á las **Maizenas** conocidas.

Para **postres, cremas y atoles,** no admite competencia, y para el aplanchado de la ropa **no tiene rival.**

DE VENTA: Al detal en todas partes y al mayor en los principales almacenes y boticas de la capital.

Conde Hermanos.

Marrón al Dr. Paúl, Nº 6, Caracas.—Teléfonos Ns. 1.022 y 1.023.

Agente General,

Carlos Orta Ibarra.

Sur 1 - No. 36 Bolsa á Mercaderes

Teléfono 686 CARACAS

GATHMANN HNOS.

Joyería-Relojería-Casa de Óptica

Sórtido más completo

*

Garantía absoluta

*

Trato más esmerado

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas **Afecciones del Corazón, Hidropesias, Toses nerviosas, Bronquitis, Asma,** etc.

Empleado con el mejor éxito.

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO

SOLUCION TITULADA

Las *Grageas* hacen mas facil el *labor del parto* y *detienen las pérdidas.*

AMPOLLAS ESTERILIZADAS para *Inyecciones Hipodérmicas*

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN

Medalla de ORO de la Sad de Fia de Paris.

LABELONYE y Cia, 99, Rue d'Aboukir, PARIS Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

EXIJANSE LAS VERDADERAS PILDORAS PURGANTES

Estas píldoras con base de **Extracto de Elixir del Dr GUILLIE,** se emplea con éxito en las enfermedades del *Hígado,* del *Estómago,* del *Corazón, Gota, Reumatismos, Fiebres Palúdicas, y Perniciosas,* la *Grippe,* ó *Influenza,* y todas las enfermedades ocasionadas por la *Bilis* y las *Flemas.*

Depósito General, Dr Paul GAGE Hijo, Fco de 1a cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, Paris

y en todas las farmacias

DEL Dr GUILLIE

J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma á S. Pablo N. 22-Teléfono N. 2159

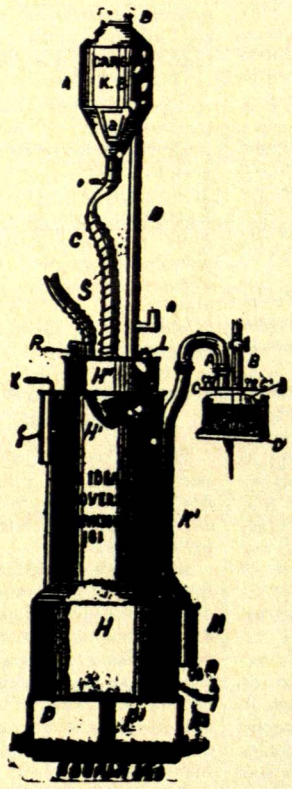
TELEGRAMAS: **ROVERSI - CARACAS**

Departamento Acetileno

Aparatos sistema Roversi—Carburo de calcio de primera á $ 17 los kilos 100 netos—Quemadores Bunsen, Hornillas, lámparas, tuberias y accesorios de todas clases, instalaciones completas. — EL IDEAL á caida de carburo en el agua—Privilegio N. 161.

Departamento Mármoles

Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos—Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela—Ministro de España—General Bello—Faro de Puerto Cabello—Dr. Conde Flores—Dr. Lacavalerie—Ing. M. Pérez—Hotel León de Oro—Familia Rodríguez—Tipografía Vidal—Marmolería Rovers—Panadería Solís—General Quintero—Dr. Rivero Saldivia—Montemayor, etc.

Más de 30 son los aparatos colocados

Carga de k 1 á k 50 — Valor: de $ 10 á $ 250

Islandia y nadie tuvo derecho para quejarse.

En el mismo Congreso quedó también olvidado el pequeño Estado de Moresnet, en la frontera pruso-belga. Mientras cada nación recibía, de mejor ó peor gana, lo que en el reparto le había correspondido, nadie pensó en aquel territorio, perdido en el centro de Europa. Luego, cuando terminado el Congreso se acordaron todos de él, Prusia no se atrevió á quedárselo por miedo de ofender á Bélgica y Bélgica hizo lo propio por *respeto* á Prusia. El resultado fue que Moresnet quedó independiente, y lo es todavía; no contribuye con hombres á ningún ejército, ni paga un cuarto á ninguna nación, y su gobernador es belga un año y prusiano el siguiente.

Un olvido semejante dió lugar á que el pequeño territorio de Jungholz se encuentre actualmente en una situación bastante extraña. Enclavado en Baviera, es decir, en Alemania, no pertenece á este imperio, sino al de Austria-Hungría, del que se halla separado por centenares

LES PLAQUES ET PAPIERS

JOUGLA

SIEMPRE SON INMEJORABLES

de kilómetros. Sus habitantes tienen que servir en el ejército austriaco, y pagan á Austria todos sus tributos.

Que tales cosas sucedan por un olvido ó por un error en el examen de los mapas, pase; lo que ya no es tan natural es que solo por la falta de celo en una persona pueda una nación quedarse sin éste ó aquel territorio. Esto es lo que le sucedió á Inglaterra cuando la demarcación de límites entre el Canadá y los Estados Unidos.

El delegado de la Gran Bretaña, Lord Ashburton, deseaba que la frontera se estableciese hacia los 45° de latitud, á lo largo de una línea trazada desde el río de San Lorenzo hasta el mar. Los representantes americanos se mostraron conformes; pero uno de ellos hizo notar que existía un río, el San Juan, cuyo nacimiento cerca del San Lorenzo y cuya desembocadura en el mar se encuentran próximamente á dicha latitud. Este río, según el yanki, podría constituir un límite natural. Lord Ashburton, cansado del viaje y de la discusión, sólo deseaba acabar cuanto antes, y sin cuidarse de mirar el mapa ni de pensar de qué río se trataba, dijo á todo que sí y firmó el tratado.

Pero cuando éste fué conocido en Inglaterra, la indignación pública no tuvo límites. Y no era la cosa para menos, pues aunque el río San Juan nace y muere á la altura de la línea indicada por el torpe diplomático, su curso describe una gran curva hacia el Norte, y el territorio comprendido en esta curva, casi tan extenso como Grecia, acababa de perderlo el Imperio Británico tan sólo porque su delegado estaba rendido por el cansancio, y no se sentía con fuerzas para cumplir su deber.

BRANDY PEDRO DOMECQ

Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullié & Ca.** marca **La India,** es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India,** se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. **Su valor 4 reales.**

LA
Phosphadine Fullié
es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

GOTA
FTEIA
LICOR DEL Dr. LAVILLE
CLIN Y COMAR – PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS 613
REUMATISMOS

Franco 5 fr. — PUREZA DEL CUTIS — en Paris
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Póne y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS & Cie — 1er St-Denis, 16

Contra las
ENFERMEDADES NERVIOSAS
VÉRTIGOS
PALPITACIONES
EPILEPSIA, etc.
no hay mejor Remedio que las
CÁPSULAS DEL Dr CLIN
al Bromuro de Alcanfor
CLIN & COMAR — PARIS
y en las Farmacias.
636

POSTALES

Las tarjetas postales que han llegado á la Empresa El Cojo son de un exquisito gusto artístico. Lujosa existencia para ser vendidas sueltas y en preciosas colecciones.

ZAPATERIA MODERNA
GRAN FABRICA DE CALZADO

Especialidad en encargos
para calzado de Señoras, Caballeros y Niños
CORTADOR DE PRIMERA CLASE

D. Guánchez, Hijo & Ca.
CARACAS
Gradillas á Sociedad Número 6
TELEFONO 239

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS
RAQUITISMO – ANEMIA – CLOROSIS
Exíjanse el Nombre *el Sello de Garantía*
PÍLDORAS de BLANCARD
al Ioduro de Hierro inalterable.
y la Dirección *40, Rue Bonaparte, PARIS*
COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE
N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el **Jarabe de Blancard.**

De gran utilidad.– Hé aquí la declaración de uno de los mejores médicos de Caracas, el doctor José Manuel de los Ríos:

«Como profesor en medicina, confieso que hace muchos años prescribo á mis enfermos la Emulsión de Scott, remedio de gran utilidad en todas las manifestaciones de la escrófula, á saber: infartos ganglionales, otorreas, oftalmias crónicas, leucorrea, etc., y en general, en todas las enfermedades que reconocen un estado de depresión del organismo, la tisis en todas sus formas y períodos, raquitismo, etc., siendo inevitables los beneficos resultados que de ordinario se observan con tan valiosa medicina.»

Las maderas más durables

En Egipto se han encontrado sarcófagos de madera, que parece fueron construidos unos 4775 años a. de C. La madera en ellos empleada procedía, probablemente, de una especie de palmera, y puede considerarse como la de mayor duración que se conoce.

La madera de roble, cuando se saca de árboles de cierta edad, también es casi indestructible por la acción del tiempo. A veces se han sacado del fondo de los ríos canoas antiquísimas de roble, construidas en los primeros tiempos de la navegación, y que llevaban sumergidas unos 2.000 años.

Sin embargo, el roble no puede compararse, en cuanto á duración, con la madera de tec, que si está bien curada no se pudre ni se agrieta nunca. El tec dura mucho más que algunas clases de piedra, y ni el agua ni el tiempo llegan á corromperlo. En algunos templos de la India se han encontrado maderas de esta clase, cuya antigüedad se remonta á muchos miles de años. En nuestros días el tec se emplea en los buques acorazados, tanto para cubiertas como para fijar sobre él las planchas de blindaje.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE***. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris

PRIX 16,600 fr.

RECOMPENSA NACIONAL
de 16,600 fr.
Siete Medallas de ORO, etc.

Males de Estómago, Falta de Fuerzas, Anemia, Calenturas, etc.

QUINA-LAROCHE

EL MISMO **FERRUGINOSO** | **Clorosis, Empobrecimiento** de la **Sangre**, etc. *Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.* Paris, 20 et 22, Rue Drouot, y Farmacias. | EL MISMO **FOSFATADO**

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE
al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado
El remedio más eficaz para curar las **ENFERMEDADES DEL PECHO** las **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS** las **BRONQUÍTIS CRÓNICAS**
L. PAUTAUBERGE, 9bis, *Rue Lacuée, Paris* Y LAS PRINCIPALES BOTICAS.
Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

LINIMENTO GENEAU
para los **CABALLOS**
Solo este precioso Tópico reemplaza al Cauterio, y cura radicalmente y en pocos dias, las Cojeras recientes y antiguas, las Lisiaduras, Esguinces, Alcances, Moletas, Alifafes, Esparavanes, Sobrehuesos, Flojedades é Infartos en las *piernas* de los jóvenes caballos, etc.; sin ocasionar *dlaga* ni *caida de pelo*, aun durante el tratamiento. — Revulsivo y Resolutivo inmejorable en las enfermedades internas.- PRECIO 6 fr. Deposito General: Farmia GENEAU, 165, r. St-Honore, PARIS

MARCA DE FABRICA

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

EL APIOL de los Dres JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

INFLUENZA ★ RACHITIS
ANEMIA **VINO AROUD** CLOROSIS
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

Se prohibe dar besos

En Rusia, el beso dado en público, aunque sea entre personas de la misma familia, se considera como una falta á la moral, castigada con multas bastante elevadas. Si un agente de policía sorprende á dos novios besándose, ó á un caballero que se despide en esta forma de su esposa, les impone una multa equivalente á unos 25 bolívares. Si el beso se da en un tranvía, el hombre y la mujer tienen que pagar 40 bolívares cada uno.

Pero no paran las cosas ahí. Si un hombre dirige una tarjeta postal á una mujer, aunque sea á su hija, y se atreve á enviarla por escrito besos ó abrazos, ¡ pobre de él ! Se averigua donde vive, y su tremenda falta le cuesta una multa no menor que las ya citadas.

La sustancia más dulce del mundo

En el comercio de algunos países se ha presentado un nuevo producto, llamado *sucrosa*, al que se atribuye un poder edulcorante quinientas veces mayor que el del azúcar, superando, por tanto, al de la sacarina, que sólo es de doscientas á trescientas veces ; es decir, que con un gramo de dicha sustancia, habría para endulzar la misma cantidad de un líquido ó sólido que con 500 gramos de azúcar.

El doctor G. Teyxeira, que ha analizado el residuo de este producto, dice que se trata de un *sacarinato de sodio*, ó sea de un compuesto de sacarina y sodio.

Su reacción es neutra y se presenta en polvo blanco de sabor dulcísimo, es soluble en el agua fría y más en la caliente, poco en el alcohol é insoluble en el éter y la bencina.

Los productores tienen dos clases de sucrosa: una pura y otra que es una mezcla con azúcar al 3 por 100.

¿ Cómo se forman las chispas ?

Las chispas se deben á la expansión, bajo la acción del calor, del aire contenido en las celdillas de la madera, del carbón ó de cualquier otra sustancia combustible, ó bien á la salida del gas de las mismas celdillas.

Cuando la fuerza elástica del gas aprisionado es mayor que la dureza del material que lo contiene, las celdillas se queman, y las partículas de madera saltan en forma de chispas. La explosión va acompañada de los estallidos que constituyen el *chisporroteo*, que dura tanto más cuanto mayor sea el número de celdillas que se queman.

El vuelo rápido de las partículas encendidas hace sobre la llama el efecto de un soplillo, y contribuye á que se conserve incandescente la ceniza de carbón que queda cuando el combustible arde tan despacio que no llega á formarse llama.

MANUAL DE HISTORIA DE VENEZUELA
Por Felipe Tejéra

Avisamos al público que va á entrar en prensa en los talleres de la Empresa El Cojo la 4ª **EDICION** de esta importante obra didáctica que ha sido aceptada como texto en los Colegios y Escuelas de la República; y que esta Edición está notablemente corregida y aumentada y lleva la narración histórica hasta el fin del siglo XIX.

Redes para pescar contrabandistas

Durante muchos años, Italia ha venido sirviendo de campo de operaciones á una multitud de contrabandistas suizos que, burlando la vigilancia de los carabineros, pasaban á cada momento la frontera con cargas de tabaco, café, etc. Ahora se acaba de idear un modo de hacer imposible la entrada de esta gente en territorio italiano, y al mismo tiempo de cazar al que sea lo bastante tonto para reincidir.

En la frontera que separa á ambas naciones, se ha levantado una empalizada de red de alambre muy fuerte, de tres metros de elevación, y á ella se ha unido una red de timbres que suenan en cuanto se toca al alambre y ponen en alarma á los carabineros. El hombre más ágil no podría saltar sobre este obstáculo, y si algún contrabandista trata de trepar por los alambres ó de cortarlos, un campanilleo general atrae á los centinelas más próximos, que fácilmente dan caza al atrevido.